



CARTAS AUTÉNTICAS QUE NUNCA SE ESCRIBIERON

ELI ADESI ACOSTA MATOS



CajaCanarias
OBRA SOCIAL Y CULTURAL

CARTAS AUTÉNTICAS QUE NUNCA SE ESCRIBIERON

Eliades I. Acosta Matos

Para el Museo de Historia, sintiéndome
honrado porque estas páginas de nuestra
historia común queden donde puedan ser
leídas por todos.

Cordialmente:

E. Acosta Matos

Tenerife/25/5/05



Edita:
Organismo Autónomo de Museos y Centros
Excmo. Cabildo Insular de Tenerife
Obra Social y Cultural de CajaCanarias

Autor:
Eliades I. Acosta Matos

Fotografías:
Fondos de la Biblioteca Nacional "José Martí" de
La Habana, Cuba

Diseño gráfico y maquetación:
Fátima Marcos Diego

Impresión:
Producciones Gráficas

ISBN:
84-88594-37-2

Déposito legal:
TF-664/2005

Editado mayo 2005

© del texto: su autor

© de la edición: el Organismo Autónomo de Museos y
Centros y la Obra Social y Cultural de CajaCanarias

Presentación

La edición de un nuevo libro como éste que hoy presentamos es siempre un motivo de satisfacción, no sólo porque supone el final de un largo proceso de investigación, sino también porque hace posible que un público heterogéneo acceda al conocimiento de contenidos inéditos. En esta ocasión, se unen ambas cosas y a ellas se suma, como atractivo esencial para cualquier lector vinculado a Canarias, que el desarrollo de toda la acción transcurre en una Isla habitada por numerosos canarios en la diáspora y que protagonizaron muchos de los hechos que se narran en este libro, con estructura de ficción pero con un contenido histórico incontestable.

CajaCanarias ha sentido un especial interés a lo largo de las últimas décadas por divulgar cualquier aspecto relacionado con la presencia de los canarios en otros continentes. Y sin lugar a dudas, es en América donde la huella es más rica y variada, porque ha sido el lugar tradicional de emigración de decenas de miles de isleños, que fueron capaces de fundir su cultura con la propia del país que los acogía, produciéndose un auténtico sincretismo cultural.

Este interés se ha plasmado en múltiples publicaciones propias o en colaboración, como la que ahora el lector puede disfrutar, y que centra su contenido en la Cuba de finales del siglo XIX. Recordamos, entre otras muchas, obras como los dos volúmenes del *Diccionario Biográfico de Canarios-Americanos*, del añorado historiador Alejandro Cioranescu; la edición de *Canarias-América*, de Manuel A. Fariña González, o los libros editados con los análisis y conclusiones de las diez Jornadas de Estudios Canarias-América, celebradas entre finales de la década de los 70 y los 80, y que tuvieron a Cuba como lugar de referencia para los canarios.

Las páginas que siguen ayudarán a conocer mejor una realidad que fue vivida por muchos isleños, protagonistas de una historia que, cada vez, tiene más nombres propios y menos personajes anónimos.

Alfredo Orán Cury

Director General Adjunto de CajaCanarias
Obra Social y Cultural de CajaCanarias

Prólogo

"Cartas auténticas que nunca se escribieron" pretende rendir homenaje a muchos hombres y mujeres anónimos, cubanos y españoles, auténticos protagonistas de los acontecimientos históricos acaecidos en La Habana entre el día 3 de enero de 1898 y el 1 de enero de 1899. A medio camino entre la realidad y la ficción, los personajes escogidos por Eliades Acosta Matos hilvanan, paso a paso, las páginas de este libro dando buena cuenta de los sentimientos de desasosiego, perplejidad y temor vividos en aquellos momentos de incertidumbre, aún tras el clamor de la contienda bélica. Es éste un libro en el que la Historia aparece tras los testimonios de diversas voces: la escrita por la impaciencia del joven soldado forzado a dejar el remanso del hogar a causa del empeñamiento y la falta de visión histórica de políticos y militares como Cánovas y el General Weyler; la relatada por los sufridos campesinos y "reconcentrados" cubanos, extenuados por la pobreza y las enfermedades; la escrita, en fin, en el rostro cansado de muchos de supervivientes a las calamidades de una época difícil donde las haya.

Además de autor de una amplia bibliografía en historia social, Eliades Acosta Matos es experto en la obra de José Martí y estudioso de la Guerra hispano-cubana-norteamericana, episodio crucial en el devenir de estos tres países. La explosión y hundimiento del crucero americano "Maine", en la que perdieron la vida 266 hombres, supuso el final del imperio colonial español. Para Norteamérica el 98 marca el comienzo su mayor expansión colonial, aún hoy sufrida por diversos países en todo el planeta; para España la crisis del 98 da lugar a un repliegamiento sobre sí misma -humillada en el Tratado de París- abriendo paso a una auténtica revolución intelectual; para Cuba, la Isla que luchó con sus tropas mambisas por su libertad e independencia, el 98 no será más que el comienzo de un nuevo proceso de colonización, plasmado sobre el papel con la infame Enmienda Platt.

Si bien los beneficiados del intervencionismo norteamericano en los meses siguientes a la independencia de la Gran Antilla fueron los anexionistas y la clase burguesa de la sociedad criolla, en estas "Cartas auténticas que nunca se escribieron" descubrimos que la mayor parte del ejército y de la población cubana, tras treinta años de lucha por la total independencia, se sintieron nuevamente engañados al quedar al margen tanto en las negociaciones de paz como en la formación de las nuevas instituciones del Gobierno de la isla. Las frustraciones de cubanos y españoles se unieron, de este modo, en la base de la pirámide social, y ni el Tratado de París, ni la Independencia de Cuba lograron que la isla se alejara de España. Muchos españoles se quedaron en la isla adquiriendo la nacionalidad cubana, y durante el primer tercio del siglo XX fue notable la inmigración española y canaria a la isla, produciéndose un entendimiento fuera de lo común entre dos pueblos hermanos tanto en cultura, como en el desprecio hacia la arrogancia imperialista que trataba, sin conseguirlo, de dominar a un pueblo orgulloso de sus raíces afro-españolas y canarias.

La publicación de estas "Cartas auténticas que nunca se escribieron" contribuye al conocimiento de aquel episodio histórico y proceso cultural de enorme interés para Cuba y Canarias. Con éste, Eliades Acosta Matos -actual Director de la Biblioteca Nacional José Martí de la Habana- escribe una nueva página sobre el estudio de las relaciones de estos dos pueblos, acaso para que no caiga en el olvido, como si de una botella lanzada al mar se tratase.

En nombre del Organismo Autónomo de Museos y Centros del Cabildo Insular de Tenerife no puedo hacer otra cosa que agradecer vivamente al autor del libro esta nueva aportación, así como a todas aquellas personas que de una u otra forma han contribuido a que hoy vea la luz.

Fidencia Iglesias González
Presidenta del Organismo Autónomo de Museos y Centros
Excmo. Cabildo Insular de Tenerife

CARTAS AUTÉNTICAS QUE NUNCA SE ESCRIBIERON

Introducción

Los hechos históricos, los grandes relatos, por grandes que sean, tienen rostro humano y sólo podrán ser contados con la lengua de los hombres.

Se ha dicho, con sobrada razón, que la verdadera historia no es más que la historia de los hombres que no tienen historia.

Lo que sigue son cartas históricas que nunca se escribieron, pero que con toda autenticidad pudieron haber salido de la mano de los protagonistas callados, de los anónimos de siempre...

Carta Primera

Habana, 3 de enero de 1898

Queridos tíos:

Quiera Dios que al recibo de esta carta se encuentren Ustedes bien, junto a mis primos, gozando de la salud y el bienestar que merecen por su vida laboriosa. Quiera Dios también que los asuntos de esa tierra donde nací y de donde vine a esta buscando acomodo y nuevos horizontes, marchen bien, y en paz.

Desgraciadamente, de por acá no puedo decir lo mismo. Ustedes deben estar enterados de lo que ocurre por los periódicos y esas discusiones del Café que tanto le gustan al tío, aunque le revuelvan los humores...

A decir verdad, aquí la cosa no marcha mal, sino muy mal. Me he visto obligado a ingresar al Cuerpo de Voluntarios, de uno de cuyos batallones es Jefe, Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, que, dicho sea de paso, costea con su bolsillo las armas, el correa, las municiones y hasta los uniformes de los miembros. Tal largueza, si es que así se le puede llamar, no me asombra: a ella se debe la miseria de jornal que paga a los empleados de la casa importadora que tiene, todos españoles, como él... Y eso que dice que se ha visto obligado "a ejercer el duro oficio de la milicia para guardar la honra de la Madre Patria y la de sus nacionales". Mas nos valdría que pensase en ello el día del jornal... ¡Menudo patriota de bolsa estrecha nos ha salido el señor!

Desde que los cubanos se han vuelto a levantar, va a hacer de ello pronto tres años, aquí estamos con el corazón en la boca todo el santo día, aún los que no nos metemos en política ni buscamos otra cosa que levantar algunos ahorrillos para volver al terruño con la cabeza alta. Pero la guerra no respeta a nada ni a nadie, y ya he visto desfilar hacia el Cementerio de Colón, que es muy bonito y rico, lleno de mármoles y estatuas que da gusto, y no como los de allá que son tristes y no dan deseos de morirse, tanto a los más recalcitrantes integristas comenegros, como a los más tibios contemporizadores, esos liberales que todo lo entienden, hablan bonito y hasta llegan a darle la razón a los rebeldes, porque dicen que España ni les ha cumplido sus promesas después de la guerra anterior, ni piensa en otra cosa que en seguir sacando de aquí las dotaciones de los Ministros, los dineros de los conventos y los lujos de la Casa Real.

Yo, particularmente, no sé que pensar, pero entre las monsergas aguardentosas de Don Bonifacio despotricando contra los cubanos y clamando todo el santo día por exterminarlos "hasta la última semilla"; entre que "si Don Valeriano Weyler era el hombre y lo crucificaron los políticos flojos y traidores al estilo del Sagasta, que bien se las gasta..."; entre los tiros y cierra puertas de cada noche en que la Guardia Civil corretea y mata a cualquier transeúnte, preferentemente negro o mestizo, acusándolo luego de "laborante" o de "haber intentado unirse al enemigo"; entre los clarines de los cuarteles dando la diana; la gente decente que se marcha por racimos a Cayo Hueso, la Florida o la Conchinchina con tal de alejarse de aquí;

los reconcentrados hambrientos y llagados que parecen muchedumbres de Lázaros y que mueren como moscas en plena calle; los carretones de soldados heridos que vienen de la Terminal de Trenes, ¡y son mozos como yo, que vuelven con los ojos vidriosos y la piel sin vida, llenos de cicatrices, y parásitos!..., la verdad es que estoy hartado, tíos, y si no me he largado ya es porque aquí, como en todo lugar en guerra, se entra fácil, pero no se sale...

Para no alistarme lo he intentado todo, sin resultado alguno, desde fingirme débil de pulmones, llenándome de harina la cara y poniendo ojos de yo-no fui, hasta atracarme a hurtadillas de mangos verdes para que me reputasen como enfermo crónico de disentería... Nada, que para Don Bonifacio o somos soldados suyos o somos desempleados; o empuñamos el fusil, que por cierto, es un Máuser argentino de los modernos, o no empuñamos la cuchara a la hora del almuerzo... Como Ustedes saben, sin almorzar el hombre no puede vivir, y heme aquí ahora, a la luz de un farol, en una esquina habanera, de completo uniforme y correa, con el Máuser a un lado, haciéndoles estos garabatos en medio de la tormenta, para que vean que no los olvido, y suspiro por esa calma espesa de allá, que tanto me reventaba de más mozo. Estoy de guardia, y como es de esperar en un dependiente de comercio, que por más añadidura está aquí y ahora por los garbanzos y no por convicción, flaco servicio de guardia puedo prestar.

Ahora ha implantado el Capitán General, Don Ramón Blanco y Erenas, Marqués de Peña Plata, dicen que con el aliento de Sagasta y de un señor Moret, Ministro de Ultramar, una tal "Autonomía" que no sé bien qué es, pero que trae furibundo y espumeante a Don Bonifacio, como si fuese un botellín de sidra asturiana, mientras clama por el retorno de Weyler, "para meter en cintura a esta canalla levantisca y degenerada, que huye por los maniguales sin dar la cara", aunque para mí que si la dan, a juzgar por los soldados que entierran y los que llenan los hospitales... ¡Que si la dieran, no lo permita el Señor! Y la ha comenzado a coger, Don Bonifacio, con los diarios "El Reconcentrado", "La Discusión", y hasta con "El Diario de la Marina", a los que llama "papeluchos letrenarios, fomentadores del derrotismo y la calumnia", agentes a sueldo de laborantes y "tocineros", o sea de los norteamericanos. Y aunque él hace de todas sus opiniones un pregón, en los últimos días lo veo en combinación con unos oficiales de Caballería y otros jefes de Voluntarios, en cuchicheos de comadres, tramando no sé qué, aunque he cazado al vuelo, casi sin querer, palabras tales como "asaltar las redacciones...", "castigar a los laborantes...", "continuar la Reconcentración...", "traer de vuelta a Weyler..." y "volver a fusilarlos, por cuerdas, en los fosos de la fortaleza de La Cabaña..." Para mí que son fanfarronadas, pero no sé, y tengo miedo de que estos chalados nos arrastren a algo feo y peor de lo que hoy tenemos. Total: ¡para lo que pagan, y con lo que pica el dichoso uniforme en medio de este calor desesperante!

No sé, mis señores tíos, en qué va a parar todo esto, porque a su vez, los mambises están negados a oír hablar de la tal "Autonomía" y dicen que no se van a bajar de las matas hasta que no le den a la Isla la independencia; que ellos han esperado 30 años y pueden seguir esperando 30 más, sin soltar el machete... Hasta han ahorcado a un emisario español que les fue a hablar de una tregua, creo que a un tal Teniente Coronel Ruiz.

Yo, para mis adentros, sigo hecho un lío, y me temo que lo peor está por venir... Si nosotros no podemos convivir aquí con los cubanos, como no se cansa de vociferar Don Bonifacio, ¿por

qué se vuelve loco y bizquea, y se babea como un recién nacido cuando una buena mulata, de las que sólo hay aquí y en el Paraíso, le pasa cerca con sus fragancias y contoneos...? Claro está, que para tales menesteres el Máuser argentino no vale un comino...

No se avergüencen de mí, tíos, pero tengo mucho miedo. Recuerdenme siempre en sus oraciones y rueguen porque todos nosotros, cubanos y españoles, tengamos algún día que entendernos.

Besos a todos:

Joaquín.

PD: ¿Hasta cuándo durará esta estúpida guardia?



Soldado español en Cuba

Carta Segunda

Habana, 14 de enero de 1898

Mis muy queridos y recordados tíos:

No sé si habrán recibido mi carta anterior donde les contaba, con temor y verdadera zozobra, que ahora comprendo no eran infundadas, acerca de la situación que estábamos viviendo en esta bendita Isla de Cuba, y muy señaladamente en esta ciudad de La Habana, que ya me está pareciendo a mi un poco menos linda que antes con tanta guerra, tanta desconfianza, tanto odio y esta fiebre de sables, cañones, tambores y cuarteles. Si no la han recibido, aprovecho para rectificar lo que antes les escribiese: la situación aquí no es mala, sino muy mala, y yo no tengo miedo, sino más bien pánico: tal y como me temía, se ha formado aquí un follón de Dios Padre, de Dios Hijo, de San Pancracio, San Ramón Nonato, Santa Eduvigis y todo el Santoral cristiano que tanto se esforzaba por enseñarme mi señora tía y aquel cura vasco, algo sordo y un poco cascarrabias, al que mi cabeza dura para el Catecismo ponía al borde del soponcio.

Tal y como lo veía venir, lo que se preparaba ha salido a la luz: ha estallado el motín contra la dichosa Autonomía, contra el Señor Capitán General, contra los liberales de la Península, contra Sagasta, y el tal Ministro Moret, contra los americanos, los Masones, los negros, los cubanos, los filipinos, los moros y los chinos; contra los ilustrados, los profetas y las vírgenes. Así empiezan siempre los bochinches de los patriotas...

¿Y quién creen Ustedes mis buenos tíos, que iba capitaneando al populacho, a lo peor y más abyecto de los carboneros, carretoneros, mozos de cuerda y vagabundos de La Habana; a la turba que atacó las redacciones de varios periódicos con el pretexto de que ofendían el honor de España, del Ejército, del General Weyler, y de la "Santa Causa de la integridad nacional en la desleal Isla de Cuba"?

¿Quién creen Ustedes, que el pasado día 12, muy temprano, se lanzó como un energúmeno o un poseso a la trastienda de la ferretería donde dormíamos los dependientes en nuestros camastros y hamacas para levantarnos al grito estentóreo de "¡a las armas, que ha llegado la hora de cubrir de gloria a las huestes españolas!".

¿Quién creen Ustedes que, capitaneando a esa caterva de oficiales borrachos y pendencieros de café con leche, de Voluntarios heroicos de retaguardia, de come-negros de salón, de movilizados auto-desmovilizados, se lanzó contra las redacciones de "El Re concentrado" y de "La Discusión" y trató también de destruir la del "Diario de la Marina"? ¿Quién, sino el valeroso y esforzado paladín de la Hispanidad que responde al nombre de Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, el dueño de la ferretería, el jefe de mi batallón de Voluntarios, "el incondicional, el in claudicable", como le gusta llamarse a sí mismo cuando empina el codo y se queda como un fardo alelado, tirado sobre cualquier jergón de la trastienda?

Todavía no sé si es verdad, como se dice por esas calles que son un hervidero de rumores que llaman aquí "bolas", que algún periodista imprudente y temerario desató las iras de los

integristas del Partido Unión Constitucional, dando lugar a la algarada del pasado día 12. Dicen, tíos, que un tal Ricardo Arnautó, un criollo amambisado, busca-pleitos, escribió un artículo llamando "granujas" a algunos de los más cercanos amigos de Weyler, lo cual, de ser cierto, y perdonando la frase gruesa, sería algo parecido a tirarle de las vergüenza a un león enjaulado.

Sean o no ciertas las cosas que dicen, la verdad es que lo ocurrido aquí presagia males mayores, pues como bien sabemos los españoles, los males nunca vienen solos. Ya sin estos motines la cosa estaba más caliente que plancha de chino lavadero: de un lado, Máximo Gómez con sus macheteros que no se avienen a ningún trato; del otro, los autonomistas con su gobierno amerengado, atacado por cubanos y españoles; y por si fuera poco, dándole vueltas a todo este embrollo, esos dichosos americanos que se meten en un asunto que no les compete, y en el fondo, no nos quieren a nosotros ni tampoco a los cubanos. ¿Quién sabrá lo que va a pasar aquí?

Por lo pronto, la ciudad está tomada por más de doce mil soldados regulares que han desplegado baterías de artillería en los alrededores del Parque Central, mientras en la cercanía del Teatro Albizu, y de los hoteles Pasajes e Inglaterra han acampado varios escuadrones de Caballería. Ustedes, queridos tíos, seguramente se preguntarán quién persigue a los insurrectos por esos maniguales de Dios, si todos los uniformados están en La Habana vigilando a los cuatro gatos revoltosos que escandalizan, pero saben hasta dónde pueden llegar.

Lo que si les puedo asegurar, es que Don Bonifacio, el belicoso, tras tomar a la carga las redacciones vacías de dos periódicos y vociferar bizarramente contra todos los fariseos, saduceos, escribas y mercaderes; tras ensartar con su sable victorioso dos cajones repletos de papeles y aniquilar tres espejos, cuatros butacones, una escupidera sospechosa de laborantismo y un orinal, indudablemente filibustero, se ha ido a dormir la mona a una casa de muy dudosa reputación, sin prestarle la más mínima atención a la marcha del negocio, ni de los acontecimientos públicos.

Hay quienes dicen que los Cónsules extranjeros radicados en La Habana han comenzado a evacuar a sus nacionales ante el temor a que estalle una degollina general, y que el norteamericano, un tal Mr. Lee, ha llegado a esconderse y a telegrafiar a su Gobierno pidiendo el envío de un buque de guerra a este puerto. Yo, particularmente, ya me harté de escuchar rumores y de temblar: que sea lo que Dios quiera.

Me despido de Ustedes, mis tíos queridísimos, en medio de una incertidumbre a la cual uno se va acostumbrando ya... Y se me olvidaba decirle que yo no participé en esa tontería de los periódicos, a pesar de ser Voluntario a la fuerza, porque cuando caigo en la hamaca, después de un día de labor en la ferretería, y con la sopa con que nos alimenta Don Bonifacio, no me levanta ni la carga de los mamelucos, ni la explosión de un acorazado surto en el puerto.

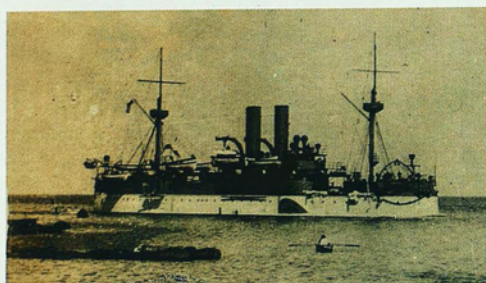
Que los rezos de Ustedes me sigan librando de todo mal. Que le dure la cruda a Don Bonifacio, a ver si nos deja vivir un poco a todos.

Lo abraza con cariño:

Joaquín.



Calle del comercio en La Habana con arco de triunfo en honor al General Weyler



Carta Tercera

Habana, 26 de enero de 1898

Mi muy querido señor tío:

¡Al fin he recibido carta suya, la primera de este año! No puede Usted imaginar la alegría que me ha dado llegar de la ferretería y encontrarla sobre mi jergón, por cierto, lleno de ladillas, chinches y todo género de invisibles torturadores que se divierten picándome de noche, pero a los que ya casi no siento, porque a todo se acostumbra uno.

A decir verdad, a lo que no he podido acostumbrarme en estos últimos días es a la sensación de que algo grande va a pasar aquí, y que ante el hecho consumado no queda más que resignarse. ¿Será que me estoy volviendo medio místico con esto de la política, la guerra de los cubanos y el amago de los americanos? Porque ayer mismo, cuando nadie lo esperaba, entraron en tropel a la ferretería unos hombres desconocidos trayendo en brazos a Don Bonifacio Segura y Ezepleta, extrañamente callado, ¡fíjese si venía mal y descalabrado!...

Primero pensamos que lo habían molido a palos los negros curros del Manglar ó los ñáñigos de Guanabacoa, sus lugares predilectos para cazar mulaticas por unos pocos centenes... Porque le habían advertido que tanto va el cántaro a la fuente... hasta que se topa con un negro... pero no se trataba de eso, porque no traía moretones ni heridas en el cuerpo, apenas unos temblores, los ojos cerrados, y la boca llena de espumarajos, como perro rabioso o peregrino de San Vito.

En medio de los alaridos del mujerío de la casa que clamaba por la Guardia Civil para que interviniese... "ante el crimen cometido por estos laborantes mal nacidos contra Don Bonifacio...", y debido al cierre apresurado de las puertas aledañas, pues los comerciantes vecinos al oír los gritos creyeron que una de las partidas del cabecilla insurrecto Máximo Gómez, al que todos llaman el Chino Viejo, atacaba a los peninsulares de la Calle Obispo, algunos aprovecharon la confusión, como siempre, para robarse de la ferretería tres sartenes, un par de espuelas, un tabor de peltre y ½ libra de clavos de una pulgada, que nos tocará pagar a los dependientes.

Cuando pude acercarme al cuerpo desmadejado del patrón y percibir que, aparte de su aliento habitual, mezcla de cebollas, ajos, morcillas caseras y ron peleón; aparte de su eterno olor rancio a quesos mal curados y monturas sudadas de caballería; aparte del talante rufianesco de siempre con el cual se impone a la caterva levantisca de Voluntarios, nada tenía, salvo los efectos combinados de una de sus borracheras patrióticas y una rabieta espumeante.

"¡Son ellos!... -balbució, entreabriendo los ojos y recobrando algo del color en las mejillas mal afeitadas- ¡Son ellos, Joaquín!... ¡Ya están aquí los muy cerdos!... Ya llegaron, al puerto de La Habana, ¡válgame Dios!... -intentó incorporarse del mostrador, donde lo habían depositado-. ¡Son los tocineros, Joaquín, los cabrones americanos, que ya llegaron en un barco! -tosió fuerte y se limpió la boca rencorosa, para derrumbarse de nuevo, lanzando un gemido de plañidera, difícil de imaginar en un hombre como él-. ¡Ay, mi General Weyler! ¡Qué falta hace a

los incondicionales en esta hora de escarnio y humillación!".

Cuando escuché esto, aunque pueda a Usted parecerle exagerado, mi querido tío, comprendí que tanta rabia se debía a la llegada imprevista de un gran crucero americano al puerto de La Habana, lo cual ocurrió precisamente ayer. No creo que en la vida política de la Península un suceso tal pueda levantar tamañas pasiones, pero aquí, en este clima caliente donde la sangre y los humores del cuerpo hierven, donde no existen mediatintas y no se sabe lo que es el paso a paso, donde el juego siempre es a todo o nada, tales reacciones no deben considerarse desproporcionadas, aunque yo, particularmente, no sea capaz de tomarme tan a pecho algo que no tenga que ver conmigo mismo.

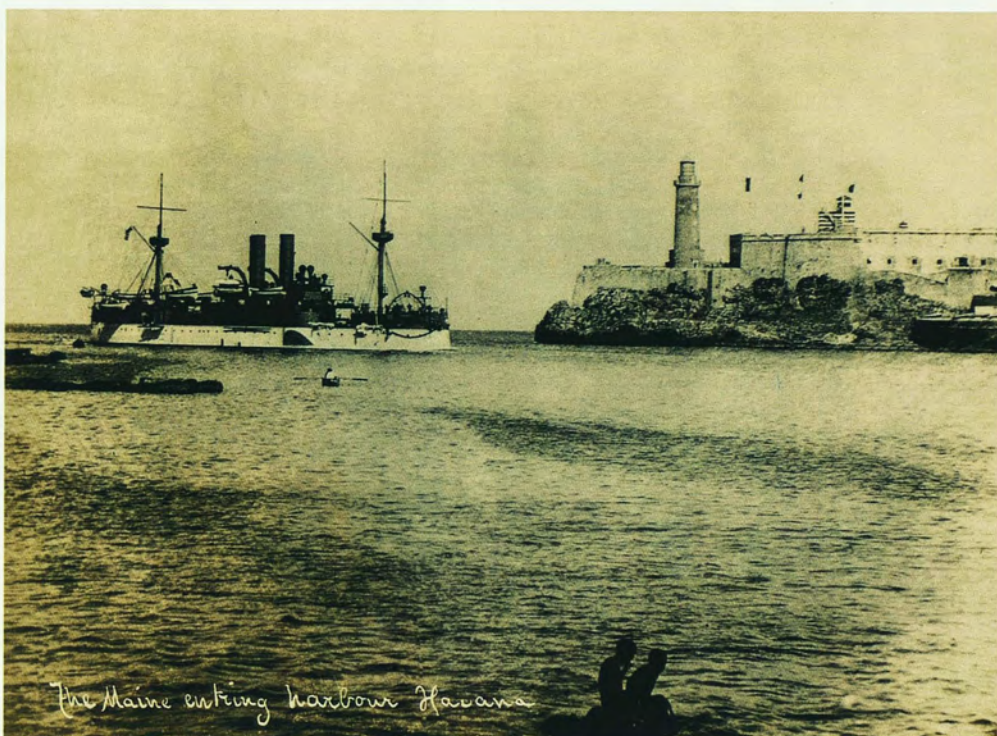
Resulta que, lo que había puesto a Don Bonifacio Segura y Ezpeleta al borde del viaje final, no había sido ni una zurra de los curros del Manglar, ni de los ñañigos de Guanabacoa, ni haber perdido su apuesta a los gallos, ni alguno de los ya inocultables triunfos de los mambises, sobre los que "El Diario de la Marina" se ve obligado a publicar noticias, sino que ayer, 25 de enero, a plena luz del día, en paz, y hasta con honores, guiado por un práctico español, había atravesado el canal de la bahía hasta ser amarrado a la boya No. 4 del puerto un buque de guerra de los yanquis, el "Maine", dicen que en "visita de rutina y buena voluntad".

"¡Al carajo la buena voluntad! -bramaba Don Bonifacio, hoy en la mañana, después de tomarse a regañadientes una infusión de tilo y ajustarse el mugriento pañuelo amarrado a la cabeza, los ojos fugaces como de jabalí acosado por los perros y un aliento tremebundo, de todas las tormentas contenidas-. ¡Que me traigan mi uniforme y mi sable! ¡Que manden aviso a los sargentos del batallón para que todos formen en dos horas, con los arreos de combate!... ¡Santiago y cierra España, que aún el Cid Campeador puede guiar a las huestes de la Cristiandad contra los paganos y los bárbaros!".

Si le cuento todo esto, tío querido, es para que pueda entender cuánto le agradezco a Usted el haberme escrito, y que yo haya recibido la carta en estos precisos momentos. Para ser más claro le diré que estoy a punto de regresarme a España, pues aquí ya no habrá tranquilidad por largo tiempo y lo que uno puede esperar en el futuro es lo que llaman en la Isla "un sal pa'fuera" de gigantescas proporciones.

¿Y yo, qué voy hacer? Si estalla ahora una guerra con los yanquis, ¿dónde me pongo yo?... Y los cubanos, ¿qué harán?... En esta hora, ¿serán españoles o no? Sólo de pensar que esta ciudad pueda ser bombardeada por cañones, como los que trae el tal "Maine", se me pone la carne de gallina. No creo yo que muchos de los bizarros come-candelas de mi batallón, ni de los otros que conozco, ni de los quintos que veo desfilar, macilentos y hambreados, rapados y zurcidos, con las alpargatas llenas de niguas y el asombro en los ojos, más labradores y pastores que soldados, sean capaces de aguantarse en las trincheras si tales balas comienzan a silbar sobre sus cabezas.

Ha comenzado la desbandada de los que tienen dinero para comprar, a precio de oro, el puesto en un barco de la "Trasatlántica" que salga para lugares distantes, aunque sea para Puerto Rico o Las Filipinas. Cualquier lugar es más seguro hoy en día que esta ciudad, que fue un verdadero Paraíso en la Tierra, y que nosotros mismos hemos destruido. ¡Ay, tío, cuánto daría por



Entrada del buque acorazado norteamericano "Maine" al puerto de La Habana, el 25 de enero de 1898

estar lejos de aquí, allá con Ustedes, tranquilo, con las ovejas y mis primos, entre los trigales que tanto me aburrían!

Y el Señor Sagasta, ¿qué está haciendo?... ¿Y las Cortes, y la Reina Regente, qué dicen de todo esto? ¿Qué ayuda van a prestarnos, o nos van a dejar a merced de los barcos yanquis, en el mar, y de los mambíses, en tierra? Para mí, que ya es tarde para hacer nada y que cuando algo se pudo hacer, no se hizo...

Ahora mismo, mientras le escribo todo esto a la luz de un cabo de vela, estoy oyendo los bramidos de Don Bonifacio en la ferretería, enredado en feroz batalla campal con las regaderas de hojalata, los rastrillos de jardinería y las palas de albañilería a los que llama "cobardes tocineros, roñosos judíos y mahometanos del 'Maine'...". Desde hoy por la mañana está borracho, no ha formado batallón alguno y dice que él sólo, sin necesidad de nadie más, va a hundir a este y a cuantos barcos mande, dice,... "ese tío rechoncho y afeminado de McKinley".

Oigo por las calles el deambular de los reconcentrados, gente de campo que han obligado a vivir en las ciudades, sin casas, sin comida, ni trabajo... Miles han muerto... Decían cuando Weyler que sólo así se ganaba esta guerra, pues ellos eran el apoyo de los rebeldes... Pero ya, no está Weyler, la guerra sigue, no se ha acabado con los insurgentes, y a estos miserables cristianos los oigo ahora rebuscar en la basura, escarbar con la esperanza de hallar unos huesos pelados, unas cáscaras o un mendrugo mohoso que llevar a sus hijos, que se mueren...

Y sigue Don Bonifacio con su letanía, ganando batallas privadas entre los cajones de la tienda, condecorando su valentía y arrojo con las polvaredas de yeso y cal, que brotan de sus patadas a los bultos de la ferretería... Y me levanto a mirar por mi ventanita hacia el puerto, y cojo un poco de aire, y la luz de la farola del Morro alumbra la mole gris, tranquila, casi inofensiva del buque americano...

...Y siento miedo, tío, mucho miedo. ¿Usted me comprende?

Joaquín.

Carta Cuarta

La Habana, 1 de febrero de 1898

Mi muy querido y recordado tío:

En mi carta del 26 de enero, escrita bajo la impresión del soponcio que le dio a mi patrón, le contaba sobre la gran alegría y alivio que me provocó el recibir la primera carta de Usted este año, pues me traía aromas familiares de un mundo tranquilo y normal, donde quisiera yo estar en este mismo minuto.

Si, ya sé, querido tío, que Usted me lo advirtió cuando partí para estas tierras de la fortuna fácil, de donde, todos decían, volvían ricos los patanes de las aldeas, que partían oliendo a cabras y sin saber de más mundo que el que existía hasta donde abarcaba la vista. Y lo que me decidió a partir fue esa visión de los indios fumando sus puros, bebiendo un café fuerte y aromático endulzado con azúcar de verdad, ese andar bailarín y ese pisar fuerte con que volvían, esos perfumes que embujaban a las mozas de las aldeas, esas leontinas de oro, y dijes, anillos, cadenas y yugos en las camisas, esos bastones de caña con mango de plata, esos cuentos de rumbas interminables, de negras y mulatas de carnes duras y mañas de panteras, de rones con hierbas misteriosas y limón: de vida alegre, tío, que era lo que buscábamos los mozos de allá, cansados de misas, procesiones, gente vestida de negro, noches interminables de invierno y duro trabajo sin prosperar jamás.

Vine a Cuba, queriendo regresar a mi terruño como indiano próspero, y embelesar a las mozas que no me hacían caso, y pagar con mi dinero una escuela para los chavales de la aldea, para que fueran algo en el mañana y no tuviesen que irse de su tierra, como yo. Vine aquí con todos esos sueños y recuerdo que, mientras mi tía me bendecía, Usted me dijo con esa voz suya, tan curtida como sus manos: "Mira bien lo que haces, Joaquín, hijo, que el dinero que viene fácil, fácil se va, y que no hay fortuna más segura que el ser honrado".

Precisamente, tío, por ser honrado es que no he prosperado mucho aquí, mientras otros han medrado con toda suerte de rejuegos y andanzas oscuras. Porque la mayoría, no todos, de los que amasan una fortuna regular han estado o están mezclados con cosas sucias o irregulares, por ejemplo, con el robo de los dineros públicos, el engaño a los clientes, la explotación despiadada de sus paisanos recién llegados, a los que hacen trabajar como a bestias, tal y como Don Bonifacio Segura y Ezpeleta me hace a mí, en la ferretería. Se vuelven opulentos, de la noche a la mañana, con la estafa en los suministros al Ejército, mientras los pobres quintos pasan hambre y mueren como moscas; con el contrabando, el decomiso de propiedades a los cubanos ricos, a los que extorsionan bajo la amenaza de denunciarlos como laborantes, y con miles de tretas más.

Fíjese Usted, querido tío, si he tenido en cuenta sus consejos que ya me he convencido que debo regresar allá, aunque no vuelva con leontinas, ni dijes, ni bastón de caña, ni traje a la medida, ni botines lustrados, ni con el dinero para la escuela de los chavales: aquí jamás me haré rico y en vez de ganar algo, tal y como andan los asuntos y este enredo con la guerra y

los americanos, lo más probable es que pierda la vida.

Por lo pronto, hasta salir de aquí se ha puesto difícil, no hablando ya de la vida cotidiana, pues entre la Reconcentración que ha despoblado los campos de Cuba y arruinado las crianzas y los cultivos, mientras ha llenado las ciudades con nubes de seres humanos hambrientos, llagados y vestidos de harapos; entre la zafra que no puede avanzar, porque los mambíses le dan candela a los campos de caña y a los ingenios con el pretexto de que la molienda paga la guerra que España les hace; entre el temor de los comerciantes y los patrones de barcos, que empiezan a eludir una Isla que se empobrece de día a día, y está plagada de epidemias y riesgos; entre los que se van con sus caudales por el miedo a lo que vendrá y el temor de que los americanos se metan en esto, que no les va ni les viene, lo cierto es que cuesta trabajo hallar espacio en algún barco de la "Trasatlántica" que parta para la Península, y eso, cuando se está en condiciones de pagar el precio del pasaje y un crecido soborno a los capitanes y otros oficiales.

Le diré, en secreto, que estoy reuniendo todo el dinero posible, para ver si salgo de este infierno cuanto antes y pueda darles el abrazo que Usted. y mi tía merecen. Pero que no se entere Don Bonifacio, porque si lo llega a saber, es probable que me lleve ante una corte marcial, por desertor.

Pero mientras mi reducida bolsa se estira hasta ver si logra satisfacer la codicia de los que siempre lucran con las desgracias ajenas, el tema del crucero americano en el puerto de La Habana lo ha venido a complicar todo.

Tal como le dije, tío, en mi carta anterior, el crucero yanqui es el "Maine", que entró a puerto sin que nadie lo esperara. Y lo peor es que, al parecer, nadie tampoco lo había invitado pues aunque se dice que es una visita "de buena voluntad", y que en reciprocidad nuestro "Vizcaya" haría lo mismo en New York, he escuchado conversaciones de gente de la Capitanía del puerto y de los guarda-muelles y braceros, que a su vez han oído decir a sus jefes, y estos al señor Don Luis Pastor Landero, Capitán de este puerto, y amigo de Don Bonifacio, que... "esos paganos yanquis nos han clavado una banderilla en el lomo con lo del barquito, y que es una provocación a ver si los Voluntarios de La Habana se atreven a desmantelarlo, como hicieron el día 12 con las redacciones de los periódicos laborantes..."

Dicen las malas lenguas, tío, que lo que quieren los americanos es cualquier pretexto que les pueda servir para declararles la guerra a España, y que para esto vale lo mismo una bofetada que se de en tierra a uno de los marinos de ese barco, que si un ciclón lo echa a pique; que la suerte está echada, y que de seguro traen a bordo fusiles y dinamita para los mambíses, los cuales sacarán de noche, con sigilo, ante las propias narices del Morro, y que son capaces de envenenar el agua de la ciudad.

"¡Vaya Usted a creer a esos porquerizos con dinero!" -ruge Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, que desde la llegada del buque americano no se quita todo el santo día el uniforme de Coronel de Voluntarios, ni deja las armas, y casi no viene por la ferretería pues ha establecido, en la terraza de un café del puerto, dice él, su "puesto de mando, como vigía insobornable". Desde allí no deja de escudriñar, con sus anteojos de campaña, la cubierta y todo



Corneta español

movimiento que se produzca en el buque americano.

Cuando fui allá para hacerle firmar unos pagarés de la ferretería, que no admitían demora, me lo encontré entre botellas de ron y anisado, platos con resto del almuerzo, sables, fusiles y tambores, un gran retrato del General Weyler, con casco prusiano, numerosas condecoraciones, y unas velas encendidas ante él, como se hace con los santos, y a su alrededor, igualmente amoscados por la bebida, desplegando planos de batallas y hablando de abordajes, golpes de mano... "y las glorias de Lepanto y del Gran Capitán", una horda de individuos de mala catadura, mezcla de carretoneros, carboneros, tenderos y funcionarios, todos congestionados y al borde de la apoplejía por las langostas y las fuentes de yuca con mojo de ajo y limón, el humo de los buenos puros de H. Hupmann, los pozuelos de cascos de guayaba con queso manchego, las lonjas de jabugo y el tocino, éste último, tildado de "espía" curiosamente, por venir de New York.

Porque aquello, más que un "puesto de mando" parecía una romería de catalanes o un convite, y que en materia de pretexto, antes que los americanos, lo habían encontrado estos "patriotas" y defensores de "Cuba española y con honra", para beber, atracarse y no trabajar. A tal punto llegó el delirio de Don Bonifacio, tío querido, que hoy me mandó a buscar por mi buena caligrafía para que le pasase en limpio unos folios al que había hecho poner el pomposo título de "Libro de incidencias observadas a bordo del buque enemigo", y contenían todas las anotaciones que había ido haciendo durante su vigilia desde la terraza del café "Dos Hermanos".

Para que vea que no exagero, aquí le transcribo sólo algunas de las notas que pude descifrar, entre manchas de grasa:

"...Me dice mi paisano, Don Ezequiel Murrieta, que sirvió en un buque de guerra español durante la Guerra del Pacífico, que este 'Maine' es bastante raro para ser un buque de combate, pues está pintado con colores de tiempo de paz: casco y botes blancos, superestructuras, mástiles y chimeneas de ocre, cañones y protectores de negro,... ¡un cabrón árbol navideño, maldita sea!... Como si estuviese destinado a ser un blanco perfecto para el tiro naval; como si lo hubiesen maquillado para morir..."

"... Ha entrado al buque enemigo, presumiblemente para saludar a su Comandante, un Teniente de Navío español. Algunos dicen que se trata del Señor Don Alberto Medrano, también dan otros nombres... Vamos a averiguar quién o quiénes claudican ante los tocineros, y haremos una lista de sus direcciones particulares para cubrirlos de improperios, como escarnio a su conducta... En la tarde el Comandante del 'Maine', un señor delgado con gafas y bigotito, con más pinta de lechuza que de águila, entró a la Capitanía del puerto. Ya me enteraré con mi amigo, Pastor Landero, que quería..."

"...Mantienen a bordo vigilancia de marinos armados, día y noche. Las piezas de artillería desenfundadas y con munición al costado. Las calderas nunca se apagan, como recelando de un ataque sorpresivo. De noche encienden poderosos faros eléctricos iluminando no sólo la bahía, sino también las casas de la ciudad... Están fondeados entre el crucero español 'Alfonso XIII' y el buque escuela alemán 'Gneisenau'..."

"Veo que también nos observan todo el tiempo con catalejos y prismáticos. Anotan y dibujan en grandes álbumes, sobre todo cuando enfocan hacia las fortalezas y baterías de la bahía... No hay dudas que nos espían... ¿Hasta cuándo permitiremos este escarnio? ¿Acaso no quedan españoles en Cuba?... Ya se verá..."

Por los alrededores del puerto muchos curiosos han hecho del buque americano el motivo de sus paseos y su curiosidad. Han montado sus tenderetes los vendedores ambulantes, para aprovechar la afluencia de gente. Más que un peligro y un polvorín a punto de explotar, esto parece un circo o una feria...

Porque a decir verdad, con excepción de grupos afines al de Don Bonifacio, muy poca gente aquí se ha tomado en serio este asunto. Ni qué decir que los cubanos están encantados, y muchos no esconden sus sonrisas burlonas al pasar ante el café "Dos Hermanos". Alguna que otra riña a bofetadas y bastonazos se ha librado ya, en las aceras...

Pasan los días, tío, y nadie sabe qué va a pasar con este buque armado y listo en el corazón del puerto de La Habana. Del interior siguen llegando trenes con soldados heridos y enfermos. Los reconcentrados mueren, como es habitual, y los carretones encargados de ello los recogen puntualmente en las calles y zaguanes. El recién estrenado "Gabinete autonómico" ni corta ni pincha, o sea, nadie le hace caso alguno... Muchos se van, y yo cuento mi dinero, a ver si hago lo mismo antes de que todo esto vuele por los aires...

He leído en periódicos españoles, en "El Progreso", que el 23 de enero hubo banquete en el Palacio, en Madrid, para 80 comensales. Que a las damas y caballeros, elegantes y olorosos, se les dió "creme de volaille a la Reine", "saumous a la Duglere", "aloyaux a la Windsor", "sala-de Demidoff", Jerez 1847, Chateau Latour, Champagne, Moscatel, y muchos manjares y vinos más, y que la banda de música del Real Cuerpo de Alabarderos animó la cena...

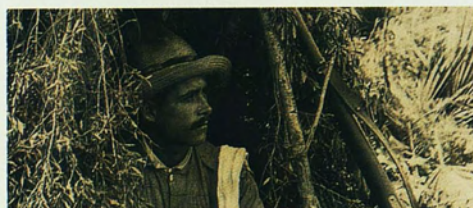
Perdóneme, tío, que ahora termine mi carta con unas palabras gruesas, más típicas de Don Bonifacio que mías, y que le haga esta pregunta, un tanto destemplada, a quien debo siempre veneración y respeto, pero me sale del corazón y me salta a la boca:

Y esto, tío, ¿qué coño es? Tío de mi alma, ¿qué carajo está pasando?

Beso su mano, y la de mi tía, su sobrino querido:

Joaquín.





Carta Quinta

Habana, 9 de febrero de 1898

Mis queridos tíos:

Aunque no soy un hombre de lamentos, ni de espíritu flaco, debo estar cansándolos con mis cartas llenas de preocupaciones sobre mi futuro y el de este país. Deben haberles llegado las anteriores. Yo sólo he recibido una de Ustedes, desde que "la caña se ha puesto a tres trozos", como dicen por acá cuando una situación se agrava.

Pero, queridos tíos, ¿con quién voy a hablar? ¿A quién puedo contarle mis penas y las de esta tierra, a la que, quiera o no, estoy ligado? Aquí, a decir verdad, todo el mundo es muy hablador y un secreto dura lo que un merengue a la puerta de un colegio. Las calles son un hervidero de rumores, comentarios, verdades a medias y mentiras enteras, pero uno no puede estar hablando con cualquiera, porque las indiscreciones pueden pagarse muy caro. Y si no, vea Usted lo que le acaba de pasar a Dupuy de Lomé, nuestro Embajador en los Estados Unidos, y lo de la carta que le robaron en La Habana a su destinatario, que resultó ser Canalejas, el político peninsular que andaba en estos días de visita por acá. Lo que han formado los periódicos yanquis, con el texto secuestrado, es de Dios padre...

Hay momentos en que me parece que el Señor le ha vuelto la espalda a España, desde hace mucho rato. ¿Será por nuestras torpezas y ceguera ante los sufrimientos que hemos causado a medio mundo con nuestra política colonial? ¿Será por la forma terrible en que se desarrolla aquí esta guerra contra los cubanos, sin dar cuartel ni perdonar a bicho viviente alguno? ¿Será por los pecados de tipos y tipejos como Don Bonifacio Segura y Ezpeleta? ¿O será por lo que vendrá, que se me pone la carne de gallina?... Miren mis queridos tíos, si tengo razón en lo que supongo, que no pasa día sin que la situación se torne más comprometida para el dominio español en esta tierra. Eso se ve, se huele, se siente en el aire y en la piel... Esto lo dicen todos, y sobre todo los cubanos, pero esto es lo que no ven gentes como Don Bonifacio, que siguen aferrándose a un mundo que muere por minutos, que se va y que ya apesta, como cadáver insepulto.

Yo no sé qué es peor, si ser arrastrado por el vendaval de los sucesos y no poder hacer nada, o no estar en condiciones de ver siquiera el vendaval que viene arrasándolo todo... Bueno, al menos creo que Don Bonifacio y los que actúan como él no sufren porque viven ignorantes de la realidad, y a su manera creen que pueden torcerle el rumbo al destino... ¡Benditos sean los inocentes, aunque sean los peores pecadores, los más vulgares, vocingleros y pendejillos Voluntarios integristas de La Habana!

Nada más abrir los periódicos y la guerra te pilla por el pescuezo, te corta el resuello y te saca de la ferretería o de la casa mandándote a los campos de batalla, llenos de muertos, de cuerpos ensangrentados, de un calor pegajoso y húmedo, de miedo y peligros... Y el cielo cuajado de auras tiñosas, que son aquí una especie de buitres repulsivos que limpian los campos de carroña y se ceban en los cadáveres, como los perros jíbaros, los grandes cangrejos



Asistente de un oficial mambi

de tierra, los puercos y las hormigas.

Aquí pensaron los políticos de la Península que haciendo la reforma autonómica, poniendo en el Gabinete a unos cubanos liberales, relevando a Weyler y mandando a Blanco; haciendo dos o tres promesas ambiguas y proclamando bandos tardíos para suprimir la horrorosa Reconcentración, ya estaba todo hecho y que los rebeldes iban a acogerse, en racimos, a la legalidad y a besar la mano del Gobierno, como si fuesen buenos negritos domésticos que vienen a pedirle la bendición al mismo amo que les bautiza a sus hijos y ordena luego a los mayores darles los latigazos en el boca abajo.

Y es que muchos de esos políticos jamás han puesto un pie en estas benditas tierras, y los únicos negros que han visto son los esperpentos y muñecons de "Blanco y Negro" o "La Campana de Gracia", o sea, negros de papel, y no los de carne y hueso, los que llevan más de 30 años alzados en la manigua, dando machete y quemando cañas y fincas de labor. Y estos, tíos, los de carne y hueso, los de verdad, dicen que no se bajan de la mata hasta que Cuba no sea libre y soberana... ¡Y pobre de Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, que piensa lo contrario, y cree, con sus comilitones de opereta, poder evitarlo!

Miren lo que los periódicos de estos días publican aquí, y compárenlo con lo que sueñan los políticos ciegos y sordos de allá:

"Enero 17: Tropas cubanas, con artillería, atacan y ponen sitio al poblado de Campechuela..."

"Enero 30: Es volado con dinamita un tren de la vía Sabanilla-Maroto, junto al poblado de Boniato, en las afueras de Santiago de Cuba..."

"Febrero 5: Tropas del cabecilla cubano, autotitulado General Pedro Betancourt, baten rudamente en Quintana, Matanzas, al Tercer batallón del Regimiento de infantería María Cristina..."

"Febrero 5 : Es dinamitado un tren de la ruta Santiago-San Luis, junto a San Vicente, Santiago de Cuba..."

Si esto no es guerra, yo no sé qué es. Si alguien piensa allá que esto aquí está a punto de caramelo para la paz, se está engañando, lastimosamente. Y lo que me huelo yo es mucho peor: que lo saben bien, pero que están engañando a la nación, porque así conviene a sus intereses.

¿Qué publica la prensa de Madrid? ¿Qué hacen los periodistas para orientar la razón extraviada de los que deberían sacarnos de este marasmo? Me parece, desde la humilde trastienda de la ferretería de Don Bonifacio, y sin ser político ni muy letrado, que la mayoría de los periódicos españoles está compitiendo en infamias y mentiras con los voceadores de la prensa escandalosa de los yanquis.

¿Cuántos periodistas honrados y periódicos honestos se publican hoy?... Leí el 30 de enero en "El Imparcial" que, sólo en Madrid hay 304 periódicos, de ellos 36 diarios, 6 bisemanales,

123 semanales, 34 decenarios, 52 quincenales, 56 mensuales... Y yo me pregunto, y en ello coincido con Don Bonifacio: ¿Para qué coño sirven? ¿Para qué, si no son capaces de parar esta guerra terrible, esta guerra que ya se prolonga por tres años?

Y mientras "el palo va y viene", como se dice por acá, ahí en el puerto apuntándonos con sus cañones, está el crucero acorazado "Maine", en el mismo corazón de La Habana. Y los fisgones de Don Bonifacio no dejan de escudriñarlo, entre botellas de ron y platos de langostas y camarones, desde la terraza del café "Dos Hermanos"...

Don José Canalejas, político y editor de "El Heraldo", como les contaba, estuvo de visita en Cuba, dicen que para informarse de primera mano acerca de la situación, recelando quizás de que los partes militares sólo reflejan victorias de las armas españolas, y cuando más, en un alarde de realismo, la muerte de un mulo de la impedimenta, por alguna bala perdida.

Vi fugazmente, a este señor cuando me dirigía de la ferretería al "Dos Hermanos", a seguir trascribiendo los informes "secretos" que Don Bonifacio garabatea. En ese trayecto pasó por mi lado un coche en camino hacia la terminal de ferrocarril colmado de personajes civiles y militares, entorchados y ahitos, sonrientes y felices. Eran los excursionistas que capitaneados por el airoso Canalejas iban de visita a las obras del Acueducto y Canal de Albear, equivocando el objeto de sus pesquisas para levantar información fidedigna: no debería haberse dirigido a las fuentes de aguas claras para hallar la verdad cubana, sino al desagüe pestilente de los detritus que alivian en la bahía y en la costa. ¡Ahí encontrará la verdad de este mundo agonizante y decadente! ¡Ahí, sonriente señor Canalejas, y que buen viento le lleve!

Quizás esté siendo algo severo con el visitante, al cual concedo, tíos queridos, buena fe, pues en "El Heraldo" he leído, hace unos días, unas cartas que envió a Madrid desde Washington y La Habana: "Curas y soldados, radicales y conservadores -escribe el Señor Canalejas-, todos convienen en que la guerra y la Reconcentración han originado la muerte de una tercera parte, por lo menos, de la población (rural) cubana... ¡Que horror!".

Pues a este señor, tíos míos, le han robado una carta personal de su habitación del Hotel "Inglaterra", el más céntrico y lujoso de La Habana, ubicado cerca del Paseo del Prado y junto a la Acera del Louvre, sitio de reunión de los tacos habaneros, duelistas y laborantes que poco a poco se han marchado a la manigua. Lo más grave de todo es que dicha carta se la había enviado su amigo, Don Enrique Dupuy de Lomé, Embajador español en los Estados Unidos. En ella se pone de vuelta y media al Presidente McKinley, y ha ido a parar a la Junta cubana en New York, y de ahí a los periódicos, que la han publicado en sus primeras planas, tachándola de "gran insulto a la nación".

Y como los males no vienen solos, hoy en la mañana he escuchado en la ferretería que allá, por los "Dos Hermanos", se ha formado anoche una gresca monumental entre los meseros cubanos de la casa y el grupo de Don Bonifacio, con mesas y combatientes cayendo a las aguas del puerto, vajillas astilladas, papeles por los aires, silbatos de la Guardia Civil, cierra-puertas y asalto a la bayoneta de un piquete de soldados que guardaba esa sección de la ciudad. Y dicen que una vez conducidos al calabozo todos a los que fue dado apresar en medio de la tremolina, entre ellos un vapuleado y muy descalabrado Don Bonifacio, se pudo

establecer que... "gracias a las malas artes del laborantismo antipatriótico y pro-yanqui que pulula por la ciudad; gracias a los esbirros de la Junta de New York y los mercenarios al servicio del invasor extranjero que abofetea a los buenos españoles con la infame presencia de uno de sus buques en nuestras aguas, han sido hurtados de la mesa del Señor Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, en el café "Dos Hermanos", ocupado desde hace días en patrióticos servicios a la causa española, todos los prismáticos de campaña que allí se hallaban y un catalejo mariner, dos lupas, un microscopio de Pasteur, unos quevedos para leer y un monóculo, todo con el inocultable fin de cegar los ojos siempre vigilante de la causa de Cuba española, amenazada hoy más que nunca..."

En fin, tíos del alma, ¿qué más agregar a lo dicho? En medio de la tragedia, la bufonada y el sainete, el llanto y la carcajada, lo andaluz y lo habanero... ¿Quién puede contra esa mezcla? Yo no...

Siempre los quiere, los recuerda y los venera:

Joaquín.



Asistente de un oficial mambi y otros oficiales cubanos con la población civil

Carta Sexta

La Habana, 16 de febrero de 1898

Mis queridos tíos y primos:

Tanto va el cántaro a la fuente... hasta que se jode, como dice el viejo refrán de nuestra tierra. ¡La que se ha formado aquí ayer!... ¡Dios nos coja confesados y se apiade de nosotros!... No es que yo tenga cualidades de adivinador, ni de profeta, que si esto fuese así me habría sacado ya el Premio Gordo de la Real Lotería y me les hubiese aparecido en la Península con pinta de señorito y un negrito de aquí para que me llevase las maletas, pero nadie mejor que Ustedes saben que lo ocurrido ayer yo lo veía venir desde hace mucho tiempo... ¡Alabado sea el Señor!

Miren si esto ha sido grande que La Habana, ciudad casquivana, como hembra que es, ha amanecido hoy desmelenada y llena de presagios, con un silencio de muerte que ha hecho callar, sin necesidad de apelar a los celadores de barrio, a todos los solares, a las timbas bulliciosas, a los puestos de fritas de las negras, a las tolдерías de los chinos que venden hortalizas en perenne pelea con los marchantes, al griterío de los mata-perros que no van a colegio alguno, y lo que es aún más tremendo y sorprendente: a las turbas de Voluntarios que no se cansaban de ir de un lado a otro con sus charangas belicosas, sus bravuconadas y esas borracheras que incluían tiroteos sin ton ni son y alguna que otra golpiza a los pobres criollos que se cruzasen con ellos por las calles.

Es muy probable que ya Ustedes lo sepan, porque con tanto adelanto en eso de los cables submarinos y los periódicos, todo se sabe en este mundo a la misma velocidad con que aquí cae un chaparrón y escampa: el barco americano, el tal "Maine" que desde fines de enero estaba anclado en una de las boyas del puerto, estalló anoche, como a las nueve y pico de la noche, dejando sin cristales las ventanas y sin luz a media ciudad, y lo que es peor, matando a una gran cantidad de sus propios tripulantes... ¡Qué desgracia tan terrible, tíos!

Los rumores andan por todos lados, como si fuesen perros callejeros. Se hace muy difícil caminar por Obispo, por Obrapía, por Mercaderes o por Prado sin que se perciba como una especie de estremecimiento o pena por lo sucedido; como si las gentes estuviesen anonadadas por un golpe brutal que ha cortado más de una vida en dos momentos: el antes y el después de la tragedia. Hasta los reconcentrados, esas sombras dolientes que nadie sabe cómo sobreviven al infierno que les regaló Weyler, y que Blanco ni los autonomistas han logrado restituir a los lugares de donde fueron sacados a la fuerza, andan un poco menos azorados y hambrientos que de costumbre. Y créanme si les digo que he creído percibir en sus ojos una recóndita chispa de salvaje venganza, una especie de brillo que presagia la llegada del castigo y el arrepentimiento.

En el momento de la explosión yo me hallaba en un trance algo comprometido, en la trastienda de la ferretería de Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, aprovechando su ya prolongada ausencia. Que nadie me recrimine por haber invitado, sin su permiso, a cierta dama de piel

más oscura de lo recomendado por las buenas costumbres. En realidad, puede mi señora tía tenerlo por seguro, era la primera vez que me atrevía a pecar en el mismo jergón donde me cansé de sudar mis miedos en solitario.

Cuando me disponía a sacarle el refajo punzó a María Dolores, la negrita planchadora de la lavandería de Don Cosme, el Canario; cuando la promesa de escalar promontorios más empinados que los del Teide de Tenerife me tenía lleno de tembloroso anhelo; cuando se acercaba el momento que yo había esperado con paciencia de congo viejo y, ¡al fin!, aquella palomita se hallaba en la boca del lobo, o sea, en mi boca; en ese preciso instante, ni un minuto antes ni un minuto después, se produjo aquella sacudida seca, aquel golpe de aire hirviente, aquel estallido de todas las luces que se podían haber juntado para dejarme clavado ante María Dolores, con el refajo en las manos, tras liberar a aquel cuerpo de toda opresión... ¡Oh, terrible momento, suma de todas las sorpresas, de todos los temblores, negación de todos los susurros que los pobres enamorados nunca llegaron a pronunciar! ¡Oh, fuerzas aciagas del destino, empeñadas en mantenerme casto y puro, muy a mi pesar! ¡Oh, sublimes colinas y hondonadas entrevistas en medio del cataclismo y que no pude ensartar con el denuedo de mi pica!

La ferretería aguantó aquel terrible embate, lo que no lograron otras casas menos afortunadas de las inmediaciones. Porque tras la primera explosión hubo una segunda, y enseguida, una loca algarabía de campanas, galopes, gritos de terror, voces pidiendo que encendiesen un farol, mujeres llamando a sus hijos y al Santísimo, palabrotas de borrachos a los que la sacudida tumbó las botellas de las manos... Pasaban guardias, serenos, bomberos y marinos; negros, chinos, americanos, alemanes, gallegos y un marido engañado persiguiendo al amante descubierto entre las sábanas de su propia cama. Volaban enloquecidos y sin rumbo miles de pájaros y hasta gallinas expulsadas de los gallineros por aquella fuerza mayor que cambiaba, sin aviso alguno, todas las costumbres, y trastocaba, sin recato, todos los horarios. Llovían sobre la multitud que corría hacia el puerto todo tipo de objetos incandescentes, pedazos indescifrables de cosas, no precisamente celestiales... Y en medio de aquel pandemónium, mis queridos tíos, recobré la conciencia y me ví, en la calle, sin el refajo punzó de María Dolores, sin el cuerpo anhelado de María Dolores, sin lo que buscaba y estaba a punto de lograr de María Dolores, y lo que es peor: sin ropa, sin calzoncillos, sin alpargatas y hasta sin boina, o sea, completamente desnudo, tal y como vine al mundo.

En aquel momento de confusión inicial nadie reparó en mis carencias, ni en mis exposiciones: a tal grado llegaba el aturdimiento de todos. Creo recordar una nebulosa y breve conversación sostenida con algún sacerdote que me preguntó si disponía de un rosario, porque él debía ir a dar extremaunciones al lugar donde se había originado aquella desgracia. Más adelante, un guajiro de grandes patillas y chaqueta de dril me detuvo para saber si me había topado con su yegua Ramona, de la que solo le quedaba el pedazo de rienda que iba arrasando por las calles. Un barrendero andaluz llegó a increparme por los inconscientes que habían ensuciado la vía que con tanto sudor limpiase esa misma tarde... Conversé con una señorita que me habló de una sombrilla de encajes franceses y tuvo la fineza de brindarme un chocolate... Un taita, viejo y burlón, arrastrando una pierna inutilizada por un grillete o una bala de la Guerra Grande, algo me dijo de un tal Shangó... Y yo seguía avanzando por las calles de una ciudad tan despavorida por las explosiones que no era capaz de reparar en

la extraña desnudez de uno de sus habitantes, hasta que una garra poderosa y el alarido de una especie de energúmeno que me tenía asido del cuello, uno de los escasos sitios que todavía brindaban asidero en mi persona, me devolvió a la realidad.

Ante mí, en medio de la calle, lleno de polvo y hollín, con ojos de loco y voz de ultratumba, como salido del vientre que había incubado aquella explosión, mugriento y mal afeitado, estaba mi patrón, el dueño de la ferretería, "el incorruptible, el incondicional, el buen español, el pundonoroso" Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, Coronel de Voluntarios, ausente desde hacía muchos días de su casa y su negocio, prisionero de la obsesión que le había producido el arribo del buque americano que acababa de volar por los aires. Y mientras me sacudía, apretándome el cuello, gritaba con todas sus fuerzas:

-¡A mí, buenas gentes! ¡A mí, nobles descendientes de Pelayo, de San Ignacio de Loyola, de los Reyes Católicos, del Gran Capitán, de Don Juan Tenorio, de la nariz de Góngora y del glorioso Lazarrillo de Tormes, espejo de caballería!... ¡Que no escapen estos sarracenos llegados de tierras de herejes y de luteranos para arrebatarnos lo que nuestros mayores nos legaran, todo lo que con nuestro honrado sudor hemos labrado en estas tierras! ¡Aquí tenéis a uno de ellos, a uno de los irrespetuosos que lanzan fuegos de artificio desde la cubierta de esa nave infernal, para escarnio de los pacíficos habitantes de esta villa!... ¡Miradlo bien, que viene con el inconfundible uniforme de los invasores, de los enemigos de España! ¡Carguemos contra estos mamelucos, como hicieron los madrileños en aquella inmortal jornada del 2 de mayo!"...

Yo trataba en vano de hacerle entender a Don Bonifacio que se había equivocado de enemigo; que el único uniforme que llevaba encima era el de Adán; que era yo, Joaquín, su empleado, al que estrangulaba con tanta furia, y no a un supuesto marino del "Maine"...

No tuve suerte en aquellos intentos, mis tíos queridos. Hacer volver en sí a aquel demonio fue un esfuerzo completamente inútil... Me he apresurado a escribirles tras sobrevivir a la noche en que explotó el "Maine"; en que nadie durmió en La Habana; en que tuve que huir por los tejados, en cueros, con el demente de mi patrón aferrado al cuello; apedreado por el populacho que en toda desgracia busca un chivo expiatorio; perseguido por turbas enloquecidas que pedían, a todo pulmón que me colgaran de la Farola del Morro, del campanario de la Catedral, de lo más empinado de la ceiba del Templete...

Logré burlar a quienes trataban de matar en mí las desgracias e infortunios que presagiaba aquella misteriosa voladura de un buque de guerra de los Estados Unidos en aguas de Cuba... Escapé y salvé la vida, que no el honor, ante la nunca bien suspirada María Dolores...

Y para colmo, cuando me levanto hoy, todo molido y magullado, lo único que me dice Don Bonifacio, casi sin mirarme, mientras atacaba un desayuno digno de Polifemo, fue:

-¡¡Cuantos truenos anoche, Joaquín! Pensé que iba a caer un verdadero diluvio, pero nada... ¡Qué país! ¡Si hasta le da por soñar a uno que tiene por el cuello a uno de esos marinos yanquis, hablando jerigonzas!..."

Díganme Ustedes, tíos de mi alma, ¿cómo hacerse entender en correcto y castizo castellano si lo tienen a uno cogido por el gaznate?

Los quiere mas que nunca, su

Joaquín.



Hundimiento definitivo del "Maine", en 1911, en aguas internacionales, despues de ser reflotado y removido del fondo de la bahía de La Habana

Carta Séptima

La Habana, 17 de febrero de 1898

Mis queridos tíos:

Les escribo bajo la inolvidable impresión que me ha causado el funeral y la sentida despedida tributada por la ciudad de La Habana a los marinos y oficiales americanos muertos en la tragedia del "Maine".

Pocas veces en la historia de este país se ha visto una coincidencia mayor en las expresiones de duelo y respeto como las que aquí se acaban de tributar a los fallecidos en una catástrofe que aún tiene a todos en vilo.

No exagero en lo más mínimo: tengan en cuenta, tíos queridos, que aquí lo que es bueno para unos, es malo para otros. Así es la guerra, más si tiene lugar en el seno de una misma familia como es esta de cubanos y españoles. Díganme Ustedes si puede haber algo peor que tener la discordia instalada dentro de la propia casa, carcomiendo la santa paz de los que, por la fuerza de un mismo origen y una sangre común, deberíamos de vivir en armonía perpetua.

Cuando mataron al cabecilla Maceo en combate sostenido en descampado, todos los tenderos de la calle Obispo, y entre ellos, en primera fila, Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, organizaron un jolgorio tal que parecía que, más que a un guerrillero mulato y de humildísima cuna, nuestras fuerzas habían dado muerte al mismísimo Emperador Napoleón Bonaparte, o al Zar de todas las Rusias. Y mientras se echaban al vuelo las campanas; mientras el Arzobispo oficiaba un solemne "Te Déum" en la Catedral; mientras se hacían jugosas colectas para premiar a los soldados participantes en aquella acción afortunada para las armas de España, las casas cubanas se cerraban a cal y canto a todo bullicio exterior y se enclaustraban las familias, como si hubiesen perdido al miembro más querido de todos, al más entrañable e importante de la parentela.

¿Y cómo creen que nos enteramos en la ciudad cuando los mambises zurren a los nuestros? ¿Se imaginan que lo leemos en los periódicos? ¿Acaso pueden presumir los periodistas del "Diario de la Marina" de ser los primeros en conocer nuestros descabros en los campos de batalla? Tengan por seguro que cuando los cueros de los tambores empiezan a repiquetear por el barrio de Jesús María; cuando sale uno a la calle y los paseantes están especialmente risueños y corteses; cuando se brinda en los Cafés por nimiedades que no ameritan brindis alguno; cuando las vendedoras de hierbas en los mercados pregonan en evidente son de burla las hierbas que curan la bilis y los cólicos, entonces alguna columna ha sido diezmada, algún pueblo tomado por los rebeldes o alguna expedición filibustera ha logrado burlar la vigilancia de las cañoneras españolas, llevando pertrechos a las fuerzas cubanas.

Esta situación irregular provoca a diario tantos malentendidos y situaciones absurdas, que si no fuera por su origen y significado, moverían constantemente a risa: basta que se escuchen voces algo bulliciosas en la calle, o que alguien lleve un semblante demasiado complacido

mientras toma el fresco, para que algunos como, mi patrón, sean capaces de echar mano al clarín o a la corneta de órdenes, o peor aún, como ha ocurrido ya más de una vez, a las campanas de la iglesia para tocar a rebato.

Hoy, en medio de tanta tensión en La Habana, una broma puede provocar una andanada de la Batería de Santa Clara, de sus grandes cañones González-Hontoria, contra la propia ciudad. Un rumor bien o mal intencionado puede generar un motín de incalculables consecuencias, porque son muchos los que no se separan de sus armas y arreos de campaña, ni para dormir... Los que logran dormir.

La desgracia que ha envuelto al buque "Maine" y a sus tripulantes ha venido a complicarlo todo. En primer lugar, tal y como les conté en mi carta anterior, estuve a punto de ser crucificado por una turba vociferante, incitada por el mismo Don Bonifacio. Luego, este se ha comportado como si no recordase nada de lo ocurrido aquella noche aciaga: ni sus alaridos clamando venganza contra "los invasores", ni mi inexplicable desnudez en medio de la tragedia, ni la carrera que tuvimos que dar, perseguidos por los proyectiles de la muchedumbre, ni los techos y muros que nos vimos obligados a escalar, hasta llegar a la ferretería.

Ustedes, mis queridos tíos, han vivido más que yo y pueden aconsejarme qué hacer en casos como este; cómo tratar a los lunáticos a los que el seso les falla en momentos de conmoción, y al otro día, nada recuerdan. ¿Debo sacudirlo un poco para que vuelva en sí? Después de todo lo que me ha hecho sufrir Don Bonifacio, ardo en deseos de darle algunos bofetones en nombre de la ciencia médica.

El mayor y más impenetrable de los misterios rodea a lo ocurrido. Hay tantas causas de la explosión como personas que opinen sobre el suceso: para unos, se trata de un lamentable accidente causado por alguna chispa surgida en el propio vientre de la nave; para otros, este es el resultado de un artero atentado de los laborantes cubanos con el que se busca arrastrar a los americanos a una guerra contra España. No pocos creen que se observa aquí la mano de una secreta hermandad de conjurados entre los propios oficiales y jefes de Voluntarios españoles que persigue el regreso de Weyler y la abolición de la Autonomía en la isla. Los hay también que no desdeñan las evidencias de un complot de los mismos americanos para justificar su intromisión en la contienda.

Como suele ocurrir con las cosas de la vida, lo más probable es que la verdad de lo sucedido sea una mezcla de todo lo que se comenta por esas calles del Señor, y que todos seamos un poco culpables de tantas muertes y desgracias. ¡Hasta este punto hemos llegado!

La confusión va en aumento en la misma medida en que nuevos detalles se conocen. Se sabe, por ejemplo, que la tripulación del "Maine" se hallaba a bordo en el momento del siniestro; que su Capitán, un ser extraño con aires de abuelo y uniforme de academia, cortés, silencioso y mudo, estaba escribiendo en su camarote cuando sonaron las trompetas de Jericó y fue el primer sorprendido; que dos marineros españoles enviados a bordo por el General Manterota, tras la primera explosión, para anegar los pañoles y evitar el estallido del algodón-pólvora, terminaron saltando por los aires, confundidos con el humo y las luces del apocalipsis, sin poder siquiera recibir cristiana sepultura.

Imaginen lo que ha sido este suceso desventurado si les digo que, en cuestión de segundos, 266 hombres han perdido la vida. Ante tanto dolor, todos los ánimos se han serenado un poco, y hasta mi patrón habla en voz baja, casi como si fuese una persona normal. Dicho sea de paso, se acicaló para el funeral como si se le hubiese muerto toda su familia de un golpe: iba de riguroso luto, cerrado y grave, a un lado del inmenso cortejo que arrastraba a todos los coches de la ciudad, musitando letanías en un latín farragoso, más de judío converso que de cristiano viejo.

El cortejo fúnebre fue impresionante. El Gobierno Autónomo, del que algunos dicen con sorna "que ni pincha, ni corta", acordó la entrega a perpetuidad a los Estados Unidos de un amplio terreno en el Cementerio de Colón, para que pueda tener a buen resguardo a sus muertos. Se hace muy difícil que se pueda llegar al fondo de un asunto como este, pues a los muertos que se despiden con pesar, deberá agregarse el daño causado por la explosión a buques de distintas banderas surcos en el puerto, a las casas y otras edificaciones de la ciudad, y para colmo, los propios restos del "Maine", que yacen medio hundidos en el lecho fangoso de la bahía obstaculizando la navegación, un verdadero quebradero de cabezas para los prácticos del puerto.

¿Qué va a pasar ahora? ¿Cuál será la próxima desgracia, porque estas nunca vienen solas? ¿Qué puede esperarse ahora de los americanos, que vienen rondando a esta isla como aves de presa, desde hace mucho tiempo? ¿Será esta la oportunidad que esperaban?

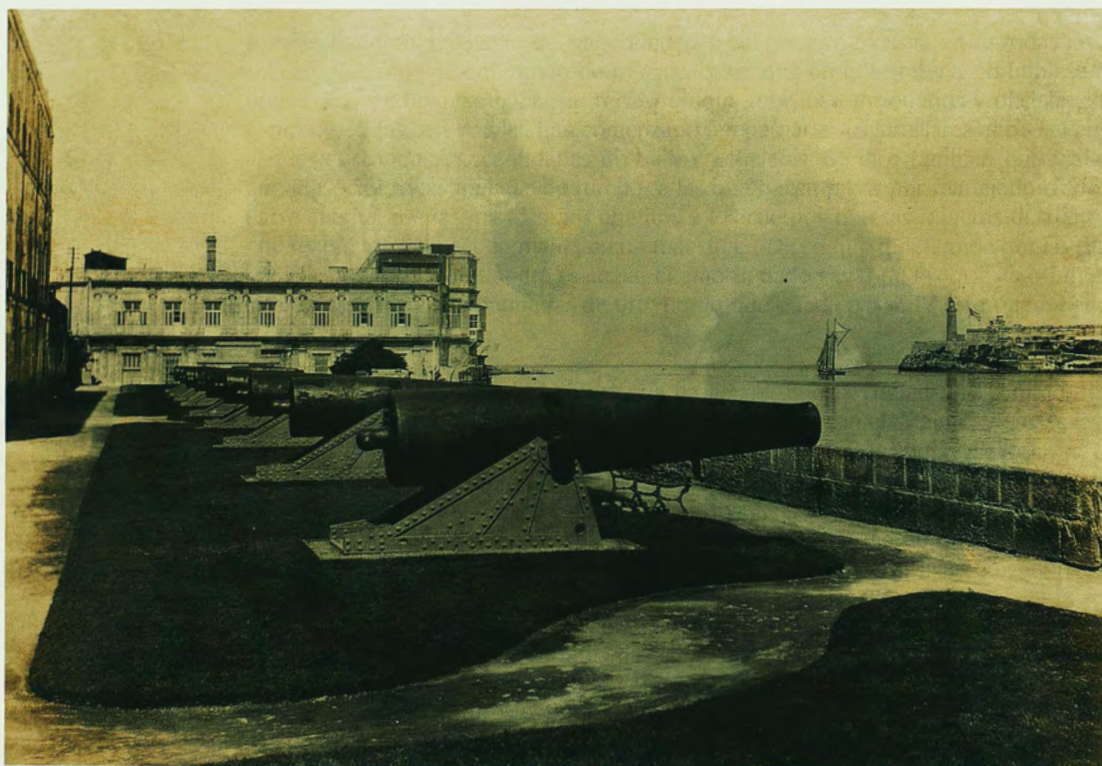
Cuando tantas incertidumbres abruman a los hombres, tíos de mi alma, vale más aferrarse a la vida que seguirse atormentando. He decidido borrar de mi mente a la muerte, a la guerra, a los buques que saltan por los aires sin previo aviso, a los hijos de mala madre que me persiguieron a pedradas por toda La Habana, creyéndome un enviado del demonio, a Don Bonifacio y a sus camaleónicas mudanzas de ánimo, de disfraces y de causas que defender: a todo lo que me aterra y no puedo evitar...

Por eso hoy, mientras seguía en el más recogido y respetuoso silencio al interminable cortejo fúnebre conque los habaneros despedían a los marinos del "Maine", he vislumbrado entre la muchedumbre la figura inconfundible de la negrita María Dolores, la de la lavandería de Don Cosme, presa codiciada que aquella maldita explosión arrancó de mis brazos, y sin dudarlo ni un momento, me separé de aquel luctuoso desfile, para seguir tras la huella de mi presa...

Es que lo de los infelices marinos no tiene ya remedio, pero la tarea inconclusa con María Dolores, sí. En ello me iba el honor, y también el placer de lanzarle una trompetilla burlona al energúmeno de mi patrón: dulces deleites a los que nada ni nadie en este mundo me habrían hecho renunciar.

¿Verdad que no, tíos queridos?

Joaquín.



Cañones de una batería de costa, en La Habana

Carta Octava

La Habana, 7 de marzo de 1898

Mis queridos tíos y primos:

Estoy seguro de que están preocupados por mi largo silencio, pues desde el pasado 17 de febrero no les había podido escribir ni una sola letra. La última carta que les envié fue escrita bajo la terrible impresión causada por la voladura del crucero acorazado "Maine" en el puerto de La Habana, y por los funerales de todos los desdichados marinos muertos en esa desgracia. Y aunque sea feo decirlo, también bajo la deliciosa impresión que dejó en mi alma, y mucho más en mi cuerpo, sobre todo en mi cuerpo, el encarnizado combate sostenido con María Dolores, a la cual debo agradecer haberme reconciliado con la vida, tras tanto dolor y tristezas.

En realidad, mi silencio tuvo que ver con el clima de inseguridad que los últimos sucesos han venido a añadir a la ya muy insegura ciudad donde me gano la vida, porque Don Bonifacio Segura y Ezpeleta ha obligado a todos sus empleados a trabajar como mulos en un misterioso plan que contempla la conversión de la ferretería en una especie de bastión militar para resistir lo que él llama "la inminente invasión de los bárbaros del Norte", o sea, de los norteamericanos.

¿Cómo iba a poder escribirles si las ampollas en las manos, las magulladuras, y las espaldas y posaderas adoloradas tras jornadas interminables de albañilería, no me dejaban más tiempo que el poco que podía dedicar a mal dormir en el jergón de la trastienda? El alma insaciable de este negrero, de este despiadado explotador, de este chupador de sangre de españoles y cubanos no reconoce límites cuando se trata de que se cumpla su voluntad, aunque para ello tenga que cargarse a media ciudad, a medio país, a medio mundo. ¡Vengan luego a hablarme de poner la otra mejilla o de perdonar al prójimo!

Todo empezó cuando se apareció en la ferretería vestido con una mezcla de uniforme de húzares, de capataz de obras y explorador del Nilo; el pecho cruzado por tubos de cartón llenos de planos, por estuches con compases y lápices, llevando en las manos un bastón de mando y un clarín de campamento. Nos hizo formar ante él, como si aquello fuese una de esas absurdas paradas de los Voluntarios de La Habana, que son más para beber que para adquirir instrucción militar. Nos advirtió, con voz entrecortada por la emoción, que "ante los tiempos inciertos que se avecinaban; ante el inminente choque de nuestra civilización cristiana con las hordas brutales de los mercachifles, de los tocineros, de los cabrones yanquis sin historia ni glorias que defender, sin otra ocupación que atracarse de dólares y escarnecer la nobleza ajena, no le quedaba más alternativa a los honrados y leales españoles que echarlo todo a la hoguera del deber y fortificar cada casa, cada calle, cada rincón de la ciudad, cada arrecife de la costa, cada ingenio azucarero, cada guardaraya, trillo y mata de mango de esta tierra; y que para dar ejemplo de patriotismo y elevar la moral pública comenzaría por hacer de su ferretería una especie de Numancia inconquistable... ¡Y a trabajar, gandules, ratas de retaguardia, si os queréis ganar el potaje del día!".

Confieso que aunque estábamos acostumbrados a los delirios de Don Bonifacio, este último arresto nos tomó por sorpresa. ¿Qué otra cosa podíamos hacer los muertos de hambre que dependíamos de sus tacañerías para poder subsistir, cuando vivíamos rodeados de gente errante que se moría de hambre por las calles; de los que un día reconcentrados por Weyler en las ciudades, ya no tenían fuerzas ni valor para retornar a la tierra de donde fueron arrancados, y que aceptaban hacer cualquier faena por un plato de sopa?

Al principio creíamos que Don Bonifacio se cansaría pronto de aquel capricho y que la pérdida de dinero que le provocaría el cierre por obras de la ferretería lo haría volver en sí. No tardamos en entender que esta vez la cosa iba en serio, que nada sería capaz de detener a aquella locomotora enloquecida que se precipitaba, bufando, hacia el desastre y la ruina. A golpes de piquetas y palas, llenos de polvo, embadurnados de cal, como cuerdos gobernados por locos que terminan creyendo en las razones de la sinrazón, todos los dependientes de la ferretería nos sumimos en un febril trasiego de carretones de arena, de madera dura del país, de barriles de grava. Desde ese momento, queridos tíos y primos, todo fue demoler, acarrear, construir y volver a demoler lo levantado hasta que la faena no fuese aprobada, medida, palpada y consagrada por Don Bonifacio, lo cual raramente ocurría. Y todo por un puñado de garbanzos, unas sardinas resacas como pasas y un trago de vino clarillo.

Con tanto trajín, ¿creen que me quedaba algún rescoldo de fuego para cortejar a María Dolores, para arrastrarla a la trastienda y hacer más llevadero mi triste jergón? Todo se nos iba en sudar la camisa, hasta la boina, con tal de que el día pasase lo más rápidamente posible y fuésemos adelantando en la tremenda tarea de hacer de una vulgar y pacífica ferretería, una especie de monstruo acorazado en plena Habana, erizado de troneras, torreones, gruesas paredes con aspilleras de tiradores, puentes levadizos accionados por tambores con cadenas, poleas y chirriantes mecanismos comprados a precio de liquidación a quienes abandonaban precipitadamente el país para salvar lo que fuese posible de un naufragio inminente.

La situación del exterior nos importaba un bledo. Escuchamos vagos rumores acerca de las labores de rescate que se llevaban a cabo en la zona del puerto donde los restos del "Maine" sobresalían del agua, como para que nadie olvidase lo sucedido. Y para evitar malos entendidos, o mejor dicho, para evitar el saqueo y reventa de todo lo que pudiese ser sacado del mar, los americanos declararon, y las autoridades españolas se apresuraron a aceptar, que aquellas ruinas funerarias fuesen reconocidas como territorio de los Estados Unidos, y en consecuencia, que no se permitía a nadie acercarse a ellos sin el debido permiso. Vanidad de vanidades: numerosas planchas blindadas del "Maine", unos grandes faros eléctricos, rollos de cable, cuerdas, y un pequeño cañón de tiro rápido, con su munición correspondiente, ocuparon lugar prominente dentro del castillo de Don Bonifacio, según él, "para darles a ellos, si se atreven a venir, de su propia medicina".

Cuando todo estuvo concluido y dejó de torturarnos el cabrón clarín conque el sádico del patrón nos levantaba para las jornadas de trabajo; cuando se colocó el último clavo y se fijó en su sitio la última piedra; cuando se dejó instalado sobre el tejado un heliógrafo de señales que nadie supo de dónde salió, y se poblaron los palomares con las palomas mensajeras que Don Bonifacio esperaba burlasen un eventual bloqueo de la escuadra americana, aquel demonio nos hizo formar frente a la ferretería que había dejado de serlo, para efectuar la

Desembarco de tropas norteamericanas en Cuba



ceremonia de consagración de aquella fortaleza fantasmagórica que se destacaba entre casas de vecindad, fondas de chinos y puestos de la Real Lotería.

Bajo un sol llameante, en medio de un enjambre de gente burlona atraída por la novedad, acompañados por fotógrafos del "Diario de la Marina" y "El Correo"; con la animación de la banda de música de nuestro batallón de Voluntarios, o mejor dicho, del batallón de Don Bonifacio, se apareció este con el Padre Melitón, párroco del barrio y capellán de los intransigentes, ambos bastante achispados ya, para bendecir aquel reducto inconquistable de la cristiandad.

Les confieso, queridos tíos y primos, que de aquella ceremonia sólo nos animaba el saber concluida nuestra labor de galeotes, y la promesa de un succulento almuerzo conquie la mala conciencia de Don Bonifacio trataría de borrar nuestros sufrimientos. Particularmente a mi me animaba la idea de reencontrarme con María Dolores, a la que buscaría al terminar aquella estupidez. Pero nadie fue capaz de preveer lo que sucedió allí...

¡Oh Cristo de Limpia, Nuestra Señora de los Dolores, Virgen de la Caridad del Cobre!

En el momento justo en que un Don Bonifacio, soberbio y amenazante, se disponía a romper una botella de sidra asturiana contra la fachada de su reducto acorazado; concluido el sermón indiscifrable que la lengua del Padre Melitón fue capaz de regalarnos; cuando los fotógrafos disparaban sus lámparas de carburo para guardar aquel histórico momento, y los músicos atacaban "La Marcha de Cádiz" sin dejar de mirar de reojo las bien surtidas mesas del almuerzo, se vino abajo el reducto invencible, la nueva Numancia, como si fuese un informe castillo de naipes, envolviéndolo todo en una nube terrible de cal, polvo y crujidos.

Les diré, queridos tíos y primos, que salí disparado, huyendo de aquel sitio, más apesadumbrado por los manjares que fueron devorados por las ruinas, que por los lamentos jeremíacos de un Don Bonifacio cubierto de cal, en medio del desastre, maldiciendo al cielo, poseído por la santa cólera de los burlados. ¡Pobre del que hubiese tratado de hacerle entender, en aquel momento, que ni él era arquitecto ni nosotros albañiles!

Pero ya está dicho: las desgracias nunca llegan solas. Cuando me detuve jadeante ante la lavandería donde trabaja María Dolores, refugio de mis penas y aliento de mis flaquezas, la vi salir del brazo de un cubanito pizpireto, recadero de botica, que con soma mal escondida en los ojos pasó por mi lado, mientras ella me miraba con desdén y mascullaba algo parecido a ... "quien fue a Sevilla perdió la silla, mi chino".

Y ya ven Ustedes: tanto Don Bonifacio, como yo, en un suspiro, nos hemos quedado sin nuestros sueños. Aunque el mio fuese mejor y más bonito que el de él... ¿Qué le vamos a hacer? Es cosa cierta y probada, y es mi caso y no el de él, que la felicidad en casa del pobre dura poco... Pero ya veremos.

Los quiere siempre, y nunca los olvida:

Joaquín.

Carta Novena

La Habana, 22 de marzo de 1898

Mis queridos tíos:

Quiero agradecerles la cariñosa carta que me enviaron, que el cartero me entregó en mano, porque ya no existe la dirección a la que me escribían. Me llegó en el momento justo, o sea, cuando más necesitaba recibir un poco de aliento en medio del calvario en que vivo, todo el santo día por las calles, con el corazón en la boca, sin un minuto de paz, y para colmo, con Don Bonifacio a cuesta, porque está más loco que los tiempos que corren en esta bendita isla.

Si tuviera una pared donde colgar la estampa de la Virgen del Pilar que me mandaron, me hubiese gustado hacerlo, pero como saben, ya no existe la ferretería, ni la trastienda, ni el jergón para dormir. Dicho de forma clara: que estoy en la calle como un perro apaleado, o peor, como uno de esos pobres cubanos reconcentrados a los que Weyler sacó de sus labranzas y encerró en las ciudades, según decía, para acabar con la guerra. Y lo cierto es que acabó, pero con los reconcentrados, que murieron y mueren como moscas, aunque Blanco, el nuevo Capitán General, haya mandado a suspenderla por decreto.

Porque aquí se le ha perdido el respeto a la muerte y a las ruinas. Y también a la tranquilidad de las personas. Díganme Ustedes si es de cristianos que un ser racional, como Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, del que dependíamos ocho empleados de la ferretería a la hora de comer, haya destruido su propio negocio en el delirio de fortificarlo para salvar el honor de la bandera, de la religión, de la raza y del pipisigallo. Pues lo hizo, tal y como les conté en mi última carta, motivado por la inminencia de una invasión de los norteamericanos que, en sus desvaríos, creía estaban a punto de llevar a cabo en La Habana para cobrarse las pérdidas humanas y materiales que sufrieron al estallar el "Maine".

No sólo se vinieron abajo las paredes de la ferretería, agobiadas por el peso de los blindajes y todas las obras de fortificación, hechas sin ton ni son, sino también mis esperanzas de labrarme un futuro mejor en el ramo del comercio. Ahora estoy en la calle, y lo peor: he tenido que cargar con los escombros de lo que fue Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, o sea, con esta especie de idiota o lunático que no es capaz siquiera de procurarse de comer, ni tiene a dónde ir.

La primera víctima de esta insania ha resultado ser el propio Don Bonifacio. Hasta este punto lo ha llevado su intransigencia furiosa en lo de no aceptar se conceda la independencia que piden los cubanos. Ahora es un lelo que me llama "mamá", que tengo que llevar a todas partes, por pura caridad cristiana, y que para que no se me pierda por las calles repletas de gente y carretones, conduzco con una cuerda atada a su cintura, como si fuese un caballo o un buey manso.

Lo cierto es que, cuando todos sus empleados comprendimos que nos habíamos quedado definitivamente en la calle; que no habría más jergones donde dormir en la trastienda, ni siquiera el rancho deleznable que nos daba, tuvimos la intención de apalearlo. Y esto hubie-



Oficial mambi

se sucedido puntualmente si una inesperada sonrisa bobalicona y sus ojos extraviados, como ausentes, no nos hubiese indicado que ya era tarde para darle un correctivo.

¿Qué mayor pérdida puede ocurrir que la de la propia razón? ¿Qué mayor castigo para un hombre soberbio y desaforado, como lo fue Don Bonifacio, que vivir de la caridad pública, como ahora se ve obligado a hacer, sin saberlo siquiera? Y soy yo, Joaquín, a quien tanto hiciese sufrir, el que se ha hecho cargo de la carga... A ver si el Día del Juicio Final no se le confunden las cuentas al Señor, porque lo que es aquí, en la Tierra, todo anda confundido... ¡Si lo sabré yo!

Créanme si les digo, tíos de mi alma, que estoy pasando las de Caín, pero tengan por seguro que voy a salir a flote, porque estoy curtido en estas luchas y siempre he sabido levantarme del suelo. Por lo pronto, como tengo todo el tiempo del mundo, me dedico a buscarme la vida como puedo, porque de hambre no voy a morirme, menos en esta tierra, donde más de un pícaro ha labrado regular fortuna con astucia y mucha cara dura. Algo de lo primero siempre he tenido, y para cara dura está Don Bonifacio, que también tiene que aportar algo a la olla.

Pues bien, ¿qué creen que andamos haciendo por las calles de La Habana? Nada más y nada menos que actuando como cómicos de la lengua o saltimbanquis, y pasando el sombrero entre los transeúntes, que aunque son muchos, aportan poco. Pero vamos tirando.

Reconozco que nunca pensé que hubiese talento teatral en mi, en este humilde dependiente de ferretería. Pero como dicen aquí... "la necesidad hace parir negritos". No sé si lo hago bien, pero la verdadera atracción, la revelación teatral, es Don Bonifacio. ¿Quién lo hubiese pensado, viéndolo como lo veía yo a diario, lleno de entorchados y condecoraciones, con su uniforme impecable de Coronel de Voluntarios, con sus grados bordados en oro, sus espuelas de plata y su sable reluciente? ¡Vanidad de vanidades!

Como no habla, ni tiene idea de donde está, es muy fácil manejarlo y ponerlo en condiciones de actuar... bueno, si actuación puede llamarse a lo que hace. A veces lo disfrazamos de árbol de Navidad y otras de palma real, según dónde se desarrolle la trama de la obra que representamos. También lo hemos usado como farola de esquina, aunque no tiene mucho equilibrio, y estuvo a punto de quemarse con las velas encendidas que le pusimos en las manos, la boca y la cabeza durante una actuación nocturna para una compañía de quintos recién llegados... Pero el gran éxito ocurre cuando lo disfrazo de Estatua de la Libertad; cuando lo envuelvo en papel de bodega y lo embadurno completamente de cal. Ese es el momento en que las turbas de tenderos y dependientes de la Calle de Obispo, que estos sujetos se empeñan en llamar "Calle de Weyler", lo dejan todo y salen corriendo con lo primero que pillan a mano para lanzarlo contra lo que ellos han bautizado como "el esperpento, el dios degenerado de los tocineros". Ya pueden Ustedes imaginar cómo termina el pobre de Don Bonifacio, al que nadie identifica bajo el disfraz, pero que siempre sale hecho un Ecce Homo. Las autoridades nos piden con frecuencia que representemos esta obra, porque dicen que levanta el espíritu público, y hay días de tener que presentarla hasta cuatro veces seguidas...

Con esto del estira y encoge con los yanquis se han exacerbado los ánimos españolistas en la Isla. La gran incógnita es qué harán los cubanos en caso de una invasión desde el Norte. Unos



dicen que la sangre siempre tira, y que llegado el momento, los mambíses se unirán al Ejército español para propinarles una soberana paliza a los invasores. Pero yo no lo creo, porque con lo de los reconcentrados se ha hecho un viaje sin retorno, se ha cruzado una línea sin posibilidad de regreso. ¿Qué hombre bien nacido, qué cubano, podrá pelear, codo con codo, con los soldados que representan al gobierno que les mató de hambre a sus mujeres, a sus hijos, a sus padres ancianos? En eso debieron haber pensado antes nuestros políticos, los que nunca se ensucian las manos. Es una herida demasiado profunda que no sé si algún día pueda cerrarse.

Aprovechando el privilegio del vagabundeo y del poder moverme entre todas las gentes de esta ciudad, me voy enterando de muchas cosas que en la ferretería no hubiese escuchado nunca. Por ejemplo, se habla sin recato de que muchos funcionarios y oficiales, de los más comprometidos con Weyler, han comenzado a repatriar a sus familiares hacia la Península, llevándose escandalosas cantidades de bultos y maletas. Se dice también que viajan con sus queridas, casi todas mulatas de rumbo, a las que hacen pasar por manejadoras de niños, sin darse cuenta que las miradas, los apetitos y los cuerpos de esas mujeres delatan y gritan lo que realmente ellas saben manejar con maestría... Dicen que quien ande por las madrugadas las calles de La Habana podrá escuchar el amortiguado cavar de los que ya están enterrando las botijuelas llenas de monedas de oro, por lo que pueda pasar. ¡Y este ruido viene hasta de los conventos!

He leído en "El Diario de la Marina" que ha llegado a esta ciudad una comisión de oficiales navales de los Estados Unidos para investigar lo ocurrido con el "Maine", y que se les han dado todas las facilidades para que puedan convencerse de que no hubo alevosía, ni traición, ni provocación alguna en ese lamentable suceso. Tengo para mí, y es la opinión de muchos, que estos ya tienen lo que querían, y que nada los va a apartar de intentar culpar a España por la catástrofe. Y como estoy metido ahora en lo del teatro, no puedo menos que pensar que se trata de una puesta en escena, y que pronto escucharemos las salvas de cañonazos, que no de aplausos.

Mientras llega lo que aquí se le llama "el sal pa'fuera", o sea, la guerra con los yanquis, La Habana está llena de tropas, unas traídas del interior y otras de la Península, como si nos hubiese tocado a nosotros el turno de ser reconcentrados. Las esquinas, las tabernas, las fondas de mala muerte, los sitios non sanctos, los muelles, los hospitales y cuarteles hierven de hombres armados, ansiosos y desencajados, que saben que, como dicen los cubanos, "la caña se va a poner a tres trozos". Y como se siente alestear a la muerte, la gente se entrega al desenfreno, a las pasiones más salvajes, a todos los excesos envueltos en un patriotismo ramplón y decadente, de mala ley, como el propio gobierno colonial que nos ha metido en este atolladero.

El mundo se va a acabar, y muchos creen que nunca llegarán a ver el nuevo siglo. Por lo pronto, y no tengo dudas de ello, mis tíos del alma, este mundo, el de Ultramar, se está acabando para nosotros. Da pena ver, y duele, que tantas glorias terminen así en la alcantarilla, con soldados borrachos que vomitan en las esquinas, pelandrujas que se regalan por casi nada, ladrones que sacan de Cuba, en grandes baúles, todo lo que han podido rapiñar, arrancando cada moneda de las manos de los moribundos... Y esto da deseos de llorar, de llorar por nosotros mismos.

Pero no lloro, me contengo, y salgo a la calle con mi muñecón de feria, con mi marioneta humana pintarrajeada, disfrazada de Dios sabe qué, a ganarme el pan. Porque nadie paga porque lo hagan llorar. Y en situaciones como esta, cualquiera da lo que sea con tal de que lo hagan olvidar y reír un poco... Y ya mi pequeño negocio va dando para comer algo mejor, y hasta para rodearnos de pequeños lujos... Le estoy pagando a un chino enclenque y sombrío, más feo que la herejía, para que me cargue los bultos del teatro callejero y se haga cargo de Don Bonifacio, mientras yo me dedico a otras cosas. Pienso incorporar a Chang al elenco y me imagino que con una peluca rubia, ropas de mujer y su manía de llamar "Capitán" a todos los blancos, se divertirán más los espectadores y podrán hacerse más visibles las monedas... ¿Y si al final me saco la lotería con esto de los saltimbanquis y logro reunir el dinerito que necesito para volver con Ustedes?... ¡Es lo que más deseo!

Vamos a ver cómo sigue todo este lío. Termino aquí porque ya se acerca Chang con Don Bonifacio, que se ve muy bien vestido de angelillo, con bucles postizos y unas alas de cartón. Nos vamos a la calle, que allí es donde se decidirá el porvenir de todos... Ya les escribiré. Adiós, adiós...

Su, Joaquín.



Carta Décima

Habana, 30 de marzo de 1898

Mis queridos tíos y primos:

Les escribo, una vez más, aprovechando un pequeño respiro en la tarea de no morirme de hambre en esta bendita Isla del Señor, donde reina una especie de furor bélico difícil de entender desde lejos. Ahora estoy esperando que se ponga el sol para tratar de buscar algo de comer sin que mucha gente me vea. Cuando les explique el por qué de mi ocultamiento comprenderán que no es cosa de juego...

Tal y como les conté en cartas anteriores, me he venido ganando la vida como saltimbanqui o cómico de la legua, cosa nada difícil de hacer aquí, donde la risa es tan o más cotizada que los alimentos. Los cubanos tienen la risa fácil, a flor de piel, y son capaces de reír sin parar hasta en los velorios. Pero nuestros paisanos no se quedan atrás, sobre todo los quintos.

Cuando los quintos están solos, o sea, sin sargentos u oficiales a la vista, son unas pascuas. Para mí que ellos presienten que reír les estira la poca vida que les queda, pues entre las fiebres, las marchas agotadoras bajo el sol, la mala alimentación y los ataques de los mambíses, la verdad es que caen como moscas. Muchos de ellos nunca llegan a entrar en combate y mueren en condiciones que da pena. Lo que más me duele es que mueren sin haber conocido mujer, lo que es un dolor que clama al cielo.

Lo más seguro es que Ustedes se pregunten por qué, en medio de tantas desgracias e infortunios, yo siempre busco algún tiempo para escribirles. Esto es difícil de explicar, muy difícil. Para mí que cuando les envío una carta en uno de los barcos, cada vez más escasos, que se aventuran por estos lares, me parece que soy yo el que se marcha de esta tierra, hoy llena de odios y miedos. Es que tengo muchos deseos de dormir a pierna suelta, sin que tenga que hacerlo con un ojo abierto y otro cerrado, ni presenciar la muerte a diario. Como ven, a veces escribir es soñar.

Mi nuevo oficio es duro, pero mejor pagado que muchos otros. Puedo decirles que si paso hambre esto se debe a que tengo que mantener a Don Bonifacio y un poco al chino Chang, que para mí, no está muy cuerdo tampoco. ¡Las vueltas que da la vida! ¿Quién me iba a decir que yo, de empleado y casi esclavo de Don Bonifacio, me convertiría en su patrón?

Mi calvario en manos del demonio de Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, Coronel de Voluntarios de la "fidelísima Habana", como decía en sus buenos tiempos, que eran malos para mí, fue una prolongada agonía que se dividía entre la ferretería, los ejercicios y las guardias del Batallón. Ahora podría hacerle pagar por todos sus abusos, pero no vale la pena. ¿Qué bien nacido se enseñaría con un lelo? En el fondo, me parece que hay algo de justicia divina en este desenlace, y que crezco con mi benevolencia... Estoy verdaderamente inmenso, creo yo.

Las calles de la ciudad parecen un hervidero de ruinas y tensiones. Supongo que tal cosa ocurre siempre en las urbes sitiadas. Es cierto que no estamos en guerra con nadie que no sean los rebeldes cubanos y nuestra propia conciencia, pero un algo indefinible, una sombra de presagios y dolores que se nos vienen encima trae a todos con el corazón en la boca. Pero siempre hay un rinconcito para el cachondeo y la guaza; siempre hallamos gente dispuesta a olvidarlo todo por una buena comedia. Gracias a Dios.

Quisiera que viesen el jolgorio que se forma en cualquier acera de la ciudad, en cualquier callejón, cuando se encuentran, cara a cara, algunos soldados andaluces y un grupo de pardos y pardas de Cuba. Nunca se sabe de dónde salen las guitarras, los cajones para la rumba, los cencerros de mulos, los guiros, los peines envueltos en papel de bodega, las bayonetas y cucharas utilizadas como claves de percusión... Tampoco las botas de vino y las botellas de aguardiente... Cádiz y Guanabacoa, el salero y la picaresca, gitanos y cimarrones... Todo mezclado...

Tenemos una especial sensibilidad para encontrar siempre los sitios donde tales gentes se dan cita; donde los ruidos de la vida vencen a los silencios de la muerte. Pero a veces nos equivocamos y nos han costado caro tales equivocaciones, como ocurrió no hace mucho por el barrio de Jesús María.

Caminábamos cargados como moros, con toda la parafernalia de nuestro teatro ambulante cuando divisamos un abundante gentío, una imponente turba que se agolpaba en medio de la calle, como cuando salen las procesiones de Semana Santa. Pensando en las monedas que podíamos recaudar, nos detuvimos a cierta distancia y enviamos como heraldo de nuestro espectáculo al chino Chang, que iba disfrazado de diablo, con cuernos, rabo y tridente. Me parece estarlo viendo acercarse a la muchedumbre, que se abrió en silencio para darle paso, sin emitir ni una sola risa, como suponíamos debía ocurrir. Entonces, fue la debacle...

A pesar de encontrarnos a cierta distancia, pudimos ver con toda nitidez cómo se arremolinaba la gente y escuchamos una especie de alarido homicida que brotaba de muchas gargantas. Todas las manos se alzaron a la vez, buscando algún pedazo del chino para destruirlo y triturarlo sin piedad. En cuestión de segundos pudimos coger al vuelo su cuerpo enclenque, molido a golpes, casi desnudo, y temblando de miedo. Con gran trabajo, dejando tras nosotros una bolsa de recortes de telas, un flautín y el tambor, pudimos ponernos a salvo arrastrando a Don Bonifacio. Cuando nos detuvimos, supe por boca del propio Chang todo lo ocurrido.

Resulta que en esa calle había tenido lugar un fatídico incendio, apagado con gran trabajo, apenas unos minutos antes, por los bomberos y los propios vecinos. Si bien es cierto que no había provocado víctimas, las llamas destruyeron las escasas propiedades de aquellas gentes que lloraban amargamente por el incierto futuro que los esperaba. Fue en ese momento justo cuando la imagen de aquel chino feo, vestido de demonio y sonriendo estúpidamente, fue tomada por todos como una burla diabólica, como la cruel burla de algún diablo siniestro que venía a disfrutar de sus destrozos. Creo que, a pesar de todo, salió bien librado de aquella situación... Y nosotros con él.



Tropa española escoltando un convoy de provisiones

Pero esa equivocación, que pudo habernos costado muy caro, no pasó de ser una especie de diezmo pagado a nuestra profesión. Lo verdaderamente duro vino después, y es la causa de nuestra reclusión involuntaria desde hace varios días.

Todo empezó cuando, tras concluir una de nuestras presentaciones callejeras, se me acercó un sujeto bien vestido, con fuerte acento gallego, que dijo ser comerciante en tejidos con tienda en la Calle de los Mercaderes. Al preguntarme si deseábamos ganar buena plata actuando por encargo, le respondí, preguntándole a su vez, si había visto alguna vez un muerto que no quisiera velas. "Pues de un muerto se trata..." me respondió, explicándome que a un compadre, que cumplía ese mismo día el primer aniversario como inquilino del barrio Boca Arriba, o sea del camposanto, por haber sido en vida gran amante del arte de las tablas, él le había prometido que en tan señalada ocasión lo homenajearía con la actuación de unos cómicos de la lengua ante su sepulcro. Por esa razón, solicitaba nuestros servicios aquella misma noche, estando dispuesto a pagar muy bien por ello.

Ustedes saben bien, tíos queridos, que cuando hay hambre no hay pan duro. En situaciones normales puede que aquel pedido resultase estrafalario, pero en medio de una Habana a la deriva, no lo era. Poco tardé en aceptar el encargo y en acordar los pormenores del trato, insistiendo, y logrando, que se nos pagase en el sitio de nuestra actuación, inmediatamente después de llegar.

Aquella noche, cosa rara para esta época del año, no había luna y gruesas nubes presagiaban uno de los interminables aguaceros de los trópicos, que tanto me habían sorprendido por su fuerza enloquecida, cuando llegué a esta Isla. Junto al chino y Don Bonifacio, quien ronroneaba como un gato, llegamos al Cementerio de Colón por una de sus puertas laterales. Allí nos esperaba un negro viejo, espigado y flaco como un reconcentrado, quien, sin decir palabra alguna, evidentemente también aceitado por la pasta del gallego, nos franqueó la verja de la entrada y nos condujo, alumbrados por un farol de guardavía, tan magro como su dueño, por entre panteones, nichos y cruces espectrales, hasta detenernos ante una tumba de mármol de cierta prestancia. Allí nos dejó, esfumándose en la niebla y la oscuridad de aquel sitio de miedo, sin haberse dirigido a nosotros ni una sola vez. Fue entonces que el gallego emergió de la noche y se nos acercó, envuelto en una capa antigua, más parecido al Burlador de Sevilla que a un amigo devoto presto a dar cumplimiento a la palabra empeñada.

No hizo falta dialogar mucho con nuestro cliente para que este me entregase una buena suma, la que habíamos convenido, para volver a desaparecer, no sin antes advertirnos que pagaba con ella la presentación de lo mejor de nuestro repertorio, y que aunque tendríamos un solo espectador, su difunto compadre tarambana, este era lo suficientemente buen conocedor del teatro como para exigimos lo mejor de nuestro arte. En realidad aquello sobraba cuando profesionales, como nosotros, poníamos manos a la obra.

Media hora después, en medio del profundo silencio de aquella necrópolis, comenzamos a entrar en calor y a olvidarnos del sitio en que declamábamos nuestras letras para un espectador que nunca podría aplaudirnos, aunque nos escuchaba con mucha concentración, cuando cayó sobre nosotros un verdadero diluvio de balas. Sin salir de nuestro asombro, ni pedir piedad, nos refugiamos como pudimos entre las tumbas y cruces que eran astilladas por los disparos.

Nunca supimos quiénes eran aquellos hombres oscuros que vislumbramos apenas en medio de los fogonazos, ni por qué hacían de unos infelices cómicos ambulantes objeto de tal derroche bélico. Cuando se escuchó un clarín llamando a la carga, cada uno cogió por su lado y salió como le fue posible de aquel cerco terrible y mortal. Todavía hoy no me explico que nadie haya sido lastimado en aquel tiroteo a boca de jarro. Allí lo perdimos todo, menos la vida.

No me pregunten cómo salí del Cementerio. Sencillamente no lo sé. A los pocos días encontré al chino, casi de casualidad, al otro lado de la bahía que había cruzado a nado sin haber aprendido nunca a brasear en el agua. Tampoco sabe cómo lo logró. A Don Bonifacio lo tuve que ir a recoger a Bauta, pueblo situado algo lejos de la ciudad. Mientras, la gente hablaba de unos mambíses, frustrados por una heroica patrulla de soldados, al intentar envenenar las aguas del Acueducto de Albear, y también de ciertas ceremonias paganas de ñañigos que las autoridades perseguían con denuedo, pues eran fuente de profanación en los cementerios.

Lo que no me extrañó en absoluto fue un pequeño anuncio publicado por esos días en el "Diario de la Marina" donde se daba cuenta del éxito de unos misteriosos ladrones que habían desvalijado el palacio de los Condes de la Mortera en los precisos instantes en que un huracanado tiroteo tenía lugar no lejos de allí, en pleno Cementerio de Colón.

El falso comerciante gallego era un verdadero profesional, un consumado actor capaz de engañar a sus propios compañeros del gremio. Me descubrió ante su talento y le agradezco el detalle profesional de no habernos pagado con billetes falsos.

Es evidente que tengo aún mucho que aprender en esta tierra. Pero voy por buen camino y llegaré. Ya tendrán más noticias de quien mucho los quiere y no los olvida. Un beso a todos:

Joaquín.



Carta Decimoprimera

La Habana, 3 de abril de 1898

Mis muy queridos y recordados tíos y primos:

"Siempre que llueve, escampa". ¿No reza así un refrán de nuestra tierra? Pues ya verán que no hay nada mejor que la sabiduría popular a la hora de educar al hombre en cómo soportar las durezas de la vida y salir adelante. Les escribo hoy con mucha tranquilidad, casi feliz, de una forma muy diferente a como había venido haciéndolo hasta la fecha.

Cuando se tiene el alma en paz, como me ocurre en este momento, uno recuerda que, antes de la guerra, La Habana era el paraíso terrenal. Imagínense una ciudad moderna, con los más sorprendentes adelantos de las ciencias puestos al servicio del hombre: luces eléctricas, tranvías tirados por caballos, teatros llenos de diversión, grandes parques y calles con estatuas de mármol; la gente amable, muy alegre y hospitalaria, con costumbres sencillas y llanas, sin tantos remilgos y dobleces como se estilan allá.

Imaginen a las mujeres más hermosas del mundo, sin temor a nada ni a nadie, vestidas como flores y capaces de desafiar al mundo entero por vivir un amor de verdad. Vean, como yo he visto, a los más opulentos carruajes conducidos por negros vestidos como príncipes; a los curas más liberales y laxos que se pueda soñar, dedicados a lo suyo, sin complicarse la vida ni complicársela a los demás, más allá de lo imprescindible. Huelan, como se podía hacer en cualquier rincón de la ciudad, el aire más puro y sabroso del mundo, mezcla de brisas y especias, de perfumes íntimos de mujer y melaza.

Vivan, como yo lo he hecho, las más estremecedoras aventuras que un joven bien plantado y nada tonto pueda vivir. Déjense llevar por los sentidos y no por los deberes. Piensen sólo en el presente; libérense de tantas ligaduras que tienen allá prisioneros a hombres y mujeres, a niños y ancianos, y tendrán un atisbo de lo que era La Habana antes de que esta guerra se lo llevase todo al demonio... Y sientan la música, ¡ah, la música de La Habana! la música de todas las horas del día, y de la noche; la música hecha para olvidar y recordar; para enterrar a los muertos y resucitarlos!... Todo eso era La Habana, y mucho más...

Pero, créanme mis queridos tíos y primos, si les digo que no me estoy lamentando por lo que ya no existe, por lo mucho que esta guerra se llevó para no devolvernos nunca más. Créanme si les digo que no suspiro por la belleza y las delicias que se esfumaron para siempre. Y no lo hago porque me siento bien a pesar de todo; me siento como si estuviese a punto de volver a verlos o de llegar de nuevo a aquella Habana que les he descrito. Y es que ha ocurrido algo muy sencillo, algo que puede parecer sin importancia, pero que para mi significa mucho; que me tiene, como se dice por aquí, "volando bajito"... Mis queridos tíos y primos: me he vuelto rico, inmensamente rico, asquerosamente rico en un abrir y cerrar de ojos, o mejor dicho, de manos. ¿No es este motivo suficiente para estar alegre, para reír y cantar, para saltar de gozo y mandar la nostalgia a paseo?

He comprendido, a partir de convertirme en un acaudalado caballero, en un respetable ciudadano de esta urbe que me vio, hasta hace apenas unos días, rebuscar en los basureros para comer o servir de hazmerreir de la chusma para ganarse unas miserables monedas, que los paraísos se pueden comprar con buena plata y que las promesas de vida eterna tras la muerte son un engaño. Puedo decirles, sin exagerar, que cuando se tiene el bolsillo bien provisto, se tiene en las manos la vida eterna: se es inmortal sin necesidad de haberle entregado el alma al Señor, a cambio. O lo que es lo mismo: se pueden cambiar las reglas del juego, y ganar.

Como deben recordar de mis cartas anteriores, les contaba que la ciudad se hallaba repleta de desgracias y dolores. Se veía venir la guerra con los Estados Unidos a la misma velocidad conque un toro embiste al torero. Por todos lados carretas llenas de heridos y enfermos, de quintos y reconcentrados que no veían ya los acontecimientos que se avecinaban. Faltaba todo lo necesario, hasta lo más imprescindible, y lo que aparecía había que comprarlo a precio de oro. Era tanto el sufrimiento, la amargura, que la gente andaba como si estuviese harta, como si le diese lo mismo vivir o morir. Aunque pudiese parecer cosa de sueños o de encantamiento, la música comenzaba a abandonar su ciudad predilecta...

Si los que tienen hogar y familia, oficio y beneficio, están atravesando las de Caín, ¿qué no estaríamos sufriendo los que teníamos al cielo por techo y a la Providencia Divina por única esperanza? Súmese a esto que sobre mi pesaba la manutención de Don Bonifacio y también la del chino Chang, que si bien podía valerse por si mismo no tenía suficiente viveza para sobrevivir en medio de tantas contrariedades.

Agobiado por las peripecias vividas, y por los acontecimientos del Cementerio de Colón, que les conté, me hallaba casi en el límite de mis fuerzas, en el borde del abismo que sólo los desesperados conocen, cuando me encontré con un antiguo compañero del Batallón de Voluntarios llamado Manuel, en el mismo momento en que me disponía a robar un pollo que un avisado comerciante catalán exhibía en su tienda amarrado a un grueso lingote de plomo, precisamente para desalentar a rateros hambrientos, como yo.

Cuando, para mi fortuna, encontré a Manuel cerca de la calle de Vapor, ya había calculado, con toda precisión, la fuerza con la que debía tirar del pollo cautivo, en mi esfuerzo por liberar al triste presidiario de su cárcel, y del fardo de una existencia sin futuro. Tenía en mi mente el itinerario que debía cumplir para poder burlar la persecución del catalán, que con toda seguridad se produciría. Iba a saltar sobre el plumífero, como un gavián enloquecido, cuando tuve ante mí la imagen de un Manuel macilento, vestido de rayadillo y con un brazo en cabestrillo, preparado, como yo, a saltar sobre el mismo pollo.

Nos abrazamos como dos náufragos, en el medio de la calle. Yo comprendí enseguida que, aunque estaba sufriendo necesidades y hambre, Manuel lo había pasado mucho peor que yo, de lo cual eran elocuentes testigos su brazo herido, su rostro lívido, su mirada dolorosa. Ya no era más el travieso chico que se escapaba conmigo del fastidio de las guardias y las rondas interminables; que se escondía junto a mí para burlar el ojo terrible del cancerbero mayor, del Coronel Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, siempre amenazador y chillón. Ahora se había convertido en un hombre trémulo, en un ser vacilante y extraviado que había visto los ojos de la muerte y volvía cambiado para siempre.

Hablamos poco. Yo le hice muchas preguntas sobre la campaña contra los mambises; si era verdad que se estaban presentando en masa, acogiéndose al indulto del Capitán General, lo cual indicaría, de ser cierto, que la guerra en Cuba estaba por terminar, dejando sin asidero una probable intervención de los Estados Unidos. Con toda la parsimonia de los convalescientes no tardó en contarme la verdad, dejándome mucho más confundido que al inicio de nuestro encuentro:

- "Desengáñate, Joaquín: esto no hay Dios que lo pare, si antes no se les concede la independencia a los morenos. Ni se están presentando en masa, ni se están acogiendo a la legalidad, ni han envainado los machetes. De que los americanos vienen, que no te quede duda alguna. Te aconsejo recoger lo poco que puedas cargar y prepares los bultos, para cuando llegue la hora de la estampida final..."

Había servido, casi a la fuerza y a pesar de ser un niño, en las columnas volantes que andaban protegiendo la evacuación de las tropas acantonadas en los pueblecitos de los alrededores de La Habana. El enemigo no respetaba ni el número de nuestras tropas, ni la cercanía de la capital, ni las líneas de ferrocarril, que volaban con la dinamita que les traían filibusteros legendarios como el irlandés O'Bryan. "Como los animales salvajes, Joaquín, están venteando la próxima muerte del gobierno español en estas tierras. Nada los va a detener..." Y mientras me levantaba en vilo con sus relatos de combates y cargas fantasmales, de enemigos invisibles que mataban y se esfumaban en la noche, de marchas agotadoras y del sol implacable sobre las cabezas rapadas, yo no perdía de vista al pollo del catalán, y hasta me parecía que reclamaba mi intervención para ser libre.

Debo confesar que la forzosa adultez de mi excompañero de juegos y travesuras me hizo acompañarlo ese día por largo rato. Me olvidé de Don Bonifacio, que nada comería si yo no me ocupaba de él, y también del chino, que tampoco comería, paralizado por el estupor de su raza y el fatalismo ante lo que reputan como castigo divino. Lo acompañé casi hasta que se ocultó el sol, sentados cerca del Torreón de San Lázaro, muy cerca del mar, hablando muy poco él, y preguntándolo todo yo. Estaba prematuramente amargado, como un hombre muy viejo o muy sufrido; destilaba un denso resentimiento por su brazo herido, casi inútil, baldado a su edad, sin pensión ni cruz militar alguna, por un balazo del cual, cosa curiosa, no culpaba a los cubanos, sino a los norteamericanos. Tanta era su rabia que no tardó en ir perdiendo los estribos hasta comenzar a clamar por tomar venganza, con su propia mano.

No crean Ustedes, queridos tíos y primos, que la rabia y el dolor de Manuel llegaban hasta el extremo de desearle la muerte a alguien. Era incapaz, en el fondo, de hacerle daño a ningún ser vivo, ni siquiera del pollo del catalán, al que yo tenía sentenciado a la olla, con lingote y todo. Cuando empezó a hablar de venganza se refería a algo menos trágico, a la posibilidad de provocarle un soberano disgusto a los americanos, destruyendo cualquier cosa que tuviese algún valor para ellos, como por ejemplo, una bandera o algo por el estilo.

Lo secundé en su plan, por lealtad al amigo que fue, y por lástima a la sombra triste en que se había convertido. No me importaban los americanos ni los cubanos, ni los chinos, ni los españoles, sólo el succulento caldo que pensaba hacer con el pollo catalán. Lo acompañé hasta lo que me pareció un establo o cuadra en medio de una calle, para mi desconocida y



Jóvenes cubanas con machetes y la bandera

bastante solitaria. Con gran habilidad, encontró la llave del almacén escondida en un ángulo de la puerta, señal de su conocimiento exacto del terreno. Eran cerca de las seis de la tarde cuando entramos a aquel sitio, algo oscuro y maloliente, sin que nadie lo impidiese. ¡Qué lejos estaba yo de saber que allí, precisamente en aquel sitio olvidado y sucio, iba yo a encontrar mi fortuna!

Manuel se movía por el interior de aquella cuadra sin caballos como un verdadero conocedor. Me dijo, con pasmosa calma, que alguna vez había trabajado allí al servicio de un vasco medio loco, empeñado en emular con Pancho Marty, el que fuera Rey del Espectáculo en La Habana, acaudalado propietario del Teatro Tacón, contrabandista de esclavos y enemigo de los cubanos independentistas. Para comenzar, el vasco había adquirido aquel galpón y pensaba llenarlo con toda suerte de artilugios y artefactos que le permitiesen montar una especie de feria de curiosidades o gabinete histórico que los habaneros pagarían por visitar. La guerra puso fin a los sueños del vasco y se quedó con el galpón semi-vacio y sus anhelos frustrados de opacar el recuerdo esplendoroso del empresario que fue Pancho Marty.

En medio del local se hallaba una calesa antigua, pero bien conservada, de los carruajes de lujo en que paseaban los padres de la aristocracia antillana actual. Con mucho aplomo me explicó Manuel que en aquel transporte se había desplazado por las calles de la ciudad la obesa humanidad del exPresidente de los Estados Unidos, Mr Grover Cleveland, al visitar la Isla, dos años atrás. Adquirida por el vasco a precio de oro, esperaba allí tiempos mejores, tiempos que permitiesen a los habaneros pagar por divertirse antes que pensar en comer. Sin perder tiempo, se dirigió Manuel hacia lo que consideraba el símbolo norteño de su desgracia, y enarbolando un hacha sacada de no sé donde se abalanzó sobre la calesa, como debió hacerlo ante los feroces enemigos de las vísperas.

Repito, una vez más, que me enrolé en aquella locura sólo por pena, por lealtad a mi amigo Manuel, y he de agregar que empuñé también el hacha vengadora, el hacha flamígera, cuando observé que poco podía hacer mi amigo con un único brazo sano. Confieso que me dejé llevar por el delirio de la destrucción, por el vértigo que provoca astillar, fragmentar, moler, deshacer...

Manuel, jadeante y encandilado, trataba de aplaudir a cada golpe de hacha que yo propinaba, como si a cada uno de ellos rodase por tierra una división de los invasores rubios, culpables de su invalidez... No sé cómo hubiese terminado todo si de pronto, al encajar el hacha sobre el piso del carruaje, no nos hubiese sorprendido un largo quejido metálico, un ruido de cascada interminable y un resplandor amarillento que llenaba toda la estancia... Habíamos encontrado, de manera absolutamente accidental, un inmenso tesoro, una montaña de monedas de oro españolas, holandesas y norteamericanas, que se encontraban disimuladas en un entrepiso secreto de aquel carruaje de Mr Cleveland.

Les he escrito con rapidez para que sepan de mi buena fortuna y puedan poner algunas velas en acción de gracia por el milagro concedido. No tengo tiempo para contarles, en detalle, lo que Manuel y yo hemos hecho con tanto dinero. Basta decir que mis futuros hijos y nietos nacerán ricos; que se han salvado de morir de hambre los que me rodean; que ahora si me preparo para regresar a España, y que lo primero que hice, como el gran señor que soy, fue

comprarle el pollo al catalán, quitarle el lingote de plomo que lo apresaba y dejarlo libre y vivo por estas calles benditas.

A pesar de este gesto romántico, no creo que el animal haya tenido tiempo de agradecerlo... Hay demasiados hambrientos por estas calles de Dios. No todos los días se pueden hacer buenas acciones... Pronto tendrán noticias más. Siempre los quiere:

Joaquín.

Carta Decimosegunda

La Habana, 15 de abril de 1898

Mis queridos tíos y primos:

Debo comenzar por repetirles la buena nueva que les anuncié en mi anterior carta, por si acaso no la han recibido y esta les llega primero: se acabaron los dolores, los sufrimientos, el hambre, las angustias y los temores. Dicho de la forma más breve posible: soy rico.

Si, mis queridos tíos y primos: soy inmensamente rico por decisión del Señor que todo lo ve y todo lo dispone de la forma más justa y sabia posible. ¿Acaso no he sufrido ya por esta y la otra vida? ¿Acaso no andaba zapateando La Habana como si fuese un espectro, buscando cualquier cosa que hacer con tal de no morirme de hambre? Pues bien, ha llegado la hora del desquite, de la revancha; la dulce hora de ajustar cuentas con mi propio pasado y sus rincones oscuros. Estoy renaciendo, soy otro hombre, piso más fuerte cuando camino y me he descubierto en los espejos mucho más alto que lo que imaginaba ser. Milagros que trae consigo un estómago satisfecho...

Ya deben saber que mi encuentro fortuito con Manuel, un antiguo amigo y compañero del Batallón de Voluntarios que estaba bajo el terror, digo, bajo el mando de Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, fue el inicio de mi buena fortuna. Por un sentimiento de amistad y de lástima al verlo, demacrado y herido tras su campaña contra los mambises, seguí los dictados de mi corazón y lo acompañé a saciar su ira contra el carruaje que había servido a Mr. Cleveland, el exPresidente de los Estados Unidos, al visitar la Isla unos años atrás. Y fue así, destrozando lo que teníamos casi por una reliquia sagrada para los que por aquí aman a los tocineros y creen que estos les ayudarán de buena fe a sacar a España de estas tierras, que descubrimos un verdadero manantial de monedas de oro ocultas en un entresuelo del carruaje.

En los días transcurridos desde entonces, he vivido las cosas más agradables y hermosas de toda mi existencia. He sentido el respeto de los que me ignoraban y el miedo de los que antes me avasallaban. Desde que como, visto, camino, miro y hablo como lo que ahora soy, un caballero, la ciudad me parece más alegre, la guerra menos terrible y los amaneceres más claros. Y debo decir, en honor a mi mismo, que no he dejado de ayudar, ni por un día, a los más necesitados, a los enfermos y hambrientos, a los que mendigan, sin detenerme a preguntarles si son españoles o cubanos.

Ahora que tengo voz y voto en los asuntos sociales, porque el dinero allana todas las diferencias de cuna y nivela todas las alcurnias reduciéndolas a la alcurnia única de los que pueden pagar, he logrado conocer más a fondo la marcha de las cosas en esta tierra. Puedo asegurarles que Manuel tenía toda la razón en lo tocante a la imposibilidad de que los cubanos se contenten con nada que no sea la definitiva separación o independencia de la Madre Patria; para eso llevan casi treinta años de guerra sin cuartel, de guerras terribles y cruentas en las que no hay marcha atrás. Porque cuando han muerto tantos hombres por lograr un objetivo, como ha pasado aquí, los muertos se convierten en centinelas de los vivos, en la memoria que no

puede ser borrada, y llegan a ordenar, con voces casi audibles, lo que ha de ser realizado sin desviaciones. Cosa espeluznante es esta de sobrevivir a tantos muertos y tener que servir a tantos amos fantasmales.

Las guerras tan prolongadas y terribles, como las de Cuba, marcan de tal forma a los contendientes que, al final, se hace difícil distinguir a unos de otros. Saber, por ejemplo, qué tropa avanza por una guardarraya, que es como llaman aquí a los caminos estrechos que separan las plantaciones de caña de azúcar, es tarea de negro viejo, de taita, que son los negros ancianos y sabios a los que respetan todos. Sólo los hombres de tierra adentro, los guajiros curtidos en las faenas de las labranzas y las escaramuzas, son capaces de distinguir si la tropa que acaba de atravesar una sabana o un vado, es cubana o española. Tanta hambre, tanto cansancio, tanta desesperación, tanto dolor hay en cada bando, que han terminado siendo las mismas imágenes reflejadas en un mismo espejo: el espejo terrible del fuego, la sangre, la enfermedad y la muerte.

En una tertulia a la que fui especialmente invitado hace dos noches, celebrada en una bella mansión del Cerro donde solía entregar las compras de material de jardinería que el señor de la casa ordenaba en la ferretería de Don Bonifacio, y donde nadie parecía reconocer, en el invitado especial, al sobrino de los mandados, oí decir que un tal Goya, pintor de reyes y nobles en época de Napoleón, había realizado unos grabados grises y terribles sobre los desastres de la guerra. Decían que ante tales obras no es posible dejar de estremecerse: tal era el abismo infinito que revelaban, el de la bestialidad de que somos capaces los hombres cuando luchamos unos contra otros. Dudo que la paleta de tan renombrado pintor tenga los tonos de grises y claroscuros que exige la guerra de Cuba, a quien quiera pintarla.

Como es imposible que tanta saña sea infinita, y que no haya forma humana de detener esta matanza, tengo para mí que los muertos de por acá no le quitan el sueño a los políticos de por allá, y que lo mismo les da que sean cubanos, canarios, asturianos, valencianos o aragoneses, negros o blancos, cristianos o mahometanos los que aquí matan y son matados, siempre que sean pobres, basura que se puede limpiar y barrer, mugre que se puede eliminar, piezas de un juego macabro que se pueden reponer. ¿Cuánto dinero estarán sacando de este calvario los buitres de siempre? ¡Cómo se les estarán hinchando las arcas a los que no vienen aquí a defender eso que llaman "España con honra", que están haciendo todo lo humano y lo divino para que esta guerra no termine nunca!

Algún día se sabrá cuánto han reportado las guerras de Cuba a gente como el Marqués de Comillas, dueño de la "Trasatlántica", quien monopoliza el traslado a la Isla de los quintos tierros, recién incorporados en las aldeas, y también de la repatriación a España de los despojos macilentos, de los enfermos y mutilados de la guerra, que es el destino inexorable que espera aquí a esos mismos quintos inocentes.

Conocedor de que los americanos están afilándose las uñas para el zarpazo oportuno, y que llegado el caso, se hace imposible vencer a los invasores teniendo a los mambises a la espalda, me he enterado por fuentes confidenciales y seguras, (otro privilegio de los ricos es estar siempre muy bien informados), que Blanco, el Capitán General, ha dejado a un lado la soberbia de nuestra clase rectora y se ha adentrado por el camino de la amargura, con su cruz a



Mambises

cuesta, para tocar, humildemente, a la puerta del caudillo cubano, el General Máximo Gómez, solicitándole una alianza militar contra el yanqui. Lo interesante de esta jugarreta no radica en que ya el Chino Viejo no es más un bandido sanguinario y un incendiario, como siempre lo ha tildado el Gobierno y la prensa integrista, sino un digno aliado potencial al que Blanco, Marqués de Peña Plata, se ha dirigido oficialmente, a nombre de la Corona, para solicitarle una alianza militar en igualdad de condiciones... ¡Cosas veredes Mio Cid, que harán temblar las piedras,... y a Don Bonifacio!

Y para que vean que no exagero, aquí les van unas líneas del mensaje de Blanco a Gómez, que no logró ser jamás todo lo confidencial que este hubiese deseado, pues corre por La Habana de boca en boca:

"No puedo ocultar a Usted que el problema cubano ha cambiado radicalmente: españoles y cubanos nos encontramos ahora de frente a un extranjero de distinta raza, de tendencia naturalmente absorbente y cuyas intenciones no son solamente privar a España de su bandera en el suelo cubano, sino también exterminar al pueblo cubano, por razón de su sangre española... Ha llegado, por tanto, el momento supremo en que olvidemos nuestras pasadas diferencias... España no olvidará la noble ayuda de sus hijos de Cuba. General, por estas razones propongo a Usted una alianza de ambos ejércitos en la ciudad de Santa Clara. Los cubanos recibirán las armas del ejército español y al grito de ¡Viva España! y ¡Viva Cuba! rechazemos al invasor y libremos de un yugo extranjero a los descendientes de un mismo pueblo. Su afectísimo servidor: Ramón Blanco".

Aún no se conoce la respuesta oficial de Gómez a este enternecedor requiebro amoroso de su enemigo encarnizado de las vísperas, pero no es difícil imaginarla. Está muy claro que, razones políticas aparte, con lo cascarrabias que es el viejo su respuesta le va a sacar los colores a la cara a Blanco, pues este se la ha puesto en bandeja de plata para que lo ridiculicen a los ojos de la Historia. ¡Pobres de las naciones, como esta España de la Regencia, que siempre llegan tarde, si llegan!

La prensa española aquí, y buena parte de la de la Península que se recibe, está echando leña al fuego del problema con los Estados Unidos, los periodistas con poses de perdonavidas y estrategias de café con leche. De creer a estos señores, que no conocen más estampido que el de los cohetitos de Año Nuevo, las flotas españolas sólo tienen que recibir la orden de Sagasta para apoderarse de New York y de Washington (aunque no tenga mar), cargar las carboneras con todo el dinero que los mercachifles yanquis acumulan, y enviar a los congresistas y senadores, cargados de cadenas, con McKinley al frente, a Ceuta y Melilla, a echarles sus discursitos a los camellos y a los moros.

Tampoco los periódicos americanos pierden su tiempo llamando a la cordura. Ahora mismo, he visto una caricatura del "Chicago Chronicle" donde el Tío Sam, símbolo de esa nación, está sentado, fumando tranquilamente, con todo su armamento, mochilas y correajes, listo para la campaña, mientras puede verse, por el cristal de una puerta que está situada a su espalda, la acalorada discusión que sostienen dos congresistas. El pie de la caricatura es elocuente: "Espero por Ustedes, caballeros".

Y como decir lo que uno piensa en voz alta es también un privilegio de ricos, les diré a Ustedes, y a todo el que me quiera oír, que la única forma de ganar la guerra que se nos viene encima, es evitándola; y que si de verdad queremos salvar, al menos la honra, porque todo lo demás está hace mucho tiempo perdido, lo único que podemos hacer, sin dilación alguna, sin palabrería barata de politicastros sietemesinos, sin planes de estrategias que, soñando con Lepanto no saben que existen los acorazados, sin diplomacia zorruna y senil que no engaña a nadie; lo único sensato y útil en este caso, pienso yo, es retirarnos cuanto antes de este polvorín y dejar que los cubanos sigan su camino solos. Aunque las cuentas del señor Marqués de Comilla arrojen una ligera merma en el renglón de las utilidades.

Pero como sé que la lógica no ha sido nunca el fuerte de nuestra política, ni la razón ha sido jamás argumento respetado entre nosotros, como hombre previsor y práctico que ha de velar por su capital, aún cuando otros no velen por el capital de la nación, he tomado la salomónica decisión de invertir sabiamente para vivir de las rentas y asegurarme mi futuro y el de Ustedes, a quienes debo el aliento en los momentos más duros de mi vida...

Queridos tíos y primos: he invertido una buena parte de mi dinero en el único negocio que se vislumbra lucrativo por estas tierras y en estos días; el único que, lejos de menguar por la actual situación, se insinúa en rápida expansión en el futuro cercano... Soy, desde hace apenas tres días, un próspero empresario de pompas fúnebres, uno de los más opulentos funerarios de La Habana. Y estoy seguro que el Marqués de Comillas envidia, hoy por hoy, mi sutil olfato empresarial.

Así que ya lo saben: el haberles escrito en este papel con orla de luto y en un sobre de los de pésame no significa que he muerto, sino todo lo contrario: he resucitado y espero tener vida larga y próspera. Hasta las guerras brindan enseñanzas a quienes sean capaces de captarlas. Un beso cariñoso a todos.

Don Joaquín, el mismo de siempre.

PD: Les estoy enviando una remesa de dinero mediante un banco inglés, que tiene oficinas en La Habana y Madrid. Es para el jamón y los garbanzos. Buen provecho.



Carta Decimotercera

La Habana, 25 de abril de 1898

Mis queridos tíos y primos:

Deben estar leyendo en estos momentos, por la prensa de Madrid, las noticias terribles sobre lo que se veían venir y que nadie ha podido evitar, mucho menos los políticos pigmeos de aquí y de allá, y también de acullá, o sea, de los Estados Unidos. Nos encomendamos al Señor ante esta nueva prueba que nada bueno traerá. ¿Para qué han servido las guerras, sino para sembrar la destrucción y la muerte; para hacer sufrir todavía más a los pobres y aumentar el número de viudas y huérfanos? No hay guerras ganadas: en todas se pierde.

La guerra entre España y los Estados Unidos es ya una insoslayable realidad. La posibilidad de que toque a las puertas de La Habana, antes que a ningún otro sitio, es una certeza.

Como flamante empresario de pompas fúnebres que soy, debería de alegrarme ante la inminencia de choques armados a gran escala, ante las imágenes de la hecatombe que se ve venir y que sembrará de cadáveres los campos y las ciudades de esta Isla. Como ser humano que soy, como persona sensible al dolor ajeno; como hombre respetuoso de la vida, y cristiano a mi manera, aunque no vaya mucho por misa y no me haya confesado desde que tenía diez años, me niego a recibir con alegría la tragedia que se nos viene encima. A lo mejor es que soy un rico reciente, que no ha aprendido todavía a ahogar en sus libros de cuentas todo lo que lleva en lo profundo de su corazón. Pero hasta los ricos, creo yo, están preocupados por esta extraña guerra que ya toca a nuestras puertas...

¿Qué decirles de la ciudad? ¿Cómo describirles el temblor nervioso que se percibe en todo y en todos; la despedida callada de la vida que se puede apreciar en los hombres, en los que saben que serán llamados a filas en cualquier momento y que deberán alejarse, quizás para siempre, de sus familias, de sus amigos, de sus rutinas y recuerdos amables, de las calles que los vieron nacer y vivir sin mayores preocupaciones?

Hasta la música de siempre, la música que es como el aire vital para los habaneros, ha callado, si bien por un corto momento. Hoy, tras salir los diarios de la mañana, no hubo pregones de los vendedores ambulantes, ni rumbas en el barrio de Jesús María, ni coplas por las calles, ni rasgueos de guitarras. Parecía, de pronto, como si una pesada loza hubiese caído sobre todos y cada uno de nosotros; como si la vida de las gentes hubiese quedado suspendida de un hilo delgado yuviésemos temor a respirar, porque cualquier movimiento podría quebrarlo. Pero esto duró poco, el tiempo necesario que nos llevó tragar aquel bocado amargo. Enseguida el aire se llenó de los mil ruidos de cada día, de los ritmos de la calle, de las voces de las lavanderas y planchadoras, de los soldados que pasaban metiéndose con las mulatas en los balcones, de la bulla de los negritos que corren entre los carretones y los coches, burlándose de los carretoneros que tratan de alcanzarlos, inútilmente, con sus largas fustas...

Se dice que la guerra comenzó ya; que lo que se ha hecho hoy por las autoridades de ambos

países es darle viso de legalidad a una situación que en el mar se había desencadenado desde hacía varios días. Si esto fuese cierto, estaríamos en presencia de una guerra que ha llegado en silencio y se presenta cuando ya se ha instalado dentro de nuestra casa. Como para que nadie pueda echarla afuera, ni cerrarle la puerta en las narices,... ¡maldita sea!

Nada ha impresionado tanto a los habaneros como algunos de los decretos publicados en la "Gaceta Oficial" por el Capitán General, Don Ramón Blanco, relativos a los preparativos y disposiciones para enfrentar la contienda con los Estados Unidos, y entre todos, aquel que establecía: "En cuanto la escuadra enemiga se halle a la vista del Castillo del Morro, se izará en el semáforo una bandera, roja y la fortaleza disparará tres cañonazos".

Por aquellas escuetas palabras, escritas en un lenguaje estrictamente militar, desprovisto de cualquier emoción, comprendieron los habitantes de la ciudad, y muy especialmente los recalcitrantes integristas, para los cuales la guerra con los Estados Unidos no podría concluir menos que con la bandera roja y gualda ondeando sobre el Capitolio de Washington, que la posibilidad de ver aparecer las escuadras de los yanquis junto al litoral, era algo más que una excesiva previsión. No pocos de estos comenzaron a buscar alojamiento lo más alejado posible de la costa, allí donde el fuego de los grandes acorazados enemigos no pudiesen molestar sus siestas gloriosas.

Desde hacía varios días, en la misma medida que se precipitaban los acontecimientos, se vio emerger del fondo de la ciudad una verdadera legión de estrategias insospechados, de almirantes de agua dulce y mariscales de salón, capaces de poner en práctica todo tipo de medidas enérgicas y descabelladas para desembarcar en La Florida y acabar todo aquello, en un dos por tres. Barajaban batallones y cruceros acorazados como un chiquillo hubiese podido hacerlo con sus estampitas de comunión. Ascendían y condecoraban a sus soldados y oficiales imaginarios (y en primer lugar a sí mismos), con la velocidad de un tren. Ganaban batallas sangrientas sin recibir rasguño alguno. Para ellos, que nunca habían tenido coraje siquiera para enfrentar a los negros y mulatos en la manigua, a pesar de que todos sabían que iban mal armados y hambrientos, pelear contra los Regimientos regulares de los norteamericanos era como un juego de niños.

Toda aquella bravuconería barata, toda aquella palabrería relumbrona para presumir en los cafés sin arriesgar más que la voz bajo el sereno de la noche, muy malo para la garganta en los trópicos, cesó, como por encanto, al publicarse en la "Gaceta Oficial" aquello de los tres disparos del Morro.

Entre el caos de noticias anárquicas que llegaban de todas partes, algunas verdaderas, la mayoría sin fundamento, unas eran verdaderamente alarmantes: las que trataban acerca de la detención en alta mar de buques mercantes españoles que se dirigían hacia La Habana. Se dice que hasta un cuñado del General Weyler ha sido detenido a bordo de uno de esos buques y se halla en algún puerto de los Estados Unidos. Quien se acerque en estos días por la Lonja de Comercio, por los almacenes del puerto, por los despachos de los armadores catalanes y vascos que llenan la ciudad, y son los responsables de traer los víveres y mercancías, y también de sacar los productos del país, escuchará más lamentos que los de los judíos al ver destruido el Templo.



Curación en campaña de soldado español herido

Ante el conmovedor espectáculo de tantos comerciantes llorosos por los buques perdidos, por las cargas confiscadas, por el comercio de garbanzos y chorizos interrumpido, por las arcas que ayunan y las bolsas que adelgazan, no dudo que, tras los destrozos y pérdidas inevitables de la guerra, tengamos que hacer cerca de la Alameda de Paula un nuevo Muro de las Lamentaciones para tanto Jeremía comercial. ¡Y pensar que eran los más patrióticos, los más incondicionales, los que decían estar dispuestos a darlo todo por la honra nacional, hasta la honra de sus esposas!

En medio de esta barahúnda, casi arrastrado por el gentío que se movía de un lado a otro según se iba diciendo que se habían visto buques extraños por Cojimar, o que unos jinetes rubios y armados se acercaban a las defensas del barrio del Cerro, conduciendo a una nube de insurrectos, bien comidos y amunicionados por los buques filibusteros, que ahora zarpaban del mismo Nueva York, me dejé llevar de un lugar a otro durante este primer día de la guerra. Yo vi, retratado en los rostros del gentío, la fea mueca del pánico y la mirada colectiva de la locura.

Al final de la tarde, alguien gritó que debíamos ir hasta el Palacio a expresar nuestra adhesión patriótica al Capitán General, pues unos cañonazos indicaban que la escuadra enemiga, ya estaba a la vista del vigía del Morro. Debo confesar que, escéptico y descreído como soy, me dejé llevar por el entusiasmo pueril de aquella turba vociferante que se creía peleando en la defensa de Zaragoza o cargando contra los mamelucos de Napoleón, en pleno Madrid del 2 de mayo, y cuando vine a darme cuenta ya había ascendido, sin saber cómo, las escaleras marmóreas de Palacio...

No se podía dar un paso, y apenas se podía respirar, en medio de tanta gente como la que abarrotaba cada rincón de aquel edificio histórico. A decir verdad, más que una mayoría de patriotas enardecidos contra el atropello y escarnio a que nos sometía el enemigo que hollaba nuestras aguas, se veía a muchos curiosos que aprovechaban para fisgonear en aquel recinto al que les estaba vedado entrar, salvo en circunstancias especiales como aquella. No faltaban los eternos merodeadores y oportunistas, que lo mismo deslizaban en sus bolsillos toda pieza que no estuviese fijada por tornillos o clavos a una superficie, que los que se esforzaban en situarse siempre detrás las damas presentes, buscando ciertos contactos vergonzosos.

Hizo su entrada Don Ramón Blanco y Erenas, Marqués de Peña Plata, Capitán General de la Isla de Cuba, en uno de los momentos más aciagos de su historia. Vestía de rayadillo y llevaba una cruz brillante en el pecho. A mi lado se encontraba el Señor Corzo, un abogado que era oficial supernumerario de mi batallón de Voluntarios, hombre de buen humor y agudo entendimiento, al que saludé tan pronto lo vi en medio de las gentes. "El uniforme hace contraste con su palidez cadavérica y su mirada turbia -me susurró Corzo- así debió verse el Cid Campeador cuando, después de muerto, lo pasearon a caballo frente al enemigo...".

Ante la gravedad de la situación, y con la más poderosa escuadra enemiga que jamás se halla situado frente a nuestra ciudad, ubicada a escasos metros del sitio donde nos hallábamos, comenzó el Capitán General una apagada arenga carente de la llama vital que un orador convencido sabe transmitir a sus oyentes. Todos escuchamos en el más completo silencio, entre

sorprendidos y decepcionados, hasta que aquella especie de abuelo exhausto dio por cumplida su misión. Al final, sin vivas a la Patria, sin banderas desplegadas, sin juramentos de vencer y exterminar al enemigo que osaba desafiar a los leones hispanos en una de sus más preciadas posesiones, nos dispersamos, cabizbajos y preocupados.

Muchos no sabían qué pensar después de aquel primer día de guerra. Yo sí: después de ver la nada bizarra estampa del representante máximo del poder español en estas tierras; después de percatarme de su casi nulo deseo de pelear contra el poderoso enemigo que lo desafiaba, tuve por seguro que esta era una guerra perdida desde sus inicios. Todo lo demás que venga será agonía gratuita...

Ahí afuera siguen las siluetas amenazantes de los barcos yanquis. Aquí, en La Habana, habrá mucha gente que no pueda dormir... Yo me muero de sueño, queridos tíos y primos, y terminando esta carta para Ustedes me voy a la cama... Hay que aprovechar el poco silencio que nos puede quedar, antes que empiecen a llovernos los cañonazos previstos, que no serán precisamente los del Morro.

Besos a todos, los quiere:

Joaquín.



Carta Decimocuarta

La Habana, 2 de mayo de 1898

Mis queridos tíos y primos:

En una fecha de tan gloriosa recordación para todos los españoles como es la del 2 de mayo, aprovecho para escribirles unas líneas apresuradas invocando la protección de las sombras del ayer en un lance tan comprometido como el que se perfila hoy a la vista de quienes vivimos en estas lejanas posesiones de Ultramar... Pero, pensándolo bien, poco pueden hacer los majos madrileños de aquel 2 de mayo, con sus navajas y trabucos naranjeros, contra, los cañones de grueso calibre de la escuadra yanqui que nos apuntan día y noche.

La Habana sigue sitiada por mar, y aunque los sitiadores no se atreven a presentar batalla formal y se limitan a hacer acto de presencia desde una cómoda y, para ellos segura distancia, la silueta gris de sus acorazados, y los potentes faros eléctricos conquie iluminan las noches de esta ciudad construida sobre el balcón del mar, no permiten olvidar, ni un solo minuto, el destino que nos espera.

He podido apreciar por estos días toda la gama de actitudes que son capaces de asumir los hombres ante la incertidumbre. ¿Será este el único beneficio que traen consigo las guerras? ¿Será necesario llegar a estos extremos para poder calar en las entretelas más recónditas de las almas, deslindando lo superficial y aparente de lo verdaderamente perdurable?

Nada es capaz de unir más a los seres humanos que compartir peligros. Desde esta verdad ancestral, quienes vivimos en esta ciudad estamos ahora más unidos que nunca. Es verdad que los criollos, los negros que no están comprometidos con el gobierno, o sea, la inmensa mayoría de los negros, y los guajiros que lograron sobrevivir a la Reconcentración de Weyler, andan con una especie de sonrisa socarrona en los ojos, aunque no expresen en voz alta sus opiniones sobre esta guerra. Pero aún ellos están concientes de que, llegado el caso, los cañonazos de los yanquis no distinguirán entre cubanos y españoles, entre amigos y enemigos: todos seremos (ya somos) víctimas. Y las víctimas suelen ser solidarias entre sí.

Mientras se hace palpable la guerra, crece el precio de los productos de primera necesidad. Los bodegueros catalanes, los dueños de los colmados, todos los que han hecho su agosto con el comercio de la guerra contra los mambises; los que se han enriquecido vendiéndole basura al Ejército de la nación que han jurado defender hasta la muerte, son los mismos que hoy esconden sus existencias para cuando llegue el momento de venderlo todo a precio de oro. El patriotismo de estos patriotas, queridos tíos y primos, depende más de los avatares del mercado, que de los peligros reales que hoy se ciernen sobre la integridad de la nación.

Cada día amanece la ciudad empapelada con los Bandos del General de División, Comandante de las fuerzas que la defienden, y Gobernador Militar, Don Juan Arolas Esplugues. Un viajero recién llegado podría seguir la marcha de los acontecimientos por la lectura de tales impresos. Pero, a fuerza de ser sincero, puedo decirles que muy pocos de los habitantes se detienen en



Caballería mambisa



Tropas mambisas

sus tareas cotidianas para leer estos papeluchos. A mi me son sumamente útiles, no para informarme, sino para envolver y preservar de las brisas marinas todos los detalles metálicos con que adorno los ataúdes de mi negocio, y que se deterioran aquí con tanta facilidad.

Como les estoy escribiendo sentado dentro de un catafalco a medio construir, entre cojines de raso para la vanidad de los muertos pudientes, y aprovechando los escasos minutos que utilizan mis obreros para comerse en el patio el almuerzo que traen de sus casas, me decido por darles una idea de lo que está pasando, utilizando estos panfletos que me rodean. Este que ahora tengo a mano, por ejemplo, es del pasado 22 de abril. Un fragmento que les copio puede darles una medida de los aires que corren por esta villa del Señor:

"Que con el objeto de evitar todo hecho criminal o de alarma que en días de asedio o bombardeo produzca o cause perjuicios al honrado vecindario aprovechando la ausencia de los cabezas de familia, dueños y dependientes de los comercios que, cumpliendo con el sagrado deber de combatir por la honra de España, dejan abandonados sus comercios y establecimientos,... he tenido por conveniente decretar la creación de un Comité Patriótico de vigilancia pública, que se formará en cada barrio..."

Este Bando del General Arolas ha causado una verdadera conmoción, y no precisamente entre los laborantes ni los simpatizantes del Tío Sam, que los hay, sino entre cierto tipo de emboscado de retaguardia, sumamente común en estas tierras de laxitudes y disipación, incapaz de formar filas, ni tomar las armas por el supuesto estado precario de su salud, pero que muestra una sorprendente agilidad y desbordante vigor para rondar las casas que dejan tras de sí los Voluntarios movilizados, sin hablar ya de las habilidades que despliegan cuando se trata de escalar muros y balcones. Tan extendido está este asunto aquí que, según las malas lenguas, se han creado tales "Comités Patrióticos de Vigilancia Pública" por exigencia de los propios Voluntarios, cansados de que otros consuelen a sus afligidas esposas cuando marchan a cumplir sus deberes.

El lado débil de todo este espionaje patriótico estriba en que los primeros candidatos que se postulan para formar parte de tales Comités son los mismos que escalan balcones, consuelan a las esposas abandonadas, y rehuyen ocupar sus lugares en las filas. Entonces, ¿quién vigilará a los vigilantes?... No pocos murmuran por lo bajo, mientras los batallones marchan marcialmente hacia sus posiciones al son de sus bandas de música y con las banderas desplegadas, que deberían considerarse también, como tareas patrióticas, las que se realizan en la retaguardia, y que no sería exagerado pedir por ello alguna que otra bien ganada condecoración.

El tiempo por estos días ha estado muy despejado y soleado en La Habana, como para que los marinos yanquis que nos vigilan desde el mar puedan disfrutar de la agradable vista que la ciudad ofrece por su cara costera. Accediendo a los reclamos "patrióticos" de la prensa, ha dispuesto el General Arolas que, ya que no puede acabar a cañonazos con sus adversarios, los hará rabiar, al menos, con las notas de las bandas militares que tocan para los que se pasean por El Prado, el Parque de Isabel Segunda, la Plaza de Armas o la Alameda de Paula. Podrán suponer que esta urbe es lo que menos pueda parecerse a una ciudad sitiada, y en cierta forma es así, aunque estos bloqueos no son como los que se conocen en la Historia de Europa o los propios Estados Unidos. Este es un bloqueo al aire libre, sin mal tiempo y con mucha

música, pero te percatas de que es un bloqueo de verdad cuando llega la hora de comer.

La aristocracia habanera, suponiendo que se les viene encima el Armagedón, sale a pasear todas las tardes con sus mejores galas y estrena joyas y carruajes, ante el temor de no poderlo hacer en el futuro. Los teatros están repletos. En el "Albizu", para no ir muy lejos, el actor Piquer encarnando cada noche a Gedeón, deleita a la turba de beodos que llena el lunetario con todo tipo de burlas y denuetos, más o menos ingeniosos, dirigidos contra los yanquis. Entre sus numerosas coplas, se ha hecho muy popular una que dice así:

"Las mujeres de los yanquis
son muy feas y muy sosas
y en lugar de camión
usan camisetas cortas..."

No sólo motiva al ingenio hispano, en estas circunstancias, hacer burla y escarnio del enemigo, sino también las difíciles circunstancias por las que atraviesa la vida cotidiana, pues los paseantes endomingados y los teatros repletos no impiden que se tenga que apelar a todo tipo de alimentos para no perecer de hambre. Abundan las obritas canallescas donde los actores y autores se burlan de lo que se ven obligados a engullir los pobres habaneros para poder subsistir. En el "Irijoa", un italiano hispanófilo llamado Luis Roncoroni ha estrenado un drama tan truculento, bajo el título de "Pancho, el guerrillero", que un señor sentado a mi lado la noche del estreno no pudo dejar de comentar con sorna, al ver las "hazañas" del protagonista contra cubanos y norteamericanos: "¡Ni el Cid Campeador contra el Rey Bucar en Valencia; ni Alfonso Octavo contra Mohamed Ben-Yacub en las Navas de Tolosa!".

Como podrán apreciar, aquí está a punto de perderse hasta el honor, pero no el humor. ¿Se mantendrá a esta altura el espíritu público si comienzan a llover sobre las casas, los paseantes, los músicos y maese Roncoroni, los proyectiles de artillería de la escuadra enemiga? Particularmente creo que así será, y no porque sea cosa de hacer caso a Bando alguno, sino porque está en el alma de un pueblo que supo enfrentarse y hacer correr, un día como hoy, a la flor y nata de los ejércitos imperiales franceses.

Y para despedirme, queridos tíos y primos, no puedo sustraerme a la tentación de copiarles otro fragmento de los papeluchos inútiles del General Arolas, porque lo tengo ahora ante mí. Se trata de un nuevo Bando, este del 27 de abril, que dice:

"Que siendo necesario en las presentes circunstancias aminorar, ya que no pueden evitarse por competo los peligros de los incendios que pudieran ocurrir, por encontrar materiales explosivos e inflamables que contribuirían a dar a aquellos mayores proporciones; siendo ineficaces las ordenanzas municipales, he tenido a bien disponer:

Artículo 1: Quedan terminantemente prohibidos los depósitos de artículos inflamables y explosivos, excepto las cápsulas para fusiles y revólveres, en el perímetro de la ciudad..."

Lo interesante de esta graciosa y soñadora disposición del General Arolas, es que toda la ciudad es un enorme polvorín al aire libre; que bastarían unos pocos proyectiles incendiarios para

reducir a cenizas todo lo que nos rodea. ¿Y qué son, sino, los grandes paquetes de sus propios Bandos que consigo de contrabando en la Imprenta del Gobierno, y que tan útiles me han sido a la hora de rellenar los cojines para los difuntos en estos tiempos de escaseses? ¿No podrían provocar un inmenso incendio si alguien acercase a ellos una llama, por pequeña que sea?... Y hasta aquí llego con esta carta que aspira a burlar el bloqueo, porque un cierto tufillo a quemado y un aire caldeado me hace salir del catafalco donde les escribía y llamar a voces a los obreros para revisar las estancias de mi negocio, no vaya a ser que por acumular tantos Bandos prohibiendo los materiales inflamables termine todo reducido a cenizas. En resumen, que nada hay más inflamable que la prosa política...

Siempre los quiere, y ojalá que lo que me temo no sea...

Su Joaquín.

Carta Decimoquinta

La Habana, 12 de mayo de 1898

Mis queridos tíos y primos:

La situación en esta ciudad y en la Isla se mantiene más o menos estable, o sea, de mal en peor. La guerra no ha empezado, pero en las calles las bajas son evidentes. El bloqueo decretado contra el comercio ha provocado que los primeros muertos sean... muertos de hambre. ¡Como si los muertos de hambre no abundasen ya aquí con la guerra entre cubanos y españoles, que va por tres años, y con la desdichada Reconcentración de Weyler!

Cuando han comenzado a escasear las mercancías, se han disparado los precios. Como siempre, los pobres son los que más sufren estas circunstancias. Los ricos saben defenderse, y los comerciantes, que son casi todos españoles, se han olvidado de sus habituales monsergas sobre la unidad de raza y religión, tratando a todos como a enemigos a la hora de tazar sus mercancías, incluyendo a sus paisanos. Los precios que ponen a sus géneros estos patriotas, estos furibundos partidarios de "España con Honra", son como preparados para causar sufrimiento y dolor a sus clientes, nunca para aliviarlos. Parece como si estuviesen al servicio del enemigo; como si los hubiesen enviado al interior del país para causar problemas y divisiones, en momentos en que tanta falta hace que estemos unidos ante los inmensos peligros que nos acechan.

La hora de las compras es ahora, la hora de los dolores. Cuesta mucho trabajo que las criadas y cocineras de las casa pudientes vayan de mercado: hay que obligarlas y amenazarlas con dejarlas en la calle, si no cumplen con sus deberes, para que se aventuren en esas colas interminables, repletas de gente vociferantes y malencaradas, para tratar de traer a casa algo que comer, casi siempre de pésima calidad y a precios exorbitantes.

Hace apenas dos días, mientras me dirigía a visitar a unos buenos clientes que necesitaban de los servicios de mi casa de pompas fúnebres, pude presenciar una verdadera batalla campal entre hombres y mujeres que se disputaban unos sacos de galletas. Supé luego que eran las galletas que un Guardia Civil había incautado a un especulador y que llevaba junto al detenido, en calidad de prueba testifical, cuando tuvo la escasa fortuna de resbalar con una cáscara de plátano y venir al suelo con su carga, en medio de un gentío que esperaba por pan a la puerta de una de las escasas panaderías que aún elaboran este producto, con sabe Dios qué harina.

Cuando el detenido, un mulato medio chino, de los recovecos de la calle de Zanja; de los tugurios donde los cantoneses fuman opio y venden frituras de origen incierto y sospechoso, vio en el suelo a su captor, no se le ocurrió nada mejor que gritar: "¡Vaya, caballeros, galletas gratis y por la libre, obsequio del Capitán General a los buenos españoles y cubanos!", escabulléndose de inmediato en medio del revuelo de aquella turba hambrienta que se disputó a golpes, no digo yo la última galleta, sino hasta la camisa y el pantalón del infeliz Guardia Civil, puesto fuera de combate a los primeros golpes.

A una velocidad que sólo se ve en gente que desfallece de hambre, en medio de un mar de cabezas desgredadas y gritos soeces de todo tipo, desapareció el saco de aquellas galletas; desaparecieron las escasas migajas que tocaron el suelo, y de no ser por el guardia desfallecido y semidesnudo que quedó sobre los adoquines, nadie hubiese podido decir que allí había tenido lugar lo que acabo de contarles, y que pude presenciar por mi mismo. El primero en desaparecer, por supuesto, fue el chino mulato de Zanja. Y para mayor burla de los hambrientos, o mejor dicho, para regocijo de los especuladores, señoreaba, sobre esta patética escena, en la misma pared de aquella panadería, el Bando del General Don Juan Arolas y Esplugues, que en su Tercer Artículo rezaba:

"La libra de pan de 460 gramos de peso no podrá venderse a mayor precio de 15 centavos, ni exigirse en fracciones menores de media libra. Cualquiera falta en el peso o aumento en el precio será considerada como contravención de lo dispuesto y los responsables juzgados por el Código de Justicia Militar".

"A falta de pan, casabe", reza un viejo refrán de esta tierra, con el cual se recomienda a quienes carecen del alimento, que se contenten con cualquier sucedáneo de menor calidad. El casabe es una especie de torta de harina de yuca que fabricaban los indios. Pero en medio de este bloqueo de la escuadra yanqui, a falta de pan... galleta. ¿Saben cómo preparan las galletas los habaneros, antes de comerlas? Primero, las sumergen en agua; luego, las tuestan con una plancha, y por último, las tragan soñando que lo que ingieren es pan de la mejor calidad, para lo cual se necesita una imaginación muy florida, de la que hacen gala los nacidos en estas tierras.

Muchos de los señores pudientes de esta ciudad compran a los soldados el negro pan que les da Intendencia, como ración de campaña. A dos pesetas se venden unas hogazas deformes, que deben considerarse advenedizas en medio del lujo habitual de los manteles de hilo y los cubiertos de plata que adornan las mesas de los ricos criollos. Y a pesar de este precio desafiado por algo de tan baja estofa, cuesta trabajo encontrar las tales hogazas de pan. A este punto hemos descendido, gracias a la tenacidad de los marinos bloqueadores.

Otra forma de burlar el bloqueo, o mejor dicho, de procurarse el pan, consiste en ir a algunos de los muy abundantes Cafés habaneros y pedir un servicio completo de café o chocolate, pan y mantequilla. Si no es con servicio completo, no se despacha el pan. Si se despacha el pan, se debe consumir en el propio local, pues está expresamente prohibido que se lleve a la calle. Pero "el que hizo la ley, hizo la trampa", como dicen los cubanos. Por cinco pesetas puede Usted llevarse a la casa una libra de buen pan, sin necesidad de tener que tomarse diez tazas de café o chocolate de una sentada. Y una forma más, que un caballero amigo mío presenció desde el balcón de su residencia: un hombre joven se presentó a un puesto de fritura de un chino, de los que venden los llamados "bollitos", una especie de fritura de judías que sabe lejanamente a pan, y pidió cien, los devoró delante del vendedor en un santiamén, dándose luego a la fuga por no tener con qué pagar, seguido por los gritos del chino.

En resumen, que se hace difícil pedirle a los habaneros que se mueran disciplinadamente de hambre; que se mueran suspirando por el pan de verdad y cumpliendo rigurosamente lo que el bueno del General Arolas deja establecido en sus Bandos. Llegado el momento de las deci-

siones, siempre optarán por la burla a todo lo establecido, si en ello les va la vida. En un país como este, no hay lógica más respetada, ni autoridad más universal y totalmente acatada que la de la sobrevida. Todo lo demás, incluyendo la salvación de las almas, se posterga cuando llegan las razones de la vida terrenal, los llamados del cuerpo, antes que los del espíritu.

Es probable que con esta peculiaridad de los cubanos hayan contado los norteamericanos a la hora de escoger el bloqueo naval, como pieza clave en su estrategia contra la presencia española aquí. Pero se equivocaron al subestimar a este pueblo capaz de dedicarse a las más refinadas tretas de la picaresca y el engaño, y también de inmolarsé por una idea, por un sueño, como lo es el de la independencia. ¡Si supieran que cuando estalló la lucha, en febrero de 1895, allá por el Oriente, entre los primeros en alzarse en armas contra el Gobierno estaban los llamados "Tacos de la Acera del Louvre", una cofradía de juerguistas jóvenes, de las más adineradas familias criollas, nacidos en cunas de oro, criados "a toda leche", como dicen por acá, que no titubearon en irse al monte a pasar hambre, a vivir con los negros y los miserables, a morir con ellos por hacer a Cuba libre!

Como Ustedes saben, queridos tíos y primos, yo nunca he sido un experto en cuestiones militares, ni he rebasado el nivel de soldado voluntario a la fuerza, como obligaba a sus empleados Don Bonifacio Segura y Ezpeleta. Pero puedo predecir que con bloqueos se puede molestar, hacer la vida más dura a quienes habitamos esta Isla, pero no se puede rendir por hambre a quienes están habituados a vivir con hambre. A fin de cuentas, para ocupar esta tierra hay que desembarcar tropas, y entonces ya se verá qué pasa.

Es probable que los cubanos no estén muy de acuerdo con que otras tropas vengan a sustituir a las fuerzas españolas, en la tarea de ocupar su suelo. Nadie sabe cómo van a reaccionar los Jefes al estilo de Máximo Gómez o Quintín Banderas cuando vean que los soldados del Norte quieren darle órdenes en el terreno que vienen regando con su sangre, desde hace tantos años. Yo no soy adivino, pero no creo que nadie pueda unir cosas tan disímiles, tan opuestas, como un yanqui y un cubano. En este caso, "que nadie trate de unir lo que la Naturaleza ha separado".

Pero mientras estas ideas me asaltan, comprendo que nadie sabe cómo va a terminar todo esto. Los buques norteamericanos son perfectamente visibles desde el Malecón; de vez en cuando les da por lanzar algunos cañonazos contra las defensas costeras o los buques mercantes que tratan de entrar o salir del puerto: el General Arolas sigue empapelando la ciudad con sus Bandos inútiles; la gente lucha por sobrevivir, y yo me muero de ganas de comerme un buen pan, un pan hecho con harina de verdad, un sencillo pan untado con aceite de oliva y ajos, o con mantequilla cremosa, o con un buen trozo de queso manchego... ¡Qué poco, y a la vez, cuánto necesita el hombre para ser feliz!

Suspirando por un trozo de pan se despide de Ustedes uno de los habaneros bloqueados, uno de los leales españoles de Cuba que esperan refuerzos de la Madre Patria, y sobre todo, buena harina, y tocino, y queso, y jamones, para poder sostener la bandera de la integridad nacional ante tantos peligros y acechanzas del enemigo que nos quiere rendir por hambre. Siempre los recuerda.

Joaquín.



Mambises a caballo

Carta Decimosexta

La Habana, 20 de mayo de 1898

Mis muy queridos tíos y primos:

En medio de la incertidumbre y las angustias del bloqueo yanqui a La Habana, hoy hemos vivido una extraña jornada de euforia y alegría; de gente en las calles, como si fuese Navidad; de petardos, que no cañonazos, hechos estallar por los muchachos, y de comida, ide mucha comida, y hasta sidra repartida a todos los transeúntes por los comerciantes españoles de las calles Mercaderes y Obispo!

No, no se ha firmado la paz, ni hemos bloqueado a New York, ni se nos han unido las tropas de Máximo Gómez, que si esto ocurriese, de poco le servirían a los tocineros sus acorazados ni otras puñetas, pues con la retaguardia segura la cosa se decidiría tranquilamente en tierra, donde el soldado español, ¿y por qué no decirlo?, también el cubano, es invencible. En realidad, queridos tíos y primos, el motivo de tanto jolgorio es un poco más modesto: es que ayer, según publicaron hoy los periódicos, la Escuadra del Almirante Cervera ha entrado tranquilamente en Santiago de Cuba, burlando a todos los bloqueos y buques yanquis, poniéndole, de paso, al Almirante nortño un rabo del tamaño de... su bloqueo.

Bueno, aunque desde allá pueda parecer esto un motivo baladí, y no suficiente para tanto ruido, la verdad es que cuando la gente sólo recibe malas noticias durante cierto período de tiempo, cualquier noticia buena, por ridícula que sea, es capaz de levantar los ánimos y sacar a las turbas gozosas a la calle.

Los primeros que han estallado de alegría han sido, como era de esperar, los comerciantes españoles, que siempre hacen gala de su españolismo intransigente cuando hay buenas noticias para el precio de sus garbanzos o las ventas de sus tocinos. Estos salieron en bandadas, desgredados y sucios, de detrás de sus mostradores y tiendas casi vacías, para recorrer media ciudad vociferando contra los enemigos, ciertos o supuestos, entre los cuales ubican, nebulosamente, a los mambises, McKinley, Pi y Margall, Máura, Martínez Campos, Inglaterra, los turcos y los judíos, obligando a todos los que se hallaban al paso a brindar, con botellas de sidra y ron peleón, por la segura victoria de las armas españolas y los milagros de Santiago en el cielo.

De más está decir que el júbilo de estos ignorantes fue compartido por todos, de buena gana. No me extrañó ver, en medio de la turba y entre los que gritaban con más fuerzas vivas en honor de la Reina Regente y Covadonga, del Cid y Pelayo, a ciertos negros y mulatos, a chinos y otros criollos que sé son laborantes de pura cepa. ¡Con el hambre que estamos pasando ellos vocearían lo mismo por Dréyfuss que por sus jueces; por Cristo que por Pilatos! Cuando se pasa hambre y se está en peligro de muerte, como nos sucede, gritar es un precio aceptable para poder comer... Y como los negreros e incendiarios de Café que azuzan desde las sombras a las turbas de Voluntarios y rabiosos integristas conocen muy bien las debilidades de la carne, a nadie debe asombrar que de pronto, como por arte de magia, en

una ciudad que desfallecía hasta hace unos días por carecer de mercancías, de pan y de lo más elemental, aparezcan buenos jamones, tocino, chorizos, pan blanco, galletas, tasajo, chocolate, confituras, sidra, champagne y vino en abundancia para festejar el arribo de unos barcos a un puerto.

Como podrán suponer, y no precisamente por amor al Cuerpo de Voluntarios, ni a la Armada, ni a Sagasta, ni al Trono, ni al General Arolas, corrí a sumarme a los jamones..., perdón, quise decir a los vítores, y tuve que esforzarme para, entre vivas a no sé quién y mueras a otros tantos, pillar algunos pedazos de embutidos y bajar unos tragos de sidra. Y entre campanas lanzadas al vuelo por los curas godos, y flores que arrojaban desde los balcones las hijas casaderas de los bodegueros, de los carboneros y los matarifes, fuimos despachando a las escuadras de todas las botellas y chorizos que nos salieron al paso, llegando, heroicamente, hasta las mismas trincheras del enemigo, o sea, hasta las bodegas de un cierto señor Pánfilo Serrano, uno de los más entusiastas promotores de aquellos festejos, quien, enteramente borracho, cometió la insensatez de abrir las puertas de su negocio a aquella manada de sedientos y hambrientos, en ofrenda sublime a la Madre Patria.

No tengo fuerzas para describir en qué quedó convertida la bodega de aquel patriótico señor Serrano cuando la muchedumbre se dispersó, tras comerse y beberse todo lo que pudo arrebatarse, dejándolo en el piso, sin sentido, durmiendo la mona. Y según supe luego, no sólo terminó arruinado por su arrebató y furor bélico, sino que también perdió a su mujer, una hermosa dama de mucha menos edad que él, quien aprovechó aquella barahúnda para escapar con un amante. Y le llevaron, de paso, el reloj de bolsillo, la billetera, la gloriosa espada de un abuelo conquistador y el cepillo de dientes.

Pero lejos de dispersarse la turba, saciados todos sus apetitos gracias a la generosidad del señor Serrano, continuó su errático andar para mayor gloria del valiente Almirante Cervera y sus no menos valientes marinos, entrando en un trance siniestro, en lo que va de los vivas a los mueras. Poco se tardó, en medio de los vapores del vino y las rabias contenidas, en buscar algo o alguien en quien vengar la derrota de Cavite, el bloqueo, la falta de pan en La Habana, los precios astronómicos de los productos, el avance mambí, la indiferencia del mundo ante la humillación a que unos advenedizos sometían al Gran Imperio español, al de Carlos Quinto y Felipe Segundo, al de los Reyes Católicos y la Reconquista. No es difícil, en semejante estado, encontrar un chivo expiatorio... Y lo encontramos, sí, lo encontramos porque yo no me había separado aún del grupo, esperando recibir una recompensa aún mayor para mis estentóreos vivas y mueras.

Días antes, en una goleta enloquecida que arribó medio desarbolada a Cojimar, al este de la ciudad, huyendo por igual del mal tiempo y los cañonazos de un monitor yanqui que la perseguía, llegaron unos saltimbanquis gitanos, mitad rusos de la estepa y bandoleros serbios, deseosos de hacer circo y llenarse de plata en una tierra que no suponían en guerra. Las autoridades, no pudiendo deportarlos ni darles entrada al país a semejantes exponentes del paganismismo internacional, optaron por permitirles hacer campamento en la misma orilla, junto a la espectral nave que los había traído. Superada la curiosidad de los chiquillos, aquellos gitanos cargados de argollas y anillos, de largas melenas y puñales al cinto, con sus perros y osos, sus palomas y pulgas amaestradas, llenaron de artulugios misteriosos y fogatas para cocinar toda

la costa, dedicándose a reparar calderos y amolar todo lo que necesitase ser afilado.

Se hace difícil saber ahora quién tuvo la idea de acusar a aquellos buscavidas de ser la avanzada de la inminente invasión yanqui, una especie de pelotón de exploradores encargados de ubicar las defensas costeras de la ciudad para propiciar la degollina de sus habitantes, mientras dormiesen. Alguien dijo haberlos visto haciendo fuegos y señales de humo a la flota enemiga; otro, que sus palomas mensajeras iban y venían, trayendo indicaciones secretas y órdenes terribles de envenenar los aljibes y fuentes de La Habana. No faltó quien los acusase de profanar las hostias consagradas de la Catedral y a las niñas de buena familia. Suficientes acusaciones...

La turba cargó contra el campamento gitano como si se estuviese decidiendo allí toda la contienda. Pero aquellos guerreros ancestrales no perdieron tiempo en indagar la causa de aquel ataque. Siendo como eran, parias en todos los países que atravesaban, disponían de una organización tribal, casi militar, que incluía centinelas y recintos fuertes dentro de sus campamentos. No hubo, en realidad, sorpresa por parte de los atacantes. Fuimos nosotros, para ser justos, los sorprendidos...

Al caer la noche, tuvo que salir de la ciudad un piquete de caballería y algunas ambulancias de la Cruz Roja para agrupar a los contendientes dispersos y brindar auxilio a los numerosos heridos de ambos bandos, sobre todo del bando atacante. El espectáculo era muy extraño: pasaban negros perseguidos por osos hambrientos; gallegos apaleando a turcos; chinos rodando por el polvo con gitanos barbudos prendidos a sus flacos pescuezos; catalanes y canarios apedreando perros y palomas de raros pelajes y plumajes; mulatos vociferando de dolor, atacados por plagas invisibles (¿las pulgas amaestradas?) que se lanzaban al agua para escapar de sus invisibles atacantes; curas medio borrachos que clamaban por el Vade Retro y una nueva Cruzada contra los herejes; muchachos peleando por apropiarse de los anillos y argollas doradas que caían en la arena en medio de la trifulca general... Y para terminar, debieron creer los sitiadores y bloqueadores que se encontraba en la orilla una gran tropa acantonada, a juzgar por las fogatas y gritos, pues comenzaron un furioso bombardeo contra aquel sector de la costa, como si allí se encontrase la Escuadra del mismísimo Cervera...

¡Cosas de la guerra, cosas del bloqueo, cosas de la vida cuando tantos sentimientos encontrados se unen!

Mis queridos tíos y primos: así andan los asuntos por esta Isla de Dios y de la Corona española... Pero, ¿por cuánto tiempo?

Espero que la llegada de Cervera a las aguas antillanas signifique un equilibrio de las fuerzas en pugna, y esto haga que ambos contendientes se midan a la hora de atacarse. Y que esta prudencia nos lleve a la paz.

Si esto sucede, puede que tengamos suficiente tranquilidad para dedicarnos a perseguir y capturar a las pulgas amaestradas de los gitanos que se desparramaron por media Habana en las ropas de los atacantes de su campamento. Ellos se hicieron a la mar tras el ataque, renegando de haber pisado tierra de locos, importándole poco los cañones de los yanquis.

Consiguieron reagrupar a sus osos, perros y palomas antes de zarpar. Pero no a las dichasas pulgas...

Mientras me arrasco como un poseído y les escribo, estoy por pensar que no eran tan inocentes estos gitanos. Bien pueden haber cobrado, en oro americano, el servicio que prestaron a nuestros enemigos... ¡Maldita sean la pulgas paganas!

Siempre los quiere:

Joaquín.



Soldados españoles con niños cubanos del campo

Carta Decimoséptima

La Habana, 19 de junio de 1898

Mis siempre recordados tíos y primos:

¡Al fin una carta de Ustedes, una carta de aliento y esperanza en medio de esta enorme desesperanza que es vivir medio borrado del mundo, por obra y gracia de esa refinada tortura que es el bloqueo! Creo que en circunstancias, como las que vivimos todos los que estamos a lomos de esta isla, algo tan aparentemente trivial como puede ser enviar y recibir cartas, justifica este apego que tenemos a la vida. Es realmente asombroso que un ser humano se pueda sentir tan gratificado y reconfortado en medio de penurias y preocupaciones, con la sola presencia de un pequeño, ínfimo, casi insignificante pedazo de papel. Pero lo que hace grande y poderosas a las cartas es su sentido de la orientación; el no errar el camino; el hallar siempre a sus destinatarios y poder cumplir con el encargo que alguien, muy lejos, les dio para nosotros. Las cartas que recibes te dejan la sensación de que son más inteligentes que todos los que se han esforzado en vano en cerrarles el camino hasta tus manos, yanquis incluidos.

Me causó mucha alegría saber que han recibido el dinero que les envié. Pocas cosas pueden darme mayor alegría que compartir mi dinero con Ustedes. Saben que quienes, como yo, deben su bienestar a un golpe de suerte no suelen ser muy tacaños con lo que tienen, y lo comparten. En eso somos muy superiores a quienes han labrado su fortuna con inmensas privaciones y sacrificios. Quiso Dios que mi camino fuese corto; que el Señor me indicase un atajo y no me reservase el mezquino destino de los dependientes, bodegueros y tenderos roñosos.

No puedo quejarme de mi suerte, y si no fuese por la guerra, sería hoy uno de los hombres más felices de la Tierra. Mi negocio de pompas fúnebres marcha bien, como era de esperar en un momento como el que viven estas pobres gentes. A decir verdad, muertos son los que aquí se sobran, aunque la mayoría de ellos no pueda aspirar al descanso eterno en uno de mis féretros, y tenga que volver al polvo sin más lujo que una mala camisa.

Es muy probable que Ustedes se estén preguntando acerca del destino de Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, mi antiguo patrón, hombre terrible y desquiciado al que tuve que mantener cuando todos sus odios y obsesiones llevaron su mente al extravío total. El castigo divino se cebó en quien vivió para desatar una guerra que nunca pudo disfrutar. Al menos eso pensaba yo, hasta que los últimos acontecimientos me han demostrado que ningún juego está cerrado hasta el último momento, y que esa especie de gato ladino que es Don Bonifacio tiene tantas vidas como malos pensamientos.

Les haré corto el cuento: toda su locura era fingida; todo su alelamiento era una farsa. Nada mejor se le ocurrió que simular esa grave enfermedad mental, dejarse utilizar como si fuese un muñecón de feria, deambular como saltimbanqui y comer de mi mano, para poder rehuir a sus innumerables acreedores. Su ferretería estaba hace mucho rato bajo hipoteca. Su aparente dedicación a la política, en detrimento de sus negocios, no era más que el último recurso para

burlar el peso de la ley. En el fondo, nos usó sin misericordia, como dueño de la ferretería, y como supuesto lunático; como despiadado comerciante, sanguijuela de sus paisanos, y como menesteroso, dependiente de la caridad pública.

Cuando lo creía inofensivo, dio el salto y atacó, llevándose un botín nada despreciable. Actuó como el tigre que siempre fue, despreciador del derecho ajeno, astuto despojador de los indefensos, aún cuando estos, como es mi caso, hayan sacrificado parte de su patrimonio en su beneficio y manutención. Nada lo detuvo cuando, tras engañar a todos, desapareció con una buena suma de mi dinero. Vivió, hasta ese momento, a mi amparo. Desde que la fortuna me había sonreído nada le faltó. Tampoco cuando tenía que ganarme la vida en el albur de estas calles. No me duele el dinero, sino el engaño.

Para poder atender a Don Bonifacio, mientras yo trabajaba en la funeraria y me daba la vida de un verdadero caballero, tomé a mi servicio a un negrito flaco que todos llaman Luis Sirope, especie de gitano tiznado a juzgar por su rapidez con las manos si se trataba de dar un caluroso saludo a la cartera de los transeúntes. No me preocupó mucho que Luis Sirope fuese un raterillo de las calles habaneras, porque al no haber nadie a quien robar estaba obligado a cuidar su colocación. Puedo juzgar, por lo escuálido de este carterista, lo difícil que está la vida en La Habana. Con mucha más rapidez que lo que hubiese tardado en desaparecer el monedero de un banquero, este infeliz desapareció una enorme fuente de yuca hervida, rociada con mojo de ajo y limón, el día que lo recogí de la calle.

Con este Luis a mi servicio pude dedicarme mejor a mis asuntos, sin tener que sentirme culpable en las tertulias y paseos a las que me invitaba una aristocracia senil, muy ligada al poder español en la Isla, y que al igual que este se encontraba en el crepúsculo de su otrora esplendor. Nosotros, queridos tíos, los que hemos sufrido mucho por venir de abajo, no podemos disfrutar a plenitud sin antes pensar en los que están a nuestro abrigo y dependen de nosotros para poder vivir. Ocurría que cuando iba a tragar algún bocadillo servido en bandejas de plata, o cuando alzaba la copa, me entraba una fuerte picazón y tos al pensar en Ustedes, y en el lelo de Don Bonifacio, que seguramente carecían de aquellas delicadezas. No podía evitarlo: se me hacía un nudo en la garganta al pensar que gente a la que estimaba o tenía el deber de proteger, no podían disfrutar, como yo, de tales delicias. Luis Sirope vino a darme paz, pues mientras estaba en aquellos saraos, él se encargaba de atender y alimentar a Don Bonifacio.

Desde que Dios había puesto en mi camino aquella fortuna que encontré en el carruaje de Mr. Grover Cleveland, y tras invertir en mi negocio, había escondido el resto del dinero bajo un ladrillo flojo del pequeño patio de mi casa. No se si les he contado que logré una, por un alquiler risible, pues se halla muy cerca del llamado Torreón de la Chorrera, o sea, cerca del mar y en consecuencia, expuesta a los posibles disparos de la Flota bloqueadora norteamericana. Todas las propiedades que se hallan en zonas costeras están, o abandonadas, o en alquiler. La gente pudiente que no ha podido salir del país, se ha marchado tierra adentro, como los cangrejos después del desove, pero siempre al amparo de las guarniciones españolas que aún se hallan dislocadas en este territorio. De este buen escondrijo el dinero desapareció, se esfumó, fue robado...



Niños reconcentrados en La Habana reciben comida

Nunca pude imaginar que aquel aparentemente ciego, sordo y mudo Don Bonifacio; aquel despojo humano que se mantenía con vida, gracias a mi bondad, no dejaba de espiar ni uno sólo de mis movimientos, esperando el momento exacto para alzarse con mi fortuna, como en verdad hizo, cuando la ocasión le fue propicia. Para que tengan una idea de lo dotado que está este despiadado engendro del mal, baste decir que no sólo burló mi buena fe, sino que aprovechó la muy ligera siesta que Luis Sirope acostumbraba a dormir, después del almuerzo, para desvalijarme y levantar el vuelo hacia rumbo desconocido, no sin antes despojarlo de dos anillos que tenía en los dedos, una cadena que tenía colgando del cuello, el cinturón que le ceñía el pantalón a la cintura, y un diente de oro, que era su orgullo, y que le garantizaba cierto predicamento entre sus cófrades del inframundo habanero. No me pregunten cómo lo hizo, porque lo hecho no tiene explicación: simplemente lo hizo, y se marchó.

Debo decir, queridos tíos, que la suma robada fue cuantiosa, pero mi previsión al adquirir el negocio me ha puesto a salvo de tener que volver al horror de una ciudad que, como todas las ciudades, es una cuando tienes dinero, y otra muy diferente cuando no tienes ni donde caerte muerto. Después de lo ocurrido, he tenido que recortar algunos gastos, retirarme de frecuentar a ciertas personas y echar a andar el rumor, para salvar mi crédito, de que mi momentáneo abandono del gran mundo se debe a la pérdida inesperada de un familiar a quien quería mucho, muerto en olor de santidad, ejemplo edificante para los jóvenes, hombre de limpias manos, probidad y proverbial prodigalidad, llamado Don Bonifacio. Tal es la hipocresía de estas gentes que me han enviado no pocas tarjetas de pésame, lamentando el fallecimiento de... "ese prohombre inmaculado, tan querido por toda la sociedad habanera, que fue en vida Don Bonifacio".

En honor a la verdad, aparte de la sorpresa que me llevé al comprender que Don Bonifacio estaba más saludable y cuerdo que todos nosotros, no he lamentado mucho el haberme librado de él. Quien no lo ha perdonado y anda tras su pista es Luis Sirope, dice que para desquitarse el escarnio sufrido en su honor profesional, lo cual le ha traído no pocas burlas. Si no se ha ido del país y es hallado por Luis Sirope, de seguro tendrá problemas, porque Luis me ha jurado que pertenece a una potencia ñañiga, y que quien le ha faltado a su honor de hombre, no vivirá para contarlo.

¿Qué decirles de la marcha de los asuntos, de esta extraña guerra entre Estados Unidos y España? Pues que en ella la actitud de unos y otros me recuerdan la de Don Bonifacio: fingen, espían, se preparan para llevarse el botín, no atacan de frente, esperan un descuido del adversario para beneficiarse, sin arriesgar demasiado. Hasta la fecha, todo se ha reducido a escaramuzas navales, captura de buques mercantes en alta mar, bombardeo de zonas costeras sin causar daños mayores, noticias de que se alistan expediciones formidables para iniciar la campaña en tierra. En lo que concierne a los cubanos, dicen que el arribo de los americanos es como la lluvia para los campesinos: buena si cae, buena si no cae.

No creo en esta guerra. No creo en Don Bonifacio. Nadie me puede hacer creer que todo va a cambiar para bien, que todo terminará felizmente. Mientras tanto, Luis Sirope, olvidado ya de su hambre ancestral, anda como loco, tratando de borrar la mancha recibida. Y eso, mis tíos queridos, es como si le mordiese por dentro otro tipo, mucho peor, de hambre.

Siempre los quiere, su Joaquín.

Carta Decimoctava

La Habana, 25 de junio de 1898

Tíos y primos queridísimos:

Confieso que me he equivocado al apreciar la marcha de los acontecimientos que han mantenido en vilo a los habitantes de esta Isla de Cuba, desde que los Estados Unidos declararon la guerra contra España. A decir verdad, lo ocurrido hasta ahora presagiaba que esta iba a ser como una de esas peleas entre guapos de barrio, entre compadres que se disgustan por un motivo baladí, se insultan con grandes voces, se mientan las madres y a toda la parentela, hacen el amago de lanzarse uno contra el otro, con muchos aspavientos, juramentos y amenazas, piden que los sujeten, que los aguanten para no matar al rival... y terminan sin darse una galleta, sin recibir ni un rasguño, abrazados y llorando de arrepentimiento como dos Magdalenas, insistiendo en pagar los tragos y jurándose amistad eterna.

Así parecía que iba a ser esta guerra, hasta hace tres días, cuando de manera inesperada y por el lugar menos pensado aparecieron los buques de la flota expedicionaria norteamericana, un verdadero enjambre de acorazados, cañoneras, buques de transporte y hasta yates de millonarios que no quisieron perderse la fiesta. Y lo peor de todo, queridos tíos y primos, no es que se hayan aparecido por Santiago de Cuba y Guantánamo, cuando se les esperaba por los alrededores de La Habana, sino que, casi sin dificultad alguna, como si se tratase de un viaje de placer, desembarcaron, entraron como Pedro por su casa y ya han tenido los primeros combates.

Las reacciones que tales noticias han causado en La Habana han estado en relación directa con quienes las leen en los diarios, como es el caso del "Diario de la Marina". Uno puede deducir a cuál de los partidos en pugna pertenece el lector de una misma noticia, por ejemplo, de la que nos dio a conocer el día 23, que pocas horas antes, por una playa y embarcadero de mineral llamada Daiquirí, a unas escasas leguas de Santiago de Cuba, se había producido el primer desembarco de la guerra, o mejor dicho el segundo: los que ríen a carcajadas, como si estuviesen divirtiéndose con los dibujos satíricos de "La Campana de Gracia" o "Blanco y Negro", son cubanos, laborantes por más señas, gente que oculta sus preferencias independentistas para cuando llegue la hora; los que callan, leen en obstinado silencio y tienen caras de quienes están sufriendo un ataque de almorranas, son los integristas al estilo de Don Bonifacio, o sea, los que no admiten que pueda cambiar en Cuba ni siquiera las fases de la luna, no hablando ya de su sujeción a la Corona española; por último, están los que leen la noticia con ojos de quien cuenta dinero. Estos pueden ser cubanos y españoles, son los menos, pero son los que van mejor vestidos y viajan en coches elegantes; son los que nunca pierden y apuestan al seguro, los que no tienen más patria que sus cuentas de banco, ni más brillo que el de sus botines. Son, en resumen, los que creen que una victoria norteamericana y la probable anexión a esa nación les abultará los bolsillos, aún más.

Los comerciantes recalcitrantes de la calle de Obispo, los eternos comilitones de Don Bonifacio, los siempre vociferantes oficiales y patrocinadores de los batallones de Voluntarios,

andan por estos días, como dicen los cubanos, con el moco caído. Con su desmoralización demuestran que el valor que derrochaban cuando apaleaban negros y criollos por cualquier motivo, dependía del vigor de un imperio que, hoy por hoy, yace moribundo en el suelo, a punto de estirar la pata. Dicen las malas lenguas que estos patanes, que malamente hablan el castellano, están recibiendo a escondidas clases de Inglés, preparándose para dar la bienvenida a los que creen serán los nuevos amos. ¡Casta de Caín, gentuza sin alma ni convicciones, busconas baratas, virullas de solar!

Y si los "incondicionales", los acérrimos defensores de "España con honra" andan de capa caída, y la calle Obispo, su santuario por estar ubicados allí sus comercios, está tan silenciosa como si por ella hubiesen arrastrado a un muerto, no menos desconcertadas andan las autoridades militares y el Gobierno autonómico, burladas, ignoradas, arrolladas por los acontecimientos, incapaces de dar orden alguna, o disposición verdaderamente efectiva para enfrentar a la locomotora yanqui que les embiste. Digan lo que digan, para mí, que esto es farsa y opereta, o mejor dicho, zarzuela de la peor, remedo de los tiempos gloriosos en que España infundía pavor a sus enemigos. Hoy no puede inspirar más que lástima.

Pero los periódicos traen noticias de la península que corroboran este sentir. En vez de levantarse el país, como un solo hombre, ante el avance insolente de sus enemigos; en lugar de movilizar a todos los aptos para la lucha, que puede ser larga y desigual; cuando todos los recursos y los esfuerzos debían dirigirse a levantar reductos, fortificaciones, emplazamientos artilleros, botar al agua buques de combate modernos, armar bien a los soldados y alimentarlos como Dios manda, se dedican las energías de los españoles a llenar los teatros, perseguir a coristas y cupleteras, irse de farra, burlarse del peligro y soñar que la época de los milagros aún no ha terminado, y que en el momento preciso, cuando las hordas de los bárbaros yanquis estén a punto de ocupar Madrid, aparecerá en el cielo Santiago sobre su caballo blanco, con sus armas rutilantes y una legión de ángeles para guiar a las huestes de la Cristiandad, o sea, a nosotros los españoles, hasta las puertas de Washington.

Lo que nadie dice, lo que callan los periódicos de aquí y de allá, es que si ahora mismo apareciese Santiago en el firmamento convocándonos a la guerra santa contra el invasor, lo más probable es que tuviese que regresarse por el mismo camino por donde vino sin que nadie le hiciese caso. Hemos llegado a tal extremo de disolución y decadencia que cualquier corrida de toros, sobre todo si la disfrazamos, como se hace por estos días, de "corridos patrióticos", convoca a multitudes delirantes y beodas, a las que poco importa si se acercan los yanquis o los turcos. Y bien pagado debía sentirse Santiago, de regreso a la Gloria si pudiese hacerlo a lomos de su caballo blanco, pues lo más probable es que, al menor descuido, se lo roben.

Y a propósito de robos, puedo decirles que las afanosas búsquedas de Luis Sirope han dado algunos frutos, pues si bien no ha encontrado todavía al truhán de Don Bonifacio, hemos podido conocer pistas que, tarde o temprano, nos llevarán a su localización. Hemos sabido, por ejemplo, que un sujeto con algunas de sus características y que se presentaba como "el Profesor McIntosh" a pesar de su evidente acento gallego, había estado enseñando Inglés a los patanes de la calle Obispo mediante clases que cobraba a precio de oro. Su extraño método educativo partía de la exigencia de enseñar primero, en privado y a solas, a las doncellas de la casa, ya que estas serían instruidas para actuar como repasadoras de sus padres. El des-

cubrimiento hecho por uno de aquellos mercaderes, algo más avisado y desconfiado que los demás, de que los métodos del "Profesor McIntosh" incluían la transferencia de los conocimientos a sus discípulos por vías y mediante contactos no ortodoxos, o mejor dicho, francamente sospechosos, provocó la precipitada desaparición del misterioso personaje, no sin antes saberse que había estado también vendiendo, por supuesto que a precio de oro, banderas norteamericanas y pequeñas réplicas de la "Estatua de la Libertad" a las que reputaba como importadas de ese país, y que en realidad eran fabricadas por costureras y artesanos del barrio de Atarés.

El hecho de que "el Profesor McIntosh" haya estafado y engañado en su buena fe a los incautos, tal y como hizo con nosotros Don Bonifacio, y que además, supimos luego, les haya cambiado joyas y monedas de oro por billetes falsos de veinte dólares, los que fabricaba con la ayuda de sus compinches en una imprenta del Cerro, nos hizo pensar que estábamos en presencia de la última transformación del mismo hombre. Las pistas que pudo hallar Luis Sirope, eficazmente auxiliado por sus ecóbios o cofrades, nos permiten suponer que se ha dirigido hacia la ciudad costera de Santa Cruz del Sur, en el oriente del país, mezclado con los acompañantes de una delegación del Gobierno autonómico que pretende lograr de los mambises, o al menos de su Gobierno en Armas, una especie de armisticio o alianza para poder enfrentar el desembarco del enemigo.

No nos hemos descorazonados por la fuga de Don McIntosh, el falso profesor de Inglés, el falso comerciante, el falso patriota, el falso idiota. Tarde o temprano, como ocurre con el perro huevero, volverá a las andadas, regresará a esta gran ciudad conmocionada por las noticias de la guerra, olvidada de los políticos de la Metrópoli, entregada a su suerte, Vendrá huyendo tras las fechorías que inevitablemente cometerá donde se haya refugiado; buscará refugio en los sitios donde cree que ya lo han olvidado; tratará de encontrar otros incautos, otros ingenuos, otros crédulos. Y allí estaremos nosotros para recibirlo.

Voy terminando ya esta carta, un poco extensa. Luis Sirope ha estado cepillando unas tablas para un ataúd mientras yo escribía. Veo ahora con qué dedicación, casi con deleite o placer, pasa la herramienta por la superficie de la madera. Su mente está lejos, quizás buscando por los mares erizados de buques enemigos al que lleva a quien lo ha ofendido en su honor de delincuente. Sus labios apenas se abren, pero comprendo que está rezándole a sus santos para que le guarden la vida del que huye; para que ni las balas yanquis, ni la soga de los insurrectos acabe con la vida que le pertenece, que pertenece a su venganza. No necesita decirme para quien es ese ataúd que prepara con tanto celo, casi con amor.

Dicen que los yanquis han desembarcado bajo el amparo de los manigueros, y que estos les sirven de exploradores y flanqueadores; que han ocurrido los primeros encuentros sangrientos con nuestras tropas, y que están avanzando hacia Santiago de Cuba para cercarla y tomarla. No lo dudo. Esto se está acabando.

Los quiere siempre, más en estos momentos de peligro e incertidumbre, su *Joaquín*.

PD: Leo que la primera batalla fue en un punto ubicado en la carretera hacia Santiago nombrado Las Guásimas, y que aunque los nuestros se retiraron, causaron grandes bajas a los invasores. Ocurrió ayer, al amanecer.



Soldados negros norteamericanos custodian prisioneros españoles tomados en los combates alrededor de Santiago de Cuba

Carta Decimonovena

La Habana, 2 de julio de 1898

Tíos y primos de mi alma:

Los acontecimientos se precipitan. Lo que parecía iba a ser una larga guerra de desgaste, un choque de inmensas fuerzas, la porfía de dos imperios arrogantes determinados a humillarse mutuamente, aún a costa de la aniquilación de uno de ellos, no pasará de ser una de las más breves guerras de la historia: en apenas tres meses el nudo de la cuestión, al menos en su aspecto militar, parece desatado. Ayer, de acuerdo a los periódicos de hoy, tuvieron lugar en los alrededores de Santiago de Cuba los combates decisivos. Y a nadie ha sorprendido que en ellos las fuerzas españolas fueron derrotadas, aunque las norteamericanas sufrieron tales bajas que no se sabe si se consideran vencedoras.

¿Qué decir de esta guerra y de su cercano desenlace? Nunca debió aceptarla España si no estaba dispuesta a esforzarse y arriesgarlo todo para ganarla. Si una nación va a la guerra es para vencer, aunque para vencer deba tener moral de combate, y para tener esto último, no se puede estar del lado de la sinrazón y la injusticia. Claro está que me refiero a la cuestión cubana, no a los Estados Unidos.

El grave problema de esta guerra, para los españoles, es que la teníamos perdida antes de que se disparase el primer cañonazo, antes de que apareciese por aguas cubanas el primer buque de guerra de los yanquis. Estábamos derrotados antes de comenzar a pelear; estábamos derrotados desde hace mucho tiempo, desde la Reconcentración, ¿y ahora los políticos integristas, los miembros del Gabinete autonómico, que han viajado a Santa Cruz del Sur, a pedir audiencia, humildemente, a los líderes insurrectos, quieren ser perdonados y recibidos como ovejas descarriadas que vuelven arrepentidas al redil?

Para mi que, a pesar de que los cubanos no son rencorosos ni vengativos, van a tratar a estos cambiacasacas como el propio pueblo español trató a los afrancesados que colaboraron con las tropas de Napoleón, al retirarse estas derrotadas del país. Al menos los que fueron en esta fallida operación de tardío arrepentimiento pudieron regresar sanos y salvos, sólo con el desaire de no haber sido recibidos, y con el ridículo a cuesta. Como les he contado, en esa dicha expedición suponemos que escaparon de La Habana, confundidos entre los que se arriesgaban a ser cañoneados en alta mar, Don Bonifacio y el Profesor McIntosh, casi seguro, la misma persona, caras diferentes de un mismo estafador. Todos los que partieron regresaron, menos él.

Su misteriosa desaparición no tardó en ser aclarada. Claro que escondía otra de sus innumerables triquiñuelas para despistar a sus perseguidores. Una noticia de un diario de provincias, recogida en la sección telegráfica de uno de los periódicos habaneros, arrojó algo de luz sobre este asunto y nos puso a pensar sobre la suerte corrida por el aventurero. No contento con aquellas ligeras pistas sobre el paradero del hombre que nos había robado y engañado, Luis Sirope se fue a los muelles y habló con los marinos de la goleta que había conducido a los

autonomistas en su peregrinar. Las monedas que les envié acabaron de allanar los caminos. Así fue como lo contaron a Luis, entre tragos de aguardiente, sentados a la sombra de la propia goleta, inmóvil ahora por la guerra, a escasos metros de donde reposan, en el lecho de la bahía, los restos del "Maine"...

Entre los escasos pasajeros tomados a bordo, al zarpar, estaba la delegación autonomista, familiares de oficiales, un pagador militar conduciendo la paga de las guarniciones del Cuarto Cuerpo español dislocadas entre Camaguey y Baracoa, que contaba con el auxilio y la custodia de cuatro soldados, dos monjas de la Caridad que atendían un lazareto en algún pueblito de la costa sur, y el encargado del correo militar, que llevaba las cartas familiares que debían levantar la moral decaída de las tropas. También el extraño personaje que suponíamos era Don Bonifacio, y que se presentó como... "el Profesor McIntosh, católico irlandés, resistente al vasallaje de los ingleses; aliado antiguo de la Corona española, contratado por el general Linares, Jefe del Cuarto Cuerpo, como traductor de Inglés, para poder interrogar a los cientos de soldados americanos capturados por los valientes soldados de la Madre Patria al desembarcar temerariamente por los alrededores de Santiago de Cuba..."

Cuentan los marinos que el viaje transcurrió sin mayores accidentes, con un mar en calma y un tiempo excelente, sin avistar naves enemigas, a lo cual contribuyó que navegaron muy pegados a la costa y sin prender luz alguna en la noche; que no saben si las luces que vieron a lo lejos eran de los buques bloqueadores, porque estaban demasiado retiradas, mar afuera, pero que lo creen así por ser esta la costumbre de los yanquis, temerosos de nuestras baterías costeras. Que cuando llegaron a Santa Cruz del Sur comenzaron los sinsabores, porque el pagador denunció a las autoridades del puerto que alguien, en la oscuridad de la noche en alta mar, había violentado el candado de su caja fuerte, con tal mano experta, que ni él, ni los soldados que dormían en el suelo de su camarote, para proteger, precisamente el dinero que conducía, sintieron ni el más leve ruido.

Dicen los marinos que las autoridades consideraron el robo como un gesto antipatriótico, como un sabotaje destinado a restar capacidad combativa a las tropas, por lo cual encarcelaron a toda la tripulación, dejando partir a los honorables pasajeros. A consecuencias de este extraño robo los tuvieron en los calabozos, a pan y agua, y bajo constantes interrogatorios y amenazas de fusilamiento, durante más de una semana. Y se hubiesen podrido allí de no ser porque ocurrió un milagro: las monjitas que habían viajado a bordo, y que habían continuado su camino por tierra, gentilmente escoltadas por el irlandés, regresaron despavoridas al pueblo, casi desfallecientes, contando que el supuesto Profesor McIntosh no era más que un ladrón gallego, el mismo que había robado la bolsa del pagador, y que para no dejar escarnio por cometer, ni cosa sagrada de la que mofarse, las había despojado de todas sus pertenencias, incluyendo las limosnas colectadas para los enfermos del lazareto, los rosarios, los crucifijos y misales, y las había abandonado en medio de un camino peligroso diciéndoles que no tenían ya nada que temer pues el mayor peligro de aquel camino, era él.

Dicen los marinos que el atropello causó tanta indignación entre la tropa, que se formó de inmediato un destacamento voluntario para perseguir y darle su merecido al bandido, pero que cuando lo habían avistado, y estaban a punto de darle alcance, se toparon con una fuerza de caballería cubana, hacia la cual corrió el ladrón para ponerse a su amparo, dando grandes voces



Mambises en su campamento

por Cuba libre, y que tras un corto tiroteo, y para no ser envueltos y copados por el enemigo, se vieron obligados a retirarse con un Cabo muerto y dos números heridos leves. Que desconocen la suerte corrida por este personaje, ya que enseguida fueron liberados y regresaron a La Habana trayendo de vuelta a los descorazonados autonomistas, sin percharse ninguno.

Al escuchar este relato, mis tíos queridos, no albergué la menor duda de que Don Bonifacio Segura y Ezpeleta, disfrazado de irlandés, había sido el autor de tales fechorías, y que con su astucia y malas artes escapó hacia el campo insurrecto y americano con un abultado botín, abandonando a tiempo el buque de la soberanía española en Cuba, que a todas luces, hace agua. Las ratas han empezado a huir, y con tal de salvar el pellejo y las pesetas poco les importa abrazar la causa que han combatido a sangre y fuego hasta las vísperas.

Y mientras estas cosas ocurren, los pobres quintos dejan sus huesos en los alrededores de Santiago de Cuba, y los no menos infelices marinos de la flota de Cervera, atrapados en dicha bahía, se aprestan a efectuar una salida contra la escuadra de Sampson, dicen que para salvar el honor de las armas españolas. No se de qué honor hablan, y cuando lo escucho no puedo menos que acordarme del felón de Don Bonifacio, eterno vocinglero de las glorias, los principios y los honores.

¡Dios nos libre, y libre a la pobre España, de tales guardianes de su descalabrado buen nombre! ¡Si al menos este sufrimiento sirviese para depurar al cuerpo de la nación de tantos gusanos que le corroen el alma!

Esto se está terminando, y como toda tragicomedia que se respete, debe estar reservando lo mejor para el final. Y mientras tanto, tíos de mi querer, yo escribo esta carta y Luis Sirope, con su canturreo entre dientes me mira sin odios, sonríe, y sigue barriendo las hojas que la brisa arrastra... Empieza a calentar el sol.

Siempre los recuerda con amor, *Joaquín*.

Carta Vigésima

La Habana, 10 de julio de 1898

Tíos y primos de mis dolores:

¡Pobre España! Cuesta trabajo creer que quienes más sentimos sus desgracias seamos los menos favorecidos por la suerte; los de manos hechas al trabajo y apenas una camisa limpia para los días de fiesta. Cuesta trabajo entender que en su agonía sea abandonada por sus hijos, y que se le aparte como a un despojo, cuando yace en tierra, desarbolada y lamentable, sirviendo de burla a sus enemigos. Me parece que formo parte de una familia de bandidos ruines a los que se les ha muerto la madre, y a quienes sólo interesa qué parte de la herencia tocará a cada uno.

Es cierto que ahora camisas, lo que se dice camisas, no me faltan, pero sigo pensando como cuando me faltaban, y no sólo ellas, sino también el pan. Recuerdo siempre, y sueño con ello hartos frecuentemente, los muchos días pasados en la trastienda de la ferretería de Don Bonifacio, hacinado junto a los demás dependientes, respirando sus malos olores, oyendo sus ronquidos en medio del calor asfixiante de la noche, sintiendo caminar sobre mi cara las cucarachas, y exasperado por el zumbido y las picadas de los mosquitos. De semejantes sufrimientos, o sale uno convertido en un ser humano de buenos sentimientos, compasivo y solidario con los demás desgraciados, sean estas personas o países, o se pierde hasta el corazón, encanallado por los resentimientos y el más feroz de los egoísmos. Yo, queridos tíos, aún no he aprendido a odiar, aunque les confieso que en vista de los acontecimientos, me he visto tentado a ello.

¿Contra quiénes creen Ustedes que va dirigida mi rabia, que quiero suponer sea la rabia de muchos españoles honestos y verdaderamente patriotas? ¿A quiénes quisiera ver fijados al cepo de la infamia pública, en estos días aciagos y tristes? ¿Acaso al infeliz de Cervera, o a sus marinos, cazados como ratas por la escuadra de Sampson, sin haber podido siquiera defenderse? ¿A los desventurados que resisten, abandonados a su suerte, en los alrededores de Santiago de Cuba, famélicos, llagados, febriles, sin que ninguno de los muchos generales y vistosos oficiales españoles que se pasean por el Prado; que andan del brazo de las pocas bellezas habaneras que aún es dado encontrar en esta ciudad, tengan el pudor de volar a socorrer, pues en ello nos va la poca honra que nos queda?

Es en momentos como este que vive España, cuando se sabrá con certeza si tiene futuro una nación, o debe ser subastada y cerrada, como si fuese una ferretería en quiebra. Si por mi fuese, y dado el escaso interés y sacrificios que despierta en sus hijos, ordenaría a Luis Sirope y a los demás empleados de mi negocio de pompas fúnebres que le fuesen preparando un féretro barato, de los que hago por caridad para los insolventes.

Las noticias, desde mi última carta, no pueden ser peores. Por lo menos en el frente de Cuba, aunque lo poco que se publica del frente filipino, o lo poco que se ha podido saber, es todavía más desalentador. Al menos aquí, en los combates de San Juan y El Caney, y en



Niño corneta mambi

los alrededores de la ciudad, han sufridos tantas bajas los americanos que no se descarta que sus jefes se retiren por donde mismo vinieron, se vuelvan a embarcar, y no paren hasta New York, lamiéndose las heridas, o sea, que han tenido que dar la cara. No se sabe si esto ha ocurrido por astucia o desavenencias con los cubanos, quienes les prestaron auxilio en el desembarco pero no se han resignado al papel de carne de cañón que estos rubios astutos les tenían reservado. Por lo poco que se conoce, en Filipinas ha sido todo de otra manera, y en el asedio a Manila los muertos los están poniendo los tagalos de Aguinaldo, mientras los mismos rubios que desembarcaron aquí, se fuman allí los buenos tabacos y acarician a las tagalas bajo los cocoteros, esperando refuerzos.

La situación no puede ser peor para la causa española, y si quedaba algún rescoldo de esperanza, este se apagó con el hundimiento de la tan famosa escuadra del Almirante Cervera, el pasado día 3 de julio, sobre lo cual supongo que los periódicos de allá hayan tenido la decencia de escribir. Aquello fue una carnicería, y si no fuese por los tantos muertos españoles, y por la pérdida de unos barcos en los que España cifraba sus esperanzas de victoria, hubiese servido de motivo para una zarzuela chusca, para una opereta, donde el ridículo y el disparate fuesen los personajes principales. Y lo peor de todo: dicen que el propio Cervera había augurado este desenlace, y que marchó al sacrificio, arrastrando consigo a sus hombres, para satisfacer el orgullo nacional. ¡Qué terrible consuelo este que nos hemos buscado!

Cuando la noticia se supo en La Habana, pocos le daban crédito. Desde uno de los escasos Cafés donde aún es posible encontrar algún refrigerio o tomar una copa, una turba de patriotas exaltados persiguió a un imprudente andaluz que se atrevió a darla a voz en cuello, como si se tratase de pregonar aceite de hígado de bacalao o cucuruchos de maní. La rapidez desplegada por el andaluz, que dicen que corría como un conejo, lo salvó del ardor patriótico y de sus consecuencias para el cuerpo. No corrió mejor suerte el voceador de uno de los periódicos que primero publicó la mala nueva: perseguido por otra chusma que pedía su cabeza "por derrotista vendido al oro de los tocineros, por denostador de las glorias de la Madre Patria", tuvo que salvar el pellejo lanzándose de cabeza a una letrina, de donde lo sacó la fuerza pública en un estado lamentable, para encerrarlo en la fortaleza de La Cabaña "por alterar el orden público".

Pero pasado el estupor inicial, cuando se comprobó que la noticia era rigurosamente cierta, un espeso silencio descendió sobre la ciudad, como si la vida se hubiese dividido en un antes y un después; como si un mazazo descomunal hubiese acabado de abatir, y para siempre, la soberbia del Imperio español. Era la certeza, que nadie expresó pero que todos sentimos, que en ese preciso instante, en aquellas aguas de Santiago de Cuba, se hundía para siempre la posesión española de esta Isla, y quizás también la de Puerto Rico y Filipinas. Porque, sin lugar a dudas, esto significa el fin de la guerra, la derrota ignominiosa de España, y si bien es cierto que muchos, como yo, querían lo primero, no lo deseábamos de la forma en que ocurrió.

Lo que ha venido después de aquella fecha fatídica ha sido agonía y dolor innecesario. Quienes desde entonces han caído en las trincheras lo han hecho sin tener siquiera el aliento de la esperanza en la victoria, como muñecos de saldo, sobrantes en el inventario final. Santiago de Cuba está definitivamente perdida, y si no ha arriado la bandera roja y gualda y alzado en su lugar la de parlamento debe ser porque el Capitán General y las autoridades de

Madrid estarán engañando al General Linares, Jefe de la plaza, dándole falsas esperanzas de refuerzos hasta que cierren las transacciones con McKinley.

Ya nadie duda que esta Isla va en camino de caer en manos de los yanquis, y aunque pudiese pensarse que los más preocupados con esta posibilidad son los comerciantes españoles, los furibundos integristas de las vísperas, lo cierto es que quienes andan con la mosca tras la oreja son los morenos y criollos, los cubanos, que saben bien que al yanqui no le gusta el negro, ni el mestizo, ni el chino, ni el descendiente de españoles. La forma en que tratan a sus propios negros es aquí hartamente conocida, a pesar de que cuando entran en guerra, como ha ocurrido ahora, no dudan en echar el guante, entre las primeras, a las tropas negras, y destinarlas al honroso sitio de la extrema vanguardia de sus ejércitos.

He escuchado muchas chacharas de lavanderas y criadas acerca de este tema. He estado presente cuando respetados médicos y otros caballeros nacidos en esta tierra discutían sobre el mismo asunto. Me consta lo que piensan al respecto mis empleados, pues no se ocultan para expresarlo a viva voz: no les gustan ni los yanquis, ni las yanquis, si vienen en son de amos. No van a permitir que después de nadar tanto, los ahoguen en la orilla. Nadie va a chulearles la victoria cuando la tienen en la punta de los dedos.

Es con esta gente con quienes, realmente, los americanos están en guerra, y no con los políticos españoles de mantequilla y merengue. Es con ellos con quienes deberían negociar porque no van a entrar en razones, como no entraron con España. Son más tercos que una mula isleña, que es mucho decir, y si vuelven a coger monte, ¿quién los saca de allí? Mucho me temo, como dicen por acá, que los yanquis van a comprar cabeza y después le cogerán miedo a los ojos. Cuando estos maniáticos del orden y la disciplina, de las ordenanzas y la limpieza, se tengan que enfrentar a gente que se rasca las partes pudendas en medio de la calle, que tira las aguas negras desde los balcones sobre los transeúntes, que se burlan de todo el que no haya nacido aquí, que se ríen de las leyes y disfrutan al burlarlas, veremos qué pasa, o mejor dicho, cuánto aguanta antes de salir como el perro que tumbó la olla.

¿Estaré dejándome llevar por la venganza al hacer estas reflexiones? Es muy probable, queridos tíos, que en todo esto me reconforte un poco el pensar que estos otros tíos vienen por lana y van a salir trasquilados. No me simpatizan, y no tengo suficiente humildad para ponerles la otra mejilla. En el fondo siento curiosidad por ver cómo se las van a arreglar para convencer a los cubanos de que deberán acatar el nuevo orden puritano e insulso que representan; que se abstendrán de jugar pelota o ir a las tiendas y cafés los domingos, que es para ellos día de obligatoria dedicación al Señor; que se obligarán a hablar en voz muy baja y sin gesticular; que blancos y negros no podrán andar juntos, y que Dios los libre de mirar, no hablando ya de tocar, a las mulatas.

Cuando le hago estos razonamientos a Luis Sirope es como si le estuviese mentando la madre, que es en Cuba ofensa mayor: no me responde por respeto, pero leo en sus ojos que una oscura furia contenida le transmite a sus brazos un renovado vigor, y sin dejar de mirarme con ojos fieros, como si en mi estuviese viendo al nuevo amo que lo desprecia, siempre termina canturreando un viejo canto carabalí, que antes he escuchado a los cabildos de nación el Día de Reyes: "choncholí se va pa el monte...".

Espero que los acontecimientos que se aproximan no traigan más luto a esta tierra, ni a quienes vivimos en ella y la queremos como propia: si alguien tiene derecho a disfrutar de un poco de paz, esos somos nosotros, los cubanos, y así lo digo porque así lo siento.

Tengo la esperanza de que las cosas no se pongan tan duras como para que yo tenga también que coger monte, como el choncholí de Luis Sirope.

Siempre los quiere y los recuerda: *Joaquín.*



Mambises

Carta Vigésima Primera

La Habana, 18 de julio de 1898

Mis siempre recordados tíos, queridos primos:

Ayer, 18 de julio de 1898, con la rendición de Santiago de Cuba a las fuerzas enemigas que la tenían estrechamente cercadas desde los combates del pasado 1 de julio, se completa el círculo de la infamia. Nadie acudió en ayuda de aquellas tropas; nadie se condolió de su suerte; nadie trató de que la honra y la bandera nacionales no cayeran en manos hostiles. Precisamente por eso, como ocurrió después del desastre de la escuadra de Cervera, se pedirán cuentas, se clamará por devolver la honra perdida a la Patria, se buscarán culpables.

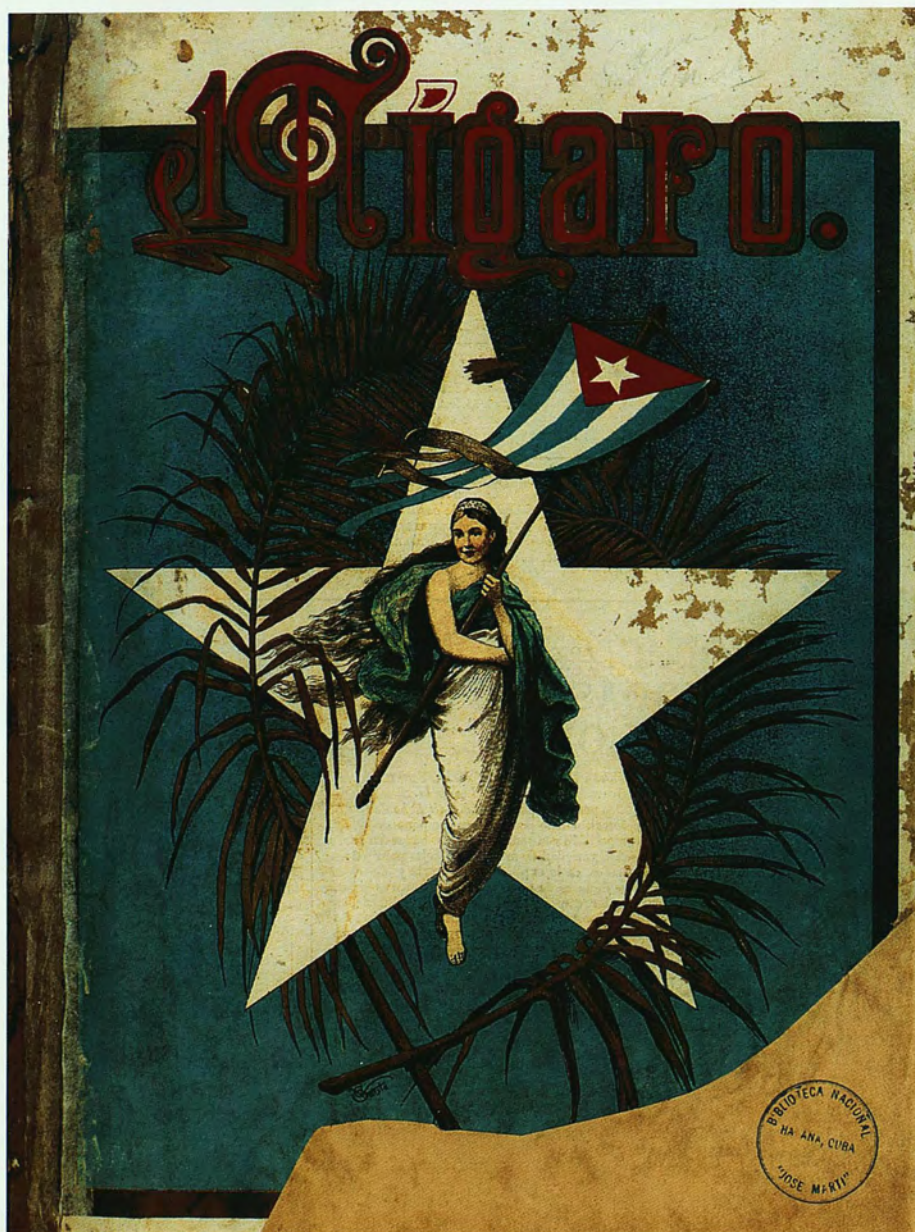
Cuando los españoles estamos a merced de tales gentes, de poco sirve la verdad y el honor. Son los que, una y otra vez decían que Santiago sería la tumba del invasor, la destinada a vengar las afrentas sufridas a manos de los tocineros, la nueva Numancia. ¿Y qué ocurrió, en realidad? Pues que cuando se permitió la evacuación de los civiles no combatientes de la ciudad, se fueron no sólo los cubanos, como era de esperar, sino también todos los comerciantes españoles, los mismos jefes de Voluntarios, al estilo de Don Bonifacio, que habían jurado vencer o morir. Y con ellos se fue el clero completo, que es todo español, y los bomberos y los operadores del cable telegráfico submarino, con lo cual las diezmadas tropas de los Generales Linares y Toral se veían obligadas a hacerlo todo en una ciudad fantasma.

Causa risa saber que en los mensajes ridículos enviados por el Capitán General para levantar el escaso ánimo de los sitiados se hace referencia a Sagunto y a Numancia, al ejemplo de mujeres heroicas como Agustina de Aragón, disparando un cañón contra los sitiadores franceses, y a otros héroes de la historia de España. Pero Santiago es una ciudad abierta, sin murallas, habitada por gente que no nos quiere y nos ve como a enemigos, carente de fuentes propias de agua, sin reservas de alimentos, rodeada por tropas rivales y sin comunicación alguna con el exterior. Quisiera saber qué hubiese hecho Blanco, o cualquier otro de su especie, de haber estado en el lugar de los infelices que ayer se rindieron.

No creo en los jueces que llegan cuando no hay nada que hacer. No confío en los juicios que se hacen en reposo, cuando ha pasado la tormenta. No otorgo crédito a los que juzgan a quienes no ayudaron. Lo doloroso de todo esto que quienes van a juzgar y condenar a los vencidos en Santiago son los mismos que vienen juzgando y condenando en España desde hace siglos, estando por ver el día que se hayan arriesgado ellos, o sus descendientes, en alguna acción peligrosa, en aras de todo lo que dicen defender.

En cuanto a los americanos, creo que pronto van a tratarnos en este suelo como a extraños, como a extranjeros carentes de todo derecho, a pesar de ser nosotros los que hemos puesto los muertos, los heridos, los inválidos, los huérfanos, las viudas. Y que conste que no me estoy refiriendo sólo a los españoles, sino también a los cubanos.

Esta desagradable situación, y lo que presagia, me hace recordar algo ocurrido aquí en La



Portada de la revista "El Figaro", de La Habana, con alegoría a la República Cubana

Habana hace algunos años. Una familia numerosa que se disputaba una generosa herencia se hallaba dividida en dos fracciones enfrentadas a muerte, cuando llegó del exterior un pariente lejano. Rápidamente, las dos fracciones trataron de reclutar al recién llegado, el cual se excusó de tomar partido alegando que su deseo más ferviente era reconciliar a la familia. Cuando los litigantes lo habían perdido todo en los tribunales, cuando se hallaban al borde del aniquilamiento, el pariente neutral optó por un partido: el de sus propios intereses. Con total desenvoltura y mucha malicia logró alzarse con el dinero en disputa, dirigiendo a sus asombrados y burlados familiares las siguientes palabras que aún se recuerdan: "Ya que no fueron capaces de unirse en la abundancia, la pobreza los unirá. Se acabaron las peleas familiares".

También se recuerda que tal y como había predicho el oportunista recién llegado, las dos ramas enfrentadas de la familia se unieron en la pobreza, pero tuvieron otro motivo más para ello: la jubilosa paliza que todos propinaron al astuto pariente, de la cual resultó que quedó baldado y tuvo que dedicar la mayor parte de sus ganancias a tratar su quebrantada salud.

Esta anécdota, queridos tíos, me viene a la cabeza, una y otra vez, como si fuese algo que debiéramos hacer por estos días, cubanos y españoles. Les juro que me daría la mar de gusto si lo hiciéramos.

Por lo pronto, dicen los periódicos, que cuando fue arriada la bandera española y se entregó la ciudad al ocupante no se observaron cubanos en la ceremonia, o lo que es lo mismo, que no les dieron parte de los laureles. No me extrañaría que se comience a decir que fueron los americanos los que ganaron esta guerra, sin ayuda de nadie. No me los imagino en medio de la manigua y el calor de aquella zona, emboscando a los soldados españoles, acostumbrados ya a esta lucha.

Ahora que todo está concluido, puedo decir que de esta forma, casi de farsa, termina el dominio español sobre tierras que un día fueron envidia de todos los poderes del mundo. Todo acaba como si se hubiese tratado de una burla colosal, de una broma de mal gusto, de un mal sueño. ¿Pero dónde están los miles de hombres jóvenes que he visto marchar al combate y no han regresado? Si, ha sido una farsa, pero una farsa sangrienta.

No imagino qué estará ocurriendo allá tras recibirse la noticia de que España ya no es más un imperio, sino un pequeño país empobrecido por la guerra, las deudas, el desaliento, la desunión y el pesimismo; sin fuerzas ni para sacudirse de encima, de una vez y por todas, a los parásitos que la esquilmarán hasta que muera. En otros países sanos, una situación como esta, un naufragio semejante, hubiese concluido, por lo menos, con la caída del Gabinete de Gobierno que de manera tan desastrosa condujo al país al desastre. Nada semejante ocurrirá en España, y no duden que Sagasta reciba más votos que nunca en las elecciones. Tal parece que odiamos a España, como a madre tiránica, y que todo el que la humille y agreda tiene nuestro respeto y consideración; que nos sentimos un poco más libres en la misma medida que ella pierde su antiguo poder.

Para mí, que a lo que de verdad temen los políticos españoles, sean liberales y conservadores, y junto con ellos, los militares, el clero y los empresarios, es a la revolución, a que los pobres

se unan y echen a andar, como ocurrió en Francia, y no dejen títere con cabeza. Esto es lo único que los une, como se unen las hienas y los lobos ante el peligro. Ante este peligro, a pesar de todo real, lo demás no tiene importancia. Poco importa que hundan a Cervera, que se rinda el Cuarto Cuerpo, que bombardeen Manila o Madrid: lo que debe ser salvado a toda costa, aún a costa de la supervivencia de la propia nación, es el principio del poder y la obediencia. En eso radica todo el secreto de la actual situación de nuestro pobre país.

¿Qué va pasar en lo adelante? Dudo que alguien pueda saberlo. Por lo pronto yo he tomado una decisión y espero que Ustedes la comprendan. Saben que desde que empezó la guerra en Cuba, antes de que el primer yanqui desembarcara, cuando sufría en manos de Don Bonifacio, mis cartas estaban llenas de deseos de huir de la isla, de regresar con Ustedes, de escapar de esta pesadilla. Ahora, cuando todo ha terminado, pienso de otra manera: no regresaré, nada me ata ya a un país donde los seres humanos no sirven más que para votar por políticos que, cuando haga falta y sirva a sus intereses, no titubearan en mandarlos al matadero. Prefiero vivir y morir con esta gente que es todavía tan ingenua y sencilla como para sacrificarse por un ideal, aunque ello los reduzca a la miseria.

Se que Ustedes, en el fondo, tampoco simpatizan con lo que está ocurriendo allá, y que si fuese posible buscarían un lugar mejor para vivir y para que mis primos no tengan que preocuparse porque estalle una guerra y tengan que irse a morir por los bandidos de turno en el poder. ¿Por qué no piensan en venir a vivir aquí conmigo, ahora que la paz está cerca, que tengo un negocio próspero, y que Cuba quedará limpia de odios y rencores?

¿Pensarán en esto que les digo?

Estoy seguro que si aceptan mi propuesta no se arrepentirán. Miles de soldados y oficiales españoles han decidido quedarse también. Muchos han hecho aquí sus hogares, tienen familia, se sienten cubanos. El único peligro que veo es el de los advenedizos, los recién llegados, pero saco la siguiente cuenta: ¿podrán con cubanos y españoles juntos? Lo dudo.

Termina aquí una parte de mi existencia, yo diría, a pesar de todo, que una de las mejores. En lo adelante todo será diferente. La vida me dio mucho y me sacó con bien de numerosas situaciones que a otros hubiesen torcido el rumbo. ¿Cuántas cosas no he visto en estos meses? La guerra lo revolvió todo, y como las tormentas más fuertes, llegó al fondo. Sin ella, ¿acaso me habría librado de Don Bonifacio Segura y Ezpeleta? ¿Se habría librado esta bendita isla de todo lo que él representaba?... Estoy seguro de que la guerra se lo tragó; que nunca más sabremos de él...

Siempre los quiere: *Joaquín.*

Epílogo



Entrada de las tropas norteamericanas a La Habana, tras la evacuación española, comandadas por el General Lee

Epílogo

"La Habana, 1 de enero de 1899

La entrada triunfal de las tropas norteamericanas que ocuparon la ciudad en cumplimiento de los acuerdos logrados entre España y los Estados Unidos, al término de la guerra, transcurrió en absoluta normalidad, descontando un lamentable incidente que la ensombreció, momentáneamente.

Cuando los soldados de los regimientos designados para participar en las ceremonias de traspaso de poderes marchaban marcialmente por El Prado, a la altura del Hotel "Telégrafo", el traductor que se encontraba a la derecha del señor General Fitzhugh Lee, Comandante de las mencionadas tropas, y ex Cónsul General de los Estados Unidos en La Habana antes de la guerra, recibió sobre su cabeza un potente chorro de aguas negras lanzadas desde lo alto del edificio, cayendo al suelo por el impacto. Ante la sorpresa del numeroso público congregado en el lugar, y en medio del despliegue militar que dicha agresión provocó, fue necesario retirar en hombros al infortunado traductor para poderle brindar atención médica.

Este reportero pudo conocer que la víctima resultó ser un apreciado colaborador y viejo amigo del General Lee, un excomerciante habanero, de cuna gallega, que había desaparecido de la ciudad al inicio de las hostilidades. Aunque no hemos podido averiguar los datos de quien sufriese tan repugnante atentado, que deslució la hermosa ceremonia, las autoridades dicen haber arrestado a un sospechoso, un negro empleado de una agencia de pompas fúnebres, a un tal Luis S. que en ese momento huía por una puerta lateral del edificio... No se han podido conocer los móviles de tan repudiable acción, pero se sospecha que el vil atentado iba dirigido contra el Comandante de las tropas de ocupación...".

CAVALLAS
SANTA CRUZ DE LA PALMA

20 de Noviembre de 1887

Adjunto
hasta
Potos
nos le

puerto
Saucez,

y ademas le quedo cobrado por intereses de dinero
de la citada Cantidad.

Despues igualmente mandado comprar y me
remite un decimo de billete de la
de Harinas, cuyo importe
en cuenta

Gran
neta de
la figura
un buen
guna.
(se veir de
tos y como

capital
ra la fa

Obra
La
Din

